

Constancio. C. Vigil



Marta y Jorge

Libro para los Niños

579

Marta y Jorge
LIBRO PARA LOS NIÑOS

4a EDICION

DONACION
OMAR GARDET
Y FAMILIA

Es propiedad del autor.

Se reserva los derechos de traducción.

Hecho el depósito que marcan las leyes.

Marta y Jorge

LIBRO PARA
LOS NIÑOS

P O R

CONSTANCIO C. VIGIL

Ilustraciones de Wiedner,
Domínguez Neira y Ugarte

Dirección artística de Matilde Velaz Palacios

4a EDICION



IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA EDITORIAL ATLANTIDA
AZOPARDO Y MEJICO
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

OBRAS DE CONSTANCIO C. VIGIL PARA LOS NIÑOS

CARTAS A GENTE MENUDA

CUENTOS PARA NIÑOS

BOTON TOLON

LIBROS DE LECTURA APROBADOS PARA TEXTOS ESCOLARES POR EL H. CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION DE LA REPUBLICA ARGENTINA

LA ESCUELA DE LA SEÑORITA SUSANA Para 1er. grado.

COMPAÑERO	"	2º	"
MARTA Y JORGE	"	3er.	"
MANGOCHO	"	4º	"
ALMA NUEVA	"	5º y 6º	grados

LIBROS DE CUENTOS, con ilustraciones de Asha, impresos en seis colores:

EL MONO RELOJERO

TRAGAPATOS

LO MAS INUTIL DEL MUNDO

LOS RATONES CAMPESINOS

EL PIRINCHO ENFERMO

LOS FRUTOS DE LA VENGANZA

LOS CONEJOS SILVESTRES

CUENTOS QUE ME HIZO UN GORRION

LOS ESCARABAJOS Y LA MONEDA DE ORO.

ESTE LIBRO



E llamo "Marta y Jorge" porque el hombre que me escribió tenía dos hijos con estos mismos nombres. Los tenía... Ya no los tiene...

Como ellos no están más en la Tierra, no puede ya decirles a ellos estas cosas.

Y se ha puesto a hablar con ustedes como si fueran ellos.

En cada niño ve a Jorge; en cada niña ve a Marta.
¡Es la única manera como puede consolarse de su pena!

Es un hombre ya viejo que desea, más que todo que ustedes sean felices.

Procuró no hacer en su vida daño a nadie; se esfuerza en ser siempre útil a sus semejantes. Trabaja todos los días, trabajó siempre.

Unas veces escribe; otras veces trabaja de ardinero.

Le gusta mucho cuidar las plantas y los árboles, que también son como niños.

Cuanto más viejo es, más se convence de que la alegría más grande consiste en trabajar en lo agradable y cumplir nuestro deber.

No ha conocido a ningún malo dichoso; a ningún holgazán sano y alegre.

Ustedes tampoco los encontrarán.

Yo les ayudaré a comprender mejor la vida y a ser un poquito más buenos, es decir, un poquito más dichosos, cada día. Porque la bondad y la dicha no pueden separarse.

En mí hablan los seres y las cosas como hablarían si tuvieran alma.

Si ellos pudieran hablar, no cabe duda, dirían más o menos lo que está escrito en mí.

Después de leerme, pensarán ustedes en lo que dicen las otras cosas y los otros seres que no figuran en mí. De esta manera desarrollarán la inteligencia y la sensibilidad, y adquirirán aptitudes de observación y de reflexión que les serán de suma utilidad durante toda la vida.

Así aprenderán a amar y también serán amados.

En cada una de mis páginas hay un beso para ustedes del hombre que me escribió.

Y también, también hay lágrimas de ternura... porque los quiere lo mismo... lo mismo... que si fueran Marta y Jorge.



LAS HORAS

ERES como un herrero que forjas tu propia vida. Tu vida es como una cadena; cada hora es un eslabón. De tus pensamientos y de tus actos se forma cada hora. Procura emplear noblemente todas las horas, ya en los juegos, ya en el estudio. Tan plausible es estudiar como jugar: ambas cosas te son indispensables.



Lo que sube, pues, lo que ha de subir cada hora un escalón, es tu alma; y esto se consigue siguiendo los dictados de la conciencia, guía infalible que te dirá siempre con suma claridad qué es lo bueno y qué es lo malo.

Pero no olvides que los eslabones sean de buena calidad, que hay que vivir las horas dignamente, y así, esa cadena, que es tu vida, resultará fuerte, íntegra, resistente, útil.

También somos las horas una escalera.

Cada hora es un escalón. Sube cada hora tu escalón con paso firme; no resbales, porque ello importaría descender, quedándote más abajo de donde estabas. No dejes de subir en cada hora tu escalón.

Subir, en este caso, significa mejorar en tu concepto sobre ti mismo y en la opinión de los demás; situarte cada hora un poquito más arriba de donde estabas ayer; elevarte a mayor altura por tus merecimientos.

Míranos así, como una escalera por la cual subes hacia un dichoso porvenir.

¡Sube, sube un poquito cada hora, con tus ideas y con tus sentimientos!

Y así, cuando te duermas cada noche, te sentirás alegre; cuando seas grande por haber crecido tu cuerpo, serás también grande por tu espíritu, engrandecido en justicia y en bondad.



LA JIRAFÁ

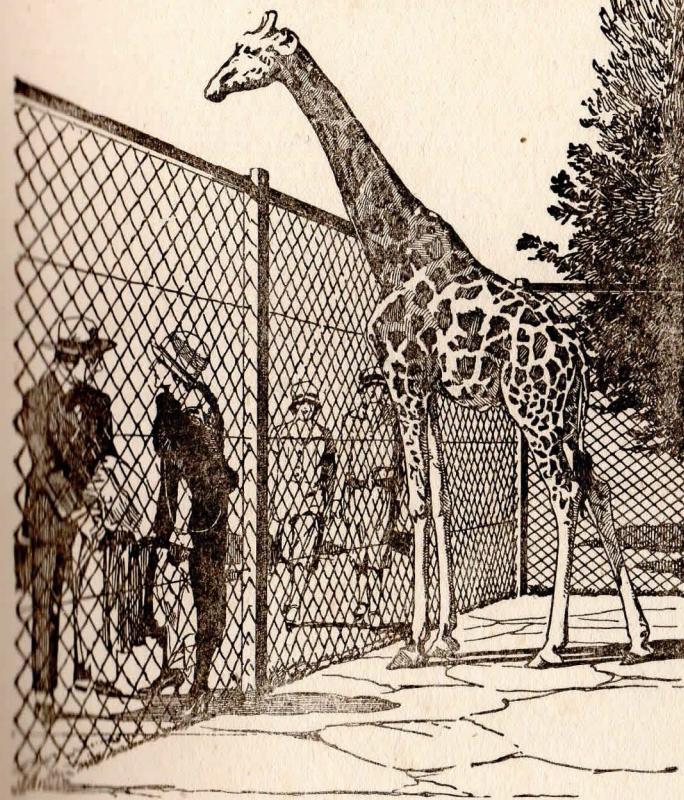
JNTES el mundo era inmenso, interminable. Podía caminar y correr el día entero, y el mundo no se acababa. Después... Paseaba tranquilamente una mañana. Tomaba sol y elegía las más altas, las más nuevas y las más tiernas hojas de los árboles... De repente me sentí imposibilitada para caminar; todo mi

cuerpo te mataba y se hizo noche... ¡yo no veía nada... mareada o enloquecida!

¡Qué chico es a hora el mundo!... En cuatro pasos voy de un extremo al otro. No puedo correr, cosa que me gusta tanto.

¡Y los árboles?... ¿Quién se ha comido los árboles?...

El largo cuello ya no me sirve para nada; las largas patas tampoco me sirven para nada. ¿Para



qué quiero ahora mi lengua de sesenta centímetros de largo?

Me duelen los ojos; me duele toda la cabeza.

Anda mucha gente al lado mío, porque ya no hay más sitio en el mundo. No tengo miedo a la gente.... Igual, no podría huir, aunque quisiera.

Los árboles de verdad han desaparecido. Estos que quedan... ¡son árboles pintados!...

POLICHINELA

DESPIADADAMENTE, mi dueña me metió en este cajón del diablo y lo cerró de golpe sin fijarse que mi cuerpo quedaba con la mitad colgando. Colgado como de un balcón y tan apretado que apenas puedo moverme.

¡He tirado más puntapiés de fastidio!...

Durante horas la entretuve con mis piruetas, al mismo tiempo que tocaba los platillos...

¡Pero ya ven las injusticias de la vida!...

¡Tengo yo culpa de que mi dueña sea una distraída?

¡Es razonable que un hombre que trabaja pase en semejante forma sus horas de descanso?

Al pensar en todo esto, la sangre se me sube, digo, se me baja a la cabeza.

Si no fuera porque quedóseme un brazo también muy apretado, tocaría los platillos para llamar la atención de la mucama... Aunque... ¡buena es la mucama!... ¡Con decirles que ha tenido la osadía de barrerme con la escoba!... ¡A mí, barrerme, como si fuese una basura!...

Toda mi esperanza está en la abuelita. Es una señora bondadosa, que comprende lo que es una persona que tra-



baja, y que no desprecia a nadie. Cuando ella me sentó en el sofá el domingo, me parecía que estaba en la gloria. ¡Tiene la mano tan suave y sus ojos me miran con tanta dulzura!...

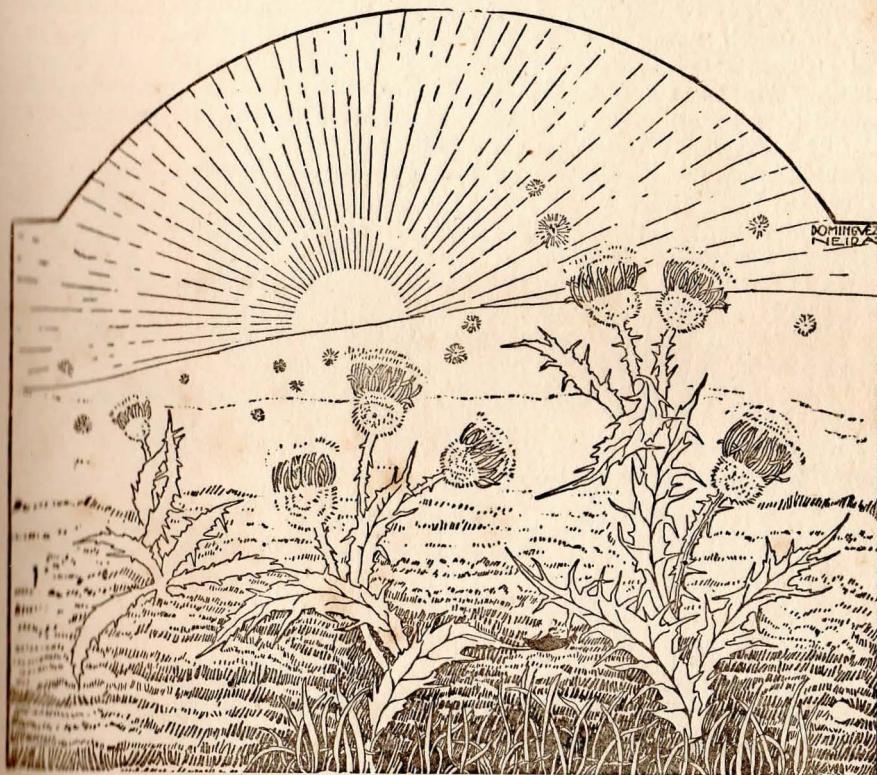
Seguro que vendrá por su tejido, y me libertará de este tormento. ¡Además, estoy harto de tener los platillos en la mano!

LA SEMILLA DEL CARDO

IP ESPUÉS de viajar leguas y a través de infinitas dificultades, he llegado a este Palermo, tan hermoso.

Me llaman "el panadero" porque parezco un pan.

Cuando caí de la planta, estuve en un tris de que me comiera una paloma torcaza. No me vió porque estaba debajo de una hojita. Después vino una perdiz, y me salvé en igual forma.



Estas largas hebras blancas que forman mi vestido me son sumamente útiles. No sólo me sirven de adorno, sino también de alas, porque con ellas vuelo a grandes distancias y con suma rapidez.

Al otro día de mi caída de la planta, sopló un poco de viento, me levantó del suelo y me trajo en dirección al sur.

Al llegar a Luján, tuve que aterrizar, "capoté", y lo peor es que caí a orillas de un arroyo. Así que en vez de aterrizar, acuaticé. Serte que fué en la orillita.

Suspendí, pues, el viaje.

Permanecí allí, en inminente peligro de ser devorada por algún pájaro, durante tres días con sus noches.

Por fin las aguas se retiraron para permitirme secar mi blanca vestidura al sol.

Al amanecer del cuarto día comenzó el viento a moverme y me remontó a gran altura... Volaba como un globo, vertiginosamente. Debajo de mí pasaban pueblos, caseríos, ciudades, arboledas, ganados, ferrocarriles... — ¿Adónde iré a parar? — me preguntaba. Y seguía siempre volando, de repente muy cerca de las nubes, de pronto casi rozando los campanarios... Fué un viaje emocionante, del que conservaré indeleble recuerdo.

Finalmente he llegado hasta este hoyito donde estoy muy a mi gusto. Un poquito de tierra que cayera sobre mí me alcanzaría para germinar y convertirme en una magnífica planta. Porque soy o seré una planta hermosa y útil.

Mis tallos y mis hojas sirven de alimento al ganado. No se lastiman con mis espinas. Saben comerme con habilidad.

Mi flor azul es igual a las más lindas, y convierte la leche de vaca en sabrosa cuajada.

Mis semillas, muy nutritivas, son grandemente apreciadas por las aves.

Todo eso está muy bien... Pero... allí viene un pajarraco. Mira demasiado al suelo, se mueve con excesiva ligereza... Golpea con su pico hasta los guijarros... A ese ¡no me le escapo!...

¡Si alguien tuviera la bondad de ponerme encima la hojita aquella que me salvó de la perdiz y de la paloma!...



LA PELOTA DE FÚTBOL

VOY a contarte por qué soy de Pituco.

Una vez, este amiguito mío fué invitado a ir a un terreno a jugar al fútbol. Cuando llegaron allí, el que era dueño de la pelota gritó al invitado:

—Tú, cara de perro, te pones allá.

A otro le dijo:

—¡Eres un bobo y quieres ser guardavalla!

Pituco se retiró calladito, sin querer de ningún modo participar en el juego.

En su casa, cuando estaban en la me-



sa, explicó todo y agregó que el dueño de la pelota podía haber dicho lo mismo en otra forma.

—¿Cómo? — le preguntó su padre. — ¿Pudo decirlo en otra forma?...

—Claro! — contestó Pituco. — A mí me parece que pudo decirme:

—Tú, te pones allá.

Y al otro:

—Tú no sirves todavía para guardavalla... — Pero tener él la pelota no era un motivo para tratarnos groseramente.

El padre, entonces, emocionado, lo besó en la frente y le dijo:

—Tú mereces una pelota.

Y me compró y me puso en manos de Pituco.

Yo estoy muy contenta de ser suya.

Usted puede siempre divertirse, tiene derecho a divertirse; pero hay que buscar juegos y pasatiempos que le permitan usar ese derecho, respetando el de los demás, que consiste en no ser molestados por usted.

Esto de no molestar es muy importante.

Un día vino un niño y me puso en el medio del patio, preparándose para darme un puntapié. Si me lo pega, voy derecho a la cocina, rompo el cristal de la ventana, causo la mar de averías; probablemente, lastimo a la cocinera.

Pero Pituco le gritó al amigo: — ¡Cuidado! — Y me levantó.

¡Estoy segura de que ese día me salvó el buen Pituco de pasarme días y noches de penitencia en algún rincón obscuro y lleno de cucarachas y ratones!



EL GORRION

VIDA penosa, por cierto, la vida de ciudad, sobre todo con esta historia de los automóviles, la peor ocurrencia del género humano; lo más feo y desagradable; lo más impropio y molesto que pueda concebirse en una ciudad. Automóvil y hambre es para mí lo mismo, por motivos que no me da la gana explicar, y que

DOMINGO VIEIRA



no explico, pues en la vida íntima hay detalles que no es necesario divulgar a los cuatro vientos.

La mayor parte de las cosas que inventa el hombre, sobre todo ahora que le ha dado por la maldita mecánica, no sirven más que para hacer ruido.

Menos mal que el ferrocarril transporta maíz y trigo.

Los carros viejos, con las tablas del piso separadas, son mejores que los nuevos. Las bolsas de trigo y de maíz, cuanto más viejas, más lindas son.

Para nadie es más verdadero que para mí el refrán que dice: "Al que madruga, Dios lo ayuda". ¡Vaya uno al puerto o a las estaciones de tren a recoger grano a mediodía!

Yo sé la hora en que las personas de cada familia salen de sus dormitorios, y así es cómo recorro tranquilamente los jardines, los patios y hasta las cocinas, si no hay gato, se entiende, antes que nadie se levante de la cama.

Conozco perfectamente a las personas que pueden hacerme daño o que son amigos míos.

Hay unos niños, verdaderos malhechores inconscientes, que usan hondas para asesinarnos. Hagan el favor de decirles que no cometan semejante maldad, de la que no sacan el menor provecho.

Se nos acusa de infinidad de delitos. Ya lo sé. Por eso ando con cautela y en silencio.

Más de una vez, me he preguntado si tendrán razón para acusarnos; si seremos los gorriones verdaderos bandidos, como se dice.

Nuestra culpa es la de todos: comer.

¿Quién escaparía de pena si un tribunal juzgara a todos los seres por semejante delito?

Nosotros no éramos de aquí. Nos trajeron, nos dieron libertad, y ahora pretenden matarnos porque nos alimentamos.

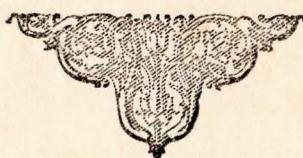
Hay un quintero cerca de mi casa que es el mismo demonio. Tiene un hombre expresamente para que se esté parado sobre su siembra con un palo en cada mano, por si nos acercamos a comer las semillas.

Este hombre es el que se levanta más temprano en toda la república.

Cuando yo llego, ya está él allí, haciendo el bobo. Ni habla, ni se mueve, ni mira. Desempeña admirablemente su papel. Nosotros lo atisbamos desde lejos y procuramos hacerlo enojar; pero sin conseguirlo. Cuando llegue la noche, dejará seguramente su trabajo y se irá a dormir.

Frecuentemente aparecen por allí gorriones muertos por este sujeto... que parece un muñeco...

¡Fiese uno de las apariencias!...



LA OLLA

NTES, como ustedes sabrán, todas las cocineras eran negras.
Me fabricaron de hierro, para que hiciera juego mi color con
el de la cocinera.

¡Los días de calor que he pasado en esta cocina de estancia,
colgada de la cadena sujetada al techo!

¡Lo quisiera ver en mi lugar al perro, que se queja de su cadena,
de puro zonzo!

Duermo colgada, tal como ustedes me ven.



Tempranito no más, se me aparece la negra y, haciéndose la gracia,
me llena de agua fresca... ¡Ni a Mandinga se le ocurre burlarse de ese modo de la gente!

Apenas me da ese gusto, empieza a juntar palitos y, después, enciende un fósforo...

Para engañarme otra vez, hincha la trompa, que parece un embudo, y sopla como si quisiera apagar el fuego...

¡Te conozco, mascarita!...

Tanto sopla y tanto apaga... que sale la primera llamarada... Al rato, como quien no quiere la cosa, haciéndose la distraída, arrima un poco de leña, después otro poco... y en un santiamén, me veo en el mismo infierno, envuelta en llamas. ¡Este sí que es fúego, Virgen Santa!

¡Como que traen la leña desde el monte por carradas y ella pone los troncos casi enteros para que ardan y me quemen!...

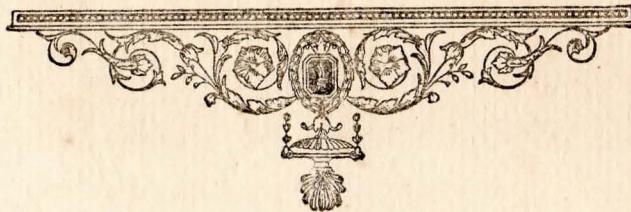
La negra parece muy satisfecha de su diabólica obra, y se pone a tomar mate, mirándome de reojo, a ver si me quemo... “¡No te has de ver en ese espejo!”, me digo.

Allá, de noche, recién me deja tranquila, aunque más tiznada que ella.

Mientras la negra duerme, yo me refresco a mis anchas, preparándome para aguantar sus locuras del día siguiente.

Para mí no hay invierno, por culpa de esa morena. Y es lindo el invierno, ¿eh?

¿Si se creerá que soy un bizecho y quiere cocinarme?...



EL COMETA

O confundir: Yo soy “el” cometa.

La cometa también anda por el espacio y tiene cola. Es la que se remonta y se eleva hasta las nubes, sujetada por un delgado hilo a la mano de un niño.

Yo vuelo más arriba, a mucha mayor altura, por el espacio sin fin, como si estuviera atado al Sol por un hilo invisible.

El Sol me tiene sujeto por ese hilo invisible, y yo, en mi vuelo,



ando siempre a su alrededor, describiendo una gran curva que por su forma alargada se llama parábola.

Paso por el cielo, y sigo andando, hasta perderme de vista; siempre sometido a la atracción solar.

Voy tan lejos que ningún telescopio alcanza a divisarme.

Y sigo andando...

Pero, como digo, estoy sujeto al Sol como por un hilo de acero, de manera que recorro siempre el mismo camino... Por más lejos que

vaya, al cabo tengo que volver por el mismo camino, pues no me detengo nunca... Vuelvo, pues, como si fuera por un riel, y la gente de la Tierra me contempla de nuevo... Hay cometas que demoran en volver a aproximarse a nosotros cinco, diez, cincuenta años; pero vuelven. El Sol los atrae como el imán al acero.

Ahora bien; el hombre observa nuestro camino y dice: — Este riel describe una curva en tal forma — y traza la curva en un papel... — Esta curva, si es siempre igual, para cerrarse tiene que seguir así... Entonces, este cometa que marcha a tantos kilómetros por segundo, pasará otra vez por nuestro cielo dentro de tantos años y tantos días.

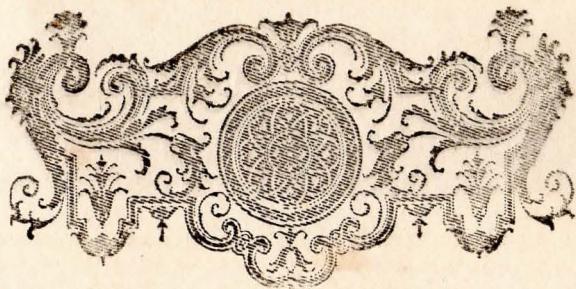
Y tal como lo anuncia, así sucede.

Es lo mismo que si se tratara de un ferrocarril del cielo.

¿No es una cosa admirable que el hombre, tan pequeño y con una vista tan débil, pueda con su ingenio y su trabajo hacer este cálculo?

Yo aparezco en el cielo que se ve desde aquí cada 3 años y 4 meses.

Me llamo El cometa Encke.



LA OVEJA



ODRÍAN llamar me Dulzura. Vivo y muero dulcemente, sin hacer daño a nadie, sin quejarme, ni defenderme del destino.

Sigo al hombre adonde me lleve, como un perro; le doy mi carne, mi leche, mi lana, mi piel, todo cuanto soy, y todo lo aprovecha.

Cuando los hombres vieron nuestro espléndido abrigo aprendieron a evitarse las mortificaciones y las enfermedades que causa el frío



excesivo. En el verano cortan mi lana y con ella fabrican ropas y toda clase de tejidos.

Para el invierno, ya mi lana ha crecido de nuevo y así resisto las inclemencias de la estación.

Pero ustedes, probablemente, ignoran hasta dónde alcanza mi resistencia al frío. El año pasado me trasladaron a la Patagonia. Allí la temperatura baja a 15 ó 20 grados bajo cero.

Estábamos paciendo en el valle, cuando nos sorprendió una tormenta de nieve.

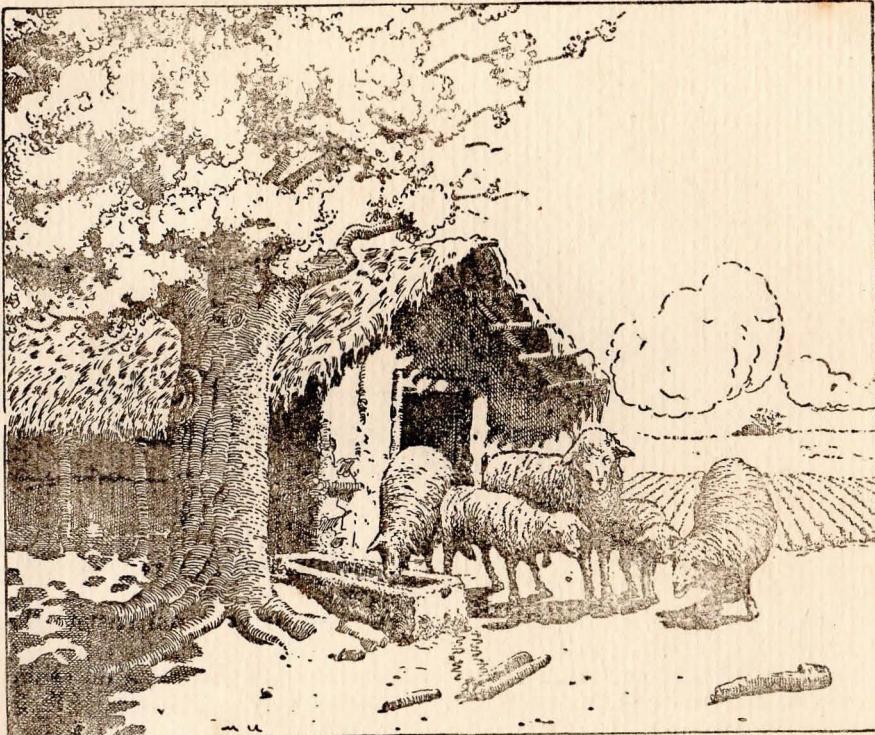
La nieve empezó a cubrir nuestro vellón, hasta dejarnos inmovilizadas; luego, su peso me hizo doblar las rodillas, y me eché. Seguía cayendo nieve, y me cubrió por completo... Quedé así sepultada y viva.

El frío era espantoso y me derretía la grasa. La oscuridad no nos permitía ver nada. Sentía mucha sed, y para aplacarla lamía la nieve.

Así pasaron tres días... Por fin, sentí ruido de gente encima de mi cabeza. ¡Venían los hombres a salvarme!

Mi aliento formaba un agujerito hasta la superficie, y por esto habían descubierto que yo estaba allí.

Retiraron la nieve, y salí viva al sol, aunque tan débil que a duras penas podía estar en pie. Era esqueleto y lana: nada más... Otras muchas compañeras estaban igual que yo.



Los que se quejan de frío es porque no han estado enterrados en la nieve como yo.

¿Ves? Aquella que me llama es una compañerita mía... No viene porque teme que la mates...

¿Verdad que no?...

Voy a decirle que venga, pues aquí hay rico pastito.

EL ARBOL CAIDO

TOCAME. Soy duro, ¿eh? Duro, grande, lleno de vida... Pensar que aquí mismo pasó toda mi existencia, desde que era chiquito, resistiendo a pie firme lluvias, soles, vendavales, y que ahora... Mis raíces eran recias como los cabos con que se amarra a los buques en el puerto. ¡Estaba tan seguro de que nada me movería!... Nunca ha corrido el viento tan ligero; nunca fué tan furioso... Se abalanzó sobre mí, como manada de millares de tigres, desde el aire y desde el suelo. Cada zarpazo me hacía temblar y crujir...

Aquellas ramas más altas se doblaban hasta rozar la tierra... No había más que una salvación: huir; pero, como digo, estaba aferrado a las entrañas de la tierra... Todo era como un mar y yo un buque amarrado. Mi tronco baila-



ba como el mástil enloquecido en el infierno de la tempestad. Aquí estoy. Mis hojas palidecen; mis raíces rotas; mis nidos vacíos y deshechos. ¿Quién diría que soy aquel gigante vigoroso que reinaba y dominaba hasta donde alcanzaba la mirada?

Si me pusieran derecho otra vez en mi pozo... Pero, ¿quién me levanta? No; tú solo no puedes. ¡Muchos hombres serían necesarios para levantarme!... Habría que avisarles a mis amigos y conocidos, que son tantos... Y acaso pensaría que ya todo es inútil... Y moriré sin remedio...

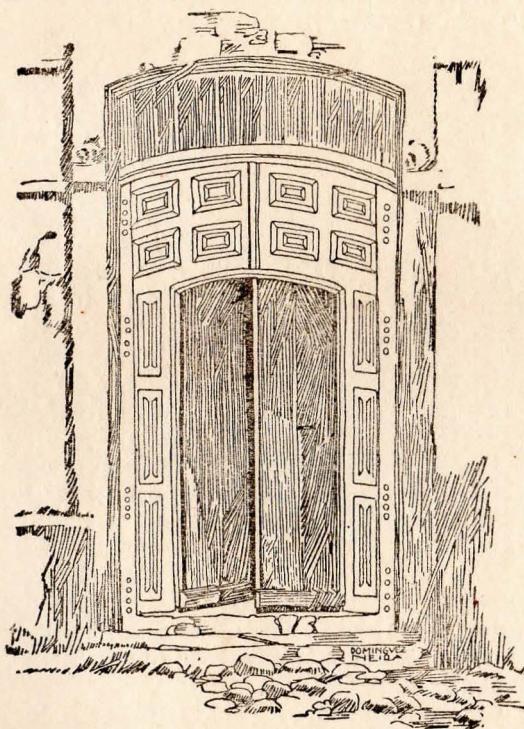
¡Lo siento por los ancianos que descansaban a mi sombra en las tardes ardientes del verano!... ¡Lo siento por los niños que venían a jugar bajo mis hermosas ramas!... ¡Lo siento por las aves, que buscaban mi abrigo durante las crudas noches del invierno, acostumbradas a refugiarse en mí y a criar aquí sus hijos desde no sé cuántas generaciones!

LA PUERTA

UÉ sería sin mí la casa?... Caja cerrada, cárcel, tumba.

Linda la casa, por cierto, para resguardarse del excesivo calor, del frío, de la lluvia; pero, ¿quién entraría en ella para no salir jamás?

Cerrada para el enemigo, abierta de par en par para el amigo, soy como el corazón de quien amparo. El también está siempre abierto para la buena palabra y para el buen sentimiento; cerrado para la violencia y para el odio. Sólo da paso al amor.



se encorva y no les duele hacerlo, porque son humildes.

En cambio, aquel que se juzga más grande de lo que es, piensa, fatuo y soberbio, que apenas cabe y si se estira demasiado suelo darle un buen golpe en la cabeza obligándolo a mostrarse más humilde.

Mis goznes son una maravilla que me permite el movimiento sin perder mi sitio en el mundo, el sitio aquel donde más útil soy.

Los goznes son mi ley y el cerrojo es la consigna que recibo.

La gente sería menos desdichada si reparase que así como las casas tienen puertas para entrar, también posee su puerta cada alma. Inútil pretender entrar en mí por las paredes o por el techo. Igual cosa acaece con las personas. No se llega jamás a su intimidad por los agujeros de la simulación, la maldad o la fuerza bruta: hay que penetrar por la puerta de la sinceridad, que se abre suavemente para dar paso al amor. Así se alcanza hasta lo más hondo de las almas.

Hay quienes no merecen pisar mi umbral; hay quienes son más altos en sabiduría y virtud que mi dintel... y al entrar parece como que su espíritu

LA VENTANA

QUE sería sin mí la casa?... Cueva con el agujero de la puerta; cueva como las cuevas de los animales. Soy la gran diferencia entre la habitación del hombre y la que tienen las fieras y toda clase de alimañas. Ventana significa humanidad en la vivienda; significa arte, adorno, encanto, poesía.

Por el agujero o puerta entran y salen los seres y las cosas: por mí entran y salen las miradas, los deseos, los pensamientos: lo más puro del mundo.

Por mí entran las imágenes, la luz, el aire puro, la fragancia de las flores: lo más exquisito de la tierra.

Por mí se ven los árboles y las montañas, las plantas y los pájaros, la tempestad y el arco iris.

Soy ojo abierto sobre la inmensidad que rodea a la morada del hombre.

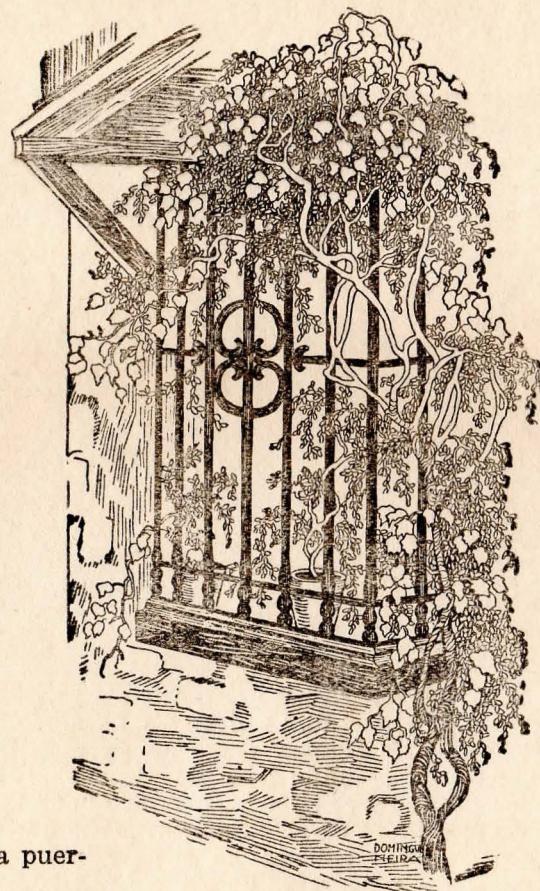
Cerrada, dejo pasar, a través de los cristales, la forma y el color de los seres y las cosas.

Si los que viven en la casa no tuvieran alma, yo no existiría; pero el alma necesita la ventana y se asoma a ella.

¿Cómo puede pensar la puerta que me aventaja?...

Una linda ventana es el mayor atractivo de una casa. Da la impresión de que allí viven la alegría y la dulzura. Se me adorna con enredaderas, con claveles y geranios; se asoma a mí la señorita de la casa...

Cuando la gente sea lo bastante buena para no infundir temor a los pájaros, será un encanto verlos y oírlos saltando alegremente entre mis rejas.



LA ARGOLLA DE MARFIL

En realidad, yo debería ser otra cosa; la rueda, acaso, de un magnífico carro arrastrado por enormes mariposas, como esos que se ven en los cuentos de hadas.

El destino ha querido que sirva de alimento al nene este que me tiene en su mano y que me mira con esos ojos comilones. No hay duda de que me saca provecho, a fuerza de chuparme horas enteras.

He de tener rico gusto. Al principio, no lo hubiera creído. Si bien



se emplea el marfil para muy variados usos, se ignoraba que también sirviera de alimento. ¡Y debo ser un alimento suave, delicado, nutritivo, digno de figurar entre los de primer orden, para que sea el preferido del chiquito éste, tan mimado!... Si la noticia llega a oídos de los elefantes, es bien seguro que se comerán ellos mismos el marfil de los colmillos. De este modo evitarán que los persigan y los maten, pues ya sabrán ustedes que el principal objeto de la caza de dichos animales es apoderarse de los colmillos... ¡Matar por eso a un animal tan fuerte y que puede ser tan útil!...

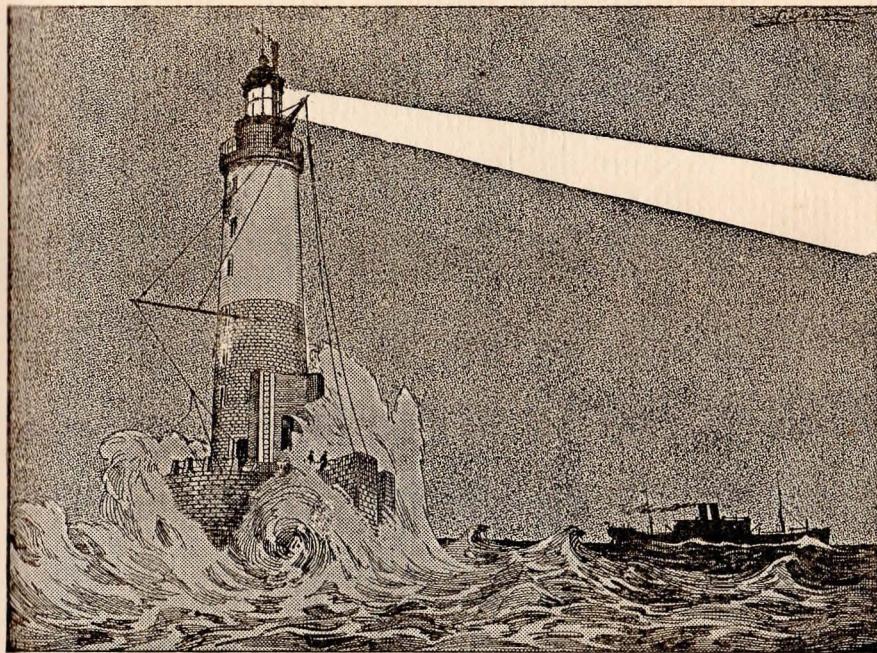
Fíjense cómo me saca provecho el nene: cada día está más grandote, más gordito y más rosado. Y eso que solamente puede chuparme.

Si éste tuviera dientes, hace tiempo estaría yo convertida en papilla...

EL FARO

EN la inmensidad todo es tinieblas. Mar y cielo son iguales. Sin nosotros dos, la noche duraría eternamente. Pero entre él y yo nos arreglamos para que se distingan y se diferencien los objetos. Si uno de ambos faltara, nadie podría distinguir una ola de una ballena, una roca de un barco varado en la playa, un hombre de una madera flotando sobre las aguas.

Nuestra tarea es, por consiguiente, grave y de suma responsabilidad. Si uno de los dos faltara cuando ha de entrar en funciones, los



barcos se estrellarían en los escollos o en las costas y ocurrirían inmensas desgracias.

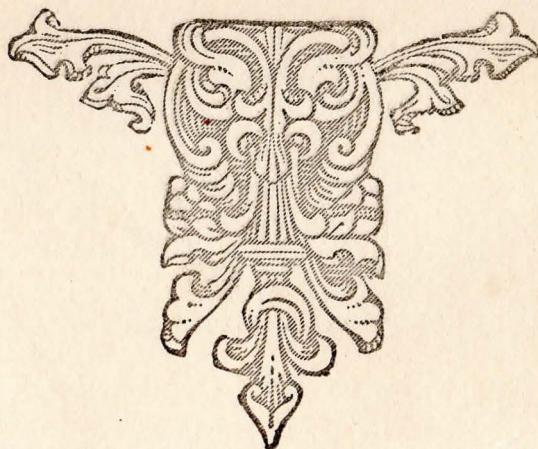
Pero ambos somos puntuales, exactos y prolijos. Por esto, habréis observado que en cuanto se pone el Sol, yo alumbró; me pongo yo, y en seguida sale el Sol. La única diferencia entre nosotros es que él alumbrá desde arriba, y quien lo cuida no puede nunca bajar. En cambio, yo alumbró a la altura necesaria, y mi querido compañero, mientras yo descanso, pasea, pesca o lee. Vive muy contengo conmigo y nos queremos con verdadera ternura.

Me contempla amorosamente horas enteras.

No sé cómo han inventado eso de la soledad tremenda del "hombre del faro". Una de las tantas leyendas que ha inventado la gente. El hombre del faro nunca está solo; siempre estoy yo con él.

Hay que ver cómo me cuida, me lava, me alimenta, me limpia los ojos, y hasta me habla y me canta. Si tengo algún pequeño malestar, no descansa hasta que me deja perfectamente bien.

Si le pasara algo, si no pudiera venir al lado mío, me apenaría tanto que no alumbraría... Sería mi muerte...



LA AGUJA Y EL HILO

La Aguja.

AUNQUE chica y delgada, soy muy fuerte. En los hogares están los frutos de mi labor. Hombres, mujeres y niñas me necesitan diariamente. Soy quien cose la ropa, quien pega los botones, quien viste las muñecas.

Yo, tan finita, hago todo eso y mucho más.



En pos de mí, pasa el hilo. Allí donde lo dejo, allí se queda. El pobre, por sí mismo, no puede dar un paso.

¿Qué haría el hilo sin mí? ¿Sería capaz de atravesar la más delgada tela?

El hilo es, respecto a mí, como el cortejo que sigue en pos del rey.

El Hilo.

Inútiles le serían sin mí a la humanidad la mayor parte de las telas que fabrica: soy yo quien les da la forma adecuada para cada uso.

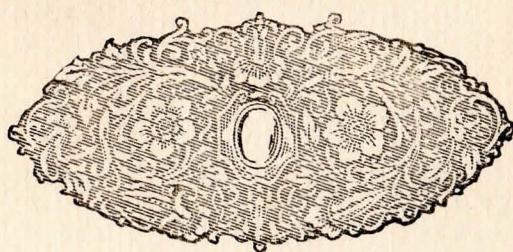
Si yo desapareciera de repente, el más elegante y rico de los vestidos quedaría convertido en un guiñapo.

Probad colocar sin mí un botón; haced sin mí una camisa.

Me hago preceder en mi camino por la aguja, que es dura, chiquita y puntiaguda; pero ella pasa y se va. Yo soy quien queda y asegura la obra.

Cosed una prenda del ajuar de la muñeca nada más que con la aguja, y observad los resultados...

La aguja es mi lazariño.



EL SAPO

D
i
s

ICEN que soy feo. Será porque tengo la boca muy hendida y sin un diente; no obstante, soy bastante parecido a mi prima la rana, esa que es cantora y algo bailarina y que tan linda les parece a muchas personas, que no desdeñan el oloriarla y comerla. Sólo que soy algo barrigón y tengo la piel llena de verrugas que, cuando me enojo, despiden mal olor.

Pero esto me es muy útil. Así me defiendo de mis enemigos. Los mismos perros me respetan.

Mi lengua es como una cinta que se encoge y alarga cuando quiero; en lugar de estar fija en la boca por detrás, está fija por delante. ¿A que ninguno de ustedes la tiene así? Además, cambio de traje cuando el antiguo está viejo, y reconozco a las personas que me tratan bien. La fama de feo me perjudica y hace peligrar mi vida. ¡Bien que me escondo! Me paso el día debajo de alguna piedra o en algún agujero. Trabajo toda la noche. Limpio el jardín de insectos, de gusanitos y de moluscos. En algunas partes, se me compra para esto.

Se habla muy mal de mí y se me calumnia; pero hasta hoy, nadie se ha presentado a pagarme mi trabajo!



EL BUEY

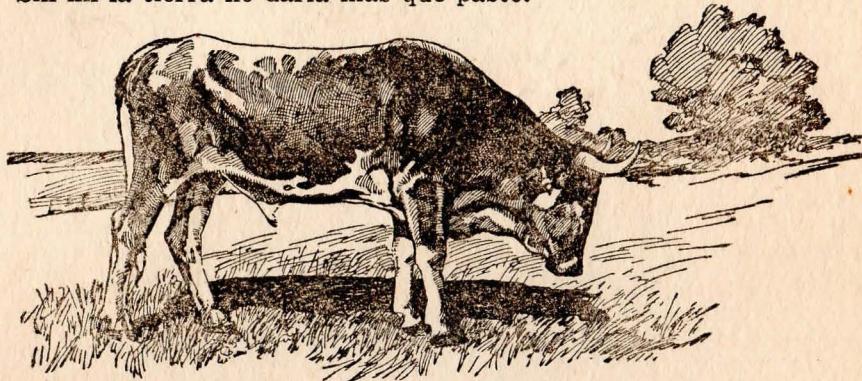
ANTES que ninguno de ustedes haya dejado la cama, ya estoy con mi testuz atado al yugo, junto con mi compañero. Y comenzamos a romper la dura tierra, paso a paso.

El arado pesa mucho, pesa más que una carreta.

La tierra lisa como está, a mí me basta para mi sustento; pero no al hombre.

Yo abro los surcos donde se deposita la simiente, de la que nace el trigo, la cebada, el maíz, el centeno, el lino...

Sin mí la tierra no daría más que pasto.



La tierra da mucho trabajo. Hay que abrir los surcos, hay que romper los terrones, hay que pasar el rastrillo... paso a paso, durante el día entero, ya en invierno, ya en verano.

Mi existencia está consagrada al trabajo. Cuando me desatan la cabeza, es para comer y descansar, a fin de prepararme para la nueva jornada. Duermo, frecuentemente, sobre la tierra húmeda, expuesto al viento y la lluvia, esperando nada más que aclare el día para volver a empezar...

Ahora se nos reemplaza en las labores agrícolas por el caballo y también por motores; pero lo cierto es que la mayor parte de la tierra que se cultiva en el mundo es labrada por nosotros.

Ustedes cuentan el día por las horas; yo, por los surcos. Y ni el reloj ni yo nos apuramos. Las horas y los surcos son interminables.

Conozco exactamente cuándo ha llegado el momento de dejar la labor, tanto al mediodía como a la tarde, y es inútil que el hombre que nos guía pretenda prolongar nuestra jornada.

El cielo... ¿qué será el cielo?... Eso no existe para mí.

Todo el tiempo de labor no veo más que terrones y terrones.

Cuando llega la noche, los terrones se van allá, a lo alto, bien arriba, y brillan como diamantes. Quizás estoy soñando...

LA PIZARRA Y EL PAPEL

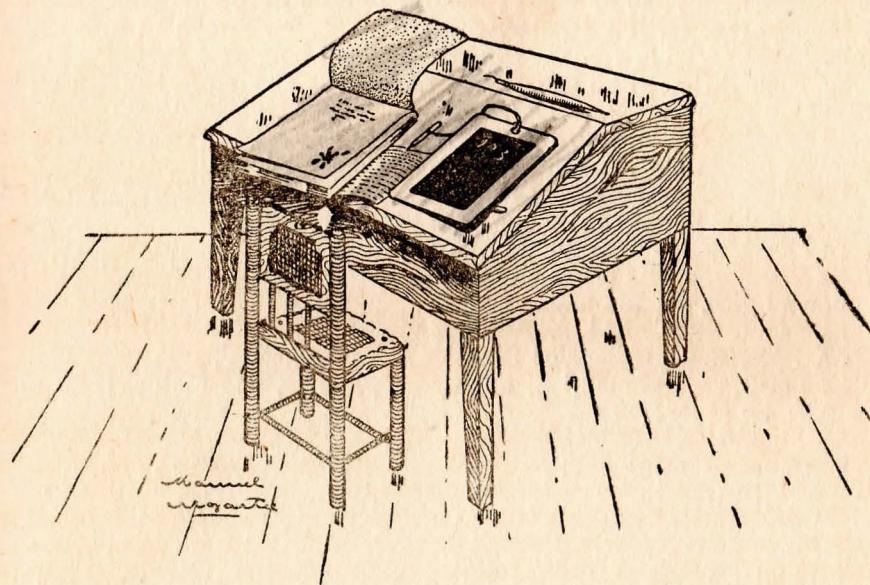


L Papel. — Detesto, francamente, la raza negra.

La Pizarra. — Si lo dices por mí, espera un poco... Tengo quien me pinte de blanco todos los días.

El Papel. — Y luego, te quitan el blanco, y te quedas más renegrida que una olla de hierro.

La Pizarra. — Te equivocas. El domingo pasado estuve blanca todo el día. Además, tú, de noche, eres negro como yo.



El Papel. — De noche... ¿Qué sabes tú lo que pasa de noche?...

La Pizarra. — Pasa el gato... Pasan los ratones... esos que te comen.

El Papel. — Vale más qué lo coman a uno y no que le refrieguen a cada rato la cara con una esponja...

La Pizarra. — Pero quedo limpia, mientras que a otros que yo sé... una vez usados... ¡ya sabemos adónde van a parar!

El Papel. — ¿Adónde?... ¿Quéquieres decir con eso?...

La Pizarra. — ¿Así que tú no sabes que hay un carro que viene todos los días y que va hasta el cementerio de las cosas?...

El Papel. — Me das miedo... ¡Un cementerio de las cosas!...

La Pizarra. — Sí, amigo: un cementerio de las cosas. Allí vamos a parar todos nosotros... Ayer mismo, no sé cómo me salvé. Iba en la mano de mi dueño, cuando se encontró con un amigo, y al darle la

mano (¡qué costumbre!; ¿eh?) quiso abarcar tanto con la otra, que me caí. Suerte que caí de canto... que si no, me convierto en un montón de pizarritas, y después... ¡adiós! ¡Mi vida, útil y alegre, se habría acabado!

El Papel. — Se me ocurre una idea que me evitaría ser convertido en una cosa inútil. Esconder la pluma, volcar la tinta...

La Pizarra. — Claro. Si dejaras de beber, vivirías más tiempo.

El Papel. — ¡Eso es una calumnia! ¡Yo no bebo!

La Pizarra. — Así se dice, compañero... Ni pongo ni quito rey.

El Papel. — Dí la verdad: ¡tú me has visto borracho alguna vez?...

La Pizarra. — Si no bebes, ¿quién se bebe el vino que ponen en el vaso?

El Papel. — ¡Vino!... ¡Vaso!... Estás loco... Si eso es tinta, más amarga que la hiel... Pruébala y te convencerás.

La Pizarra. — El caso es que muchas veces te mueves como un borracho y te caes al suelo como un borracho.

El Papel. — No es culpa mía. Es el niño, o es el viento.

La Pizarra. — Ya sabes que no me gustan las discusiones. He dicho lo que se dice, y nada más.

El Papel. — ¡Chist!... Alguien viene. ¡Silencio!

La Pizarra. — ¡Silencio! Si nos oyieran hablar...

El Papel. — ¡Silencio! Si nos oyieran hablar, nos meterían en una jaula como al loro.

La Pizarra. — ¡Chisst!

El Papel. — ¡Chiissst!



EL PAJARO

PODÉIS decirme qué crimen he cometido?...

Yo buscaba una mañana de primavera alimento para mis hijitos, cuando quedé aprisionado en una pequeña jaula... Mi compañera se quedó cerca de mí y me llamó tristemente durante mucho tiempo... Vino la noche, y desde entonces sigo en

S. Láinez



esta cárcel... Nunca más vi a mis hijitos; nunca más pude volar libremente. Se acabaron el bosque, el arroyuelo, las magníficas

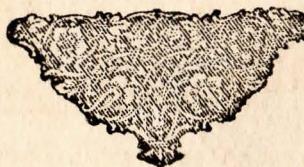
auroras, la despedida al sol, al caer la tarde, cuando todos los pájaros nos reuníamos y jugábamos, volando, a quién lo veía más tiempo mientras desaparecía en el horizonte.

Los hombres no saben buscarse las alegrías. Yo, por ejemplo, soy una cosa triste; yo, encarcelado, no puedo ser motivo de placer para nadie. Soy una pena enjaulada, que contagia su melancolía a cuanto la rodea... Los hombres serán mucho más dichosos cuando comprendan que la crueldad es estéril para la felicidad; cuando comprendan y respeten la vida en seres inofensivos como yo...

Cuando canto mi angustia, yo no sé cómo no lloran ustedes... Pasa un día, pasa otro día. En cuanto hay un poquito de luz, reviso uno por uno los barrotes de mi prisión. ¡Todavía no ha terminado mi martirio! Aguardo ansioso la noche; acaso el día siguiente será el de mi libertad... Porque yo no puedo seguir viviendo así. ¡Para qué, entonces, mis alas? ¡Para qué mis ojos?... ¡Para qué el árbol y aquellas preciosas ramas donde yo hacía mi nido?

Aunque costara mucho, mucho trabajo, ¿no habrá en el mundo un niño o una niña que le pida a su padre que rompa un solo barrote de mi cárcel?... Soy tan chiquito que derribando uno solo podré salir. Vendría, os lo aseguro, si no me hicierais daño, a cantar en la ventana de vuestra alcoba, cantos de gozo, no estos cantos de martirio, que son lágrimas que suenan al salir de mi pobre corazón...

«Podéis decirme qué crimen he cometido?...»



LA PIEDRA

FIGÜRENSE que yo vivía en el Tandil. Yo no era la Piedra Movediza; pero la conocía y me he movido más que ella.

Ustedes me preguntarán cómo vine a Buenos Aires sin boleto de ferrocarril. Pues, me trajo un carrero, que se llamaba Ramón Santa Marina, en su carreta. ¡Qué carreta linda y fuerte! Dicen que todavía está en una estancia, muy cerca de la ciudad del Tandil, guardada como una reliquia, en una casita con paredes de vidrio hecha para ella. Será porque me trajo, ¿no?

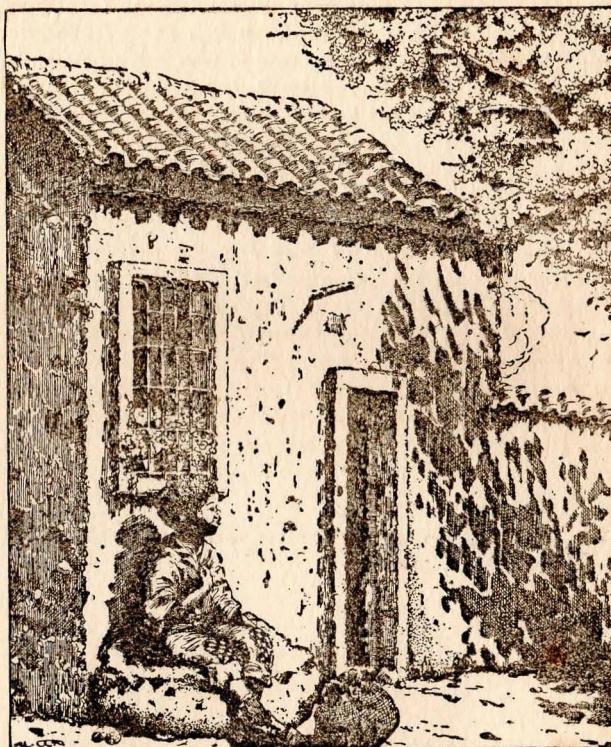
El patrón salió del pueblo con media carga, arreglada adelante, porque esperaba traer también unas bolsas de lana, que a último momento no quiso mandar el dueño.

Al llegar al cerro del Parque, la carreta se iba toda adelante y los bueyes tiraban en malas condiciones.

Entonces, el patrón se rascó la cabeza, y, mirándome, me dijo (yo no oí bien, pero seguro que me habrá dicho): — ¿Qué te parece si te llevara a conocer Buenos Aires?... Y en seguidita, no más, me levantó (tenía mucha fuerza) y me tiró adentro de la carreta. Y seguí viaje para estos rumbos.

Cuando llegó a la plaza de las carretas, que era por donde ahora está la plaza Constitución, me bajó y me habrá dicho:
— Ahora, vete adónde quieras.
Yo me quedé quieta.

A la noche vino una viejecita con unos mozos y me llevaron hasta



su casa. Me colocaron al lado de la puerta. No había acera. Comprendí que mi misión era defender la casa de los carros y carretas. Al pasar, si se acercaban mucho a la pared, daban en mí, y la casa no sufría los encontrones.

De noche, tropezaban en mí los transeuntes. Más de una vez me lo reprocharon agriamente, como si yo fuera culpable... Me acuerdo de uno que venía riéndose a carcajadas de otro que me había dado un fuerte puntapié, y al llegar a mí, ¡zas!, casi se mata del golpe, pues cayó como un poste contra el suelo.

A los negritos, sobre todo, les gustaba sentarse en mí. Algunos de ellos dejaban en mí el atado que traían, para que yo lo cuidara mientras jugaban.

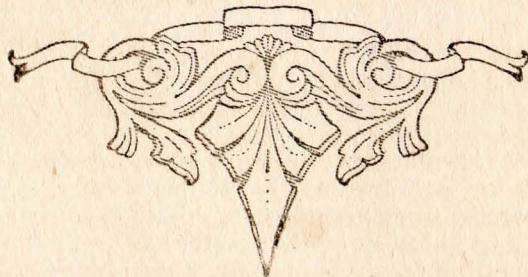
La patrona era muy viejecita y murió.

La casa quedó sola; después la derribaron, y los albañiles me metieron una noche hasta el fondo. ¿Saben para qué? ¡Para quemarme! Todos los días hacían fuego junto a mí.

Pero no lograron realizar su intento.

Cuando terminaron la casa nueva, quedé debajo de una higuera, cuidando que los pájaros no se comieran la fruta; pero se murió también la higuera, y me tiraron a un pozo, y me taparon de tierra.

Y aquí estoy, más dormida que una piedra; y me alegro, porque para servir de adoquín — que es la moda de ahora — prefiero estarme escondida.



LA GOTÁ DE ROCÍO



E amanecido sobre el pétalo de una flor; pero no sé si soy la lágrima de una madre o de una estrella. Las estrellas me miraban anoche tan dulcemente que parecía que lloraban.

¿Vendrá algún pajarito o alguna mariposa a buscarme?

Los pajaritos más chicos me beben de un solo sorbo con su delicado pico. Las mariposas me confundirán, quizás, con el néctar de las flores



y vendrán a sorberme con su larga trompa que parece un cabello arrollado en espiral.

El viento puede también llevarme por el aire, y así podría llegar hasta un gran árbol o a la cabellera de la niña rubia que suele andar por aquí. Si esto ocurriera, mi vida sería más larga, entraría en la casa, brillaría en la noche con los preciosos reflejos de la luz artificial.

En todo caso y de cualquier manera, viajaré. Ya viene el Sol. Ese siempre está sediento... Ahora ya sé mi destino... Apenas me mira, me sorbe sin darme tiempo a nada. Y me levanta otra vez hasta el cielo.

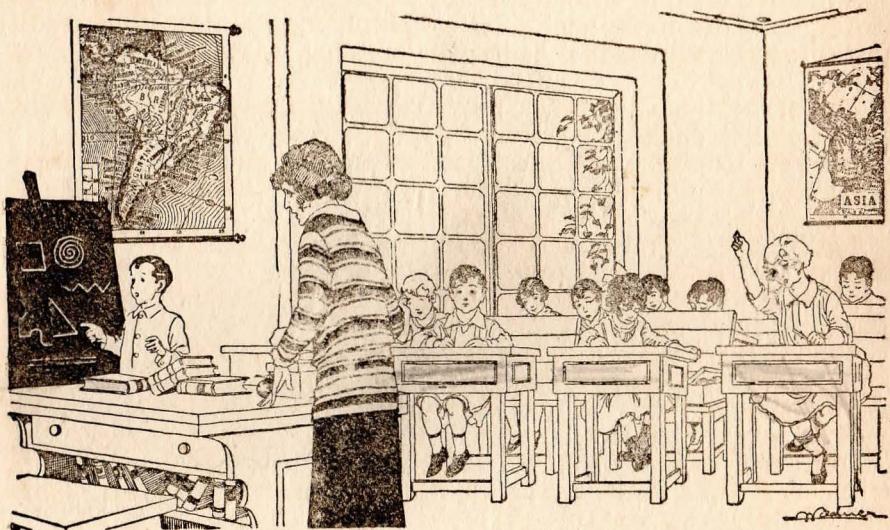
Por esto, no me engarzan los joyeros; prefieren los otros diamantes: los que resisten al Sol.

Si no fuera así, yo, lágrima de una madre o de una estrella, estaría en la mejor joya del mundo.

LA ESCUELA

ENTRAR en mí significa prepararse para algún trabajo, ya que nadie quiere vivir como un holgazán o como un inútil. Uno quiere ser aviador; otro, obrero mecánico; otro, electricista, o agricultor, o comerciante... Las niñas también quieren ser algo, saber algo, para poder desempeñarse dignamente en la vida.

Si no se aprende ahora, hay que aprender después y francamente sería bastante feo venir aquí siendo ya mozo o señorita, para que les enseñen a leer, a escribir y a sumar y multiplicar.



He progresado mucho; soy mucho más linda y buena que antes, y deseo que todos ustedes sientan por mí honda simpatía y verdadero cariño.

Hace 30 años, mi casa era chiquita, mis piezas mal ventiladas y de escasa luz.

Llegaban los niños a las 8 de la mañana. A mediodía, unos iban a almorzar a su casa; otros comían en el patio de recreo la merienda que traían en su cartera, y que consistía, generalmente, en dos bananas, una naranja, queso y dulce de membrillo y pan. A la una y media, las clases comenzaban nuevamente para terminar a las 4 ó a las 5.

Algunos alumnos se dormían en mis bancos. Todos se aburrían soberanamente. Había momentos en que era imposible comprender lo que decía el maestro, pues el cuerpo, los ojos y el cerebro estaban cansados.

Muchos maestros creían que los niños eran malos, cuando lo que tenían era fatiga y hastío, y aplicaban castigos que hoy se juzgan increíbles.

En primer lugar, tenían la palmeta. Era un pedazo de madera, de unos treinta centímetros de largo y diez de ancho. En cuanto un alumno se movía en el asiento o se equivocaba en algo o mostraba enojo, el maestro le tomaba una mano, desde la punta de los dedos, y le daba tres, veinte o cien golpes con la palmeta.

Algunos maestros y maestras hacían presentar al alumno los cinco dedos juntos hacia arriba, y con la palmeta golpeaban despiadadamente en las yemas de los dedos y en las uñas, hasta que chorreaban sangre.

Pero no bastaba la palmeta. Había pescozones, pellizcos, cachetadas, coscorrones y palos a discreción.

Además, se usaban diversos suplicios: estar de pie sin moverse horas enteras mirando a la pared, permanecer de rodillas todo el tiempo de la clase, etcétera.

Los alumnos se retiraban, frecuentemente, con lastimaduras causadas por los castigos.

Algunos escolares se ponían tontos o idiotas de los golpes en la cabeza y en el cuerpo.

Hoy ya sabe todo el mundo que los castigos no mejoran la razón ni el sentimiento. Hoy, niños y niñas poseen el sentimiento de la dignidad y del amor propio que los impulsa a mejorarse cada día para ser más útiles, más perfectos y también más dichosos.

Si ustedes asistiesen un solo día a una clase de las de antes, ¡ya verían con cuánto gusto, con qué inmensa alegría volverían a esta escuela que tienen ahora!

Después de ese día terrible de fatiga y de tormentos, les daban a los alumnos para una sola vez tantos deberes que bien podían alcanzar para una semana.

Es claro que había en mis clases verdaderos bandidos, llenos de odio y deseosos de vengarse de sus maestros; pero no eran los chicos los responsables, sino los grandes, que en vez de enseñarlos a ser buenos, los enfurecían con sus maldades.

Ahí tienen ustedes la causa de que, los que ahora son hombres, no sientan ni cariño ni gratitud hacia los que fueron sus maestros, salvo las naturales excepciones.

El autor de este libro tuvo un maestro bueno y noble, lleno de dulzura y de verdadero anhelo de enseñar. Ahora es viejecito; se llama don Benjamín Sierra y Sierra; vive en Montevideo. Siempre se escriben y se quieren mucho. Cuando él le escribe firma: "Tu maestro". El ha cumplido en la tierra una santa misión, y es seguro que todos

sus alumnos que viven lo quieren y le agradecen su enseñanza. Su conciencia está tranquila: dió cuanto pudo sin maldad. Sus manos están limpias, pues llevaba a sus discípulos hacia el bien con el ejemplo de su vida y con palabras serenas y bondadosas.

Yo les deseo a todos ustedes una maestra o un maestro igual, para que lo quieran mucho y puedan bendecirlo mientras vivan.

Yo no quiero que de uno solo de ustedes pueda decirse que es un mal alumno. Esto sería vergonzoso para todos y un gran dolor para los padres de ustedes.

Yo quiero que me recuerden siempre con ternura.

¡Yo les pido que, desde hoy en adelante, cuando pasen frente a mí, se descubran en señal de gratitud!



EL TERUTERO

SUIEN me ve con esa pluma en el sombrero, pasear gallardamente por el campo, presumirá que soy un caballero antiguo que espera su corcel para ir a alguna conquista.

Pero estos caballeros sólo se ven en las novelas. La vida real obliga a todos los seres a satisfacer sus necesidades. La altivez y la gracia de mis andares no significa que yo no tenga buche...

Antes que en estas tierras existieran alambrados, ni estancias, ya había ideado yo la subdivisión de la tierra, en parcelas adecuadas para la subsistencia de todos los teros.

Esto fué materia de un contrato, cuyas principales cláusulas son:

"Artículo 1º — Cada pareja ocupará un determinado radio del campo, y jamás saldrá de sus límites. Ese pedazo de tierra le pertenece.

Artículo 2º — Ningún tero extraño entrará jamás allí, porque ello importaría el desconocimiento de un derecho de propiedad legalmente adquirido y celosamente mantenido por sus dueños.

Artículo 3º — Todo bichito que penetre en dicho radio, o que allí naciere, pertenece a la pareja de teruteros en forma absoluta e indiscutible. Ellos dos pueden hacer del animalito lo que más les plazca — que será, casi siempre, mandarlo dentro del buche.



Artículo 4º — En retribución de esta parcela de tierra, el matrimonio se obliga a mantener una vigilancia estricta, durante el día y la noche. Se considerarán intrusos los animales que no pertenezcan al establecimiento, las personas ajenas a él, y lo mismo las que vivan en el establecimiento si anduvieren a horas desusadas o en forma sospechosa; los perros y los vehículos que no fueren de tránsito habitual.

Artículo 5º — El matrimonio se obliga a comunicar todas estas novedades en forma clara, por medio de diferentes gritos, perceptibles a gran distancia, y de manera que el patrón distinga de qué novedad se trata."

Hay dos cláusulas más, suplementarias, que se agregó a último momento, a pedido mío.

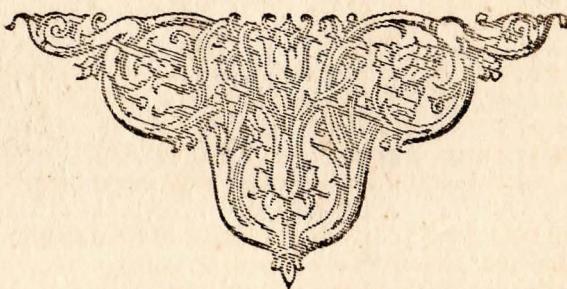
Son éstas:

"La pareja tiene derecho a criar en sus dominios a los hijos hasta que lleguen a la mayoría de edad; pero deberán irse a otro sitio en cuanto puedan bastarse a sus necesidades.

La pareja tiene derecho a emplear determinadas voces de peligro cuando algún otro tero invada sus dominios; pero es de su incumbencia exclusiva expulsarlo, quedando el patrón exento de toda responsabilidad al respecto."

El contrato se ha cumplido siempre al pie de la letra y todo induce a esperar que lo renovaremos indefinidamente.

Lo firmé con esta pluma que llevo en el sombrero.

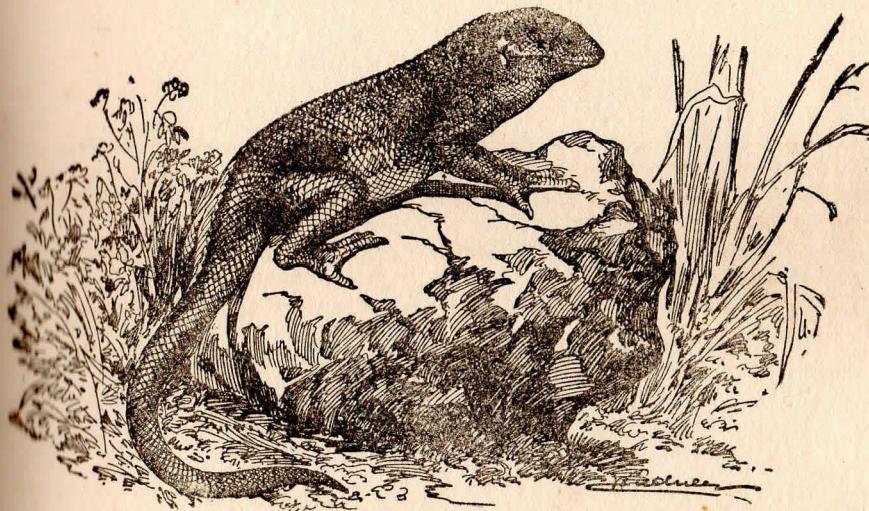


LA LAGARTIJA

O he podido comprender por qué se me persigue.
¿Creerán que soy quien agujerea las piedras?...
¿Me confundirán con alguna víbora?...
En todo caso, debería presentarse las pruebas de mi culpa;
yo entiendo que solamente realizo obras de bien, pues me como bichitos
perjudiciales o, por lo menos, molestos.

Vivo huyendo, escondiéndome, como un perpetuo fugitivo, sin poder soportar la mirada del ser humano.

El más leve ruidito me hace correr como un hilo de agua de colores
que se desliza rápidamente en el pasto.



Yo no les hago nada a las piedras — ¡palabra de honor! — Me esconde, simplemente, debajo de ellas cada vez que me asusto... No las como tampoco; me alimento de bichitos.

¡Si pudiera volar como la perdiz, esa otra tímida!

Tengo lindos colores como los pájaros, y debería volar igual que ellos.

Me encanta el sol; pero no siempre puedo disfrutarlo a mi gusto.

¡Saben por qué me paso horas enteras al sol?

¡Espero que con ayuda de él me nazcan alas!

¡Entonces podré volar, podré ocultarme entre el ramaje de los grandes árboles!

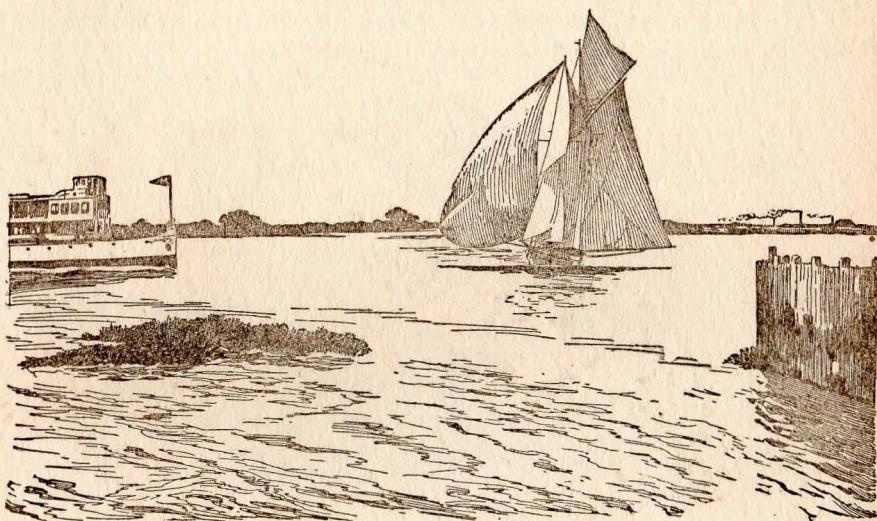
¡Sería un pájaro magnífico! ¡Qué bien me escaparía de la jaula!

EL RIO

VENGO desde muy lejos, corriendo siempre, para mezclarme con el mar.

Ya sería mar enteramente, si cada vez que llueve las aguas no corrieran desesperadas por valles, hondonadas, cuencas, zanjas y arroyos hasta llegar a mí...

Imaginen ustedes que los alumnos de una escuela van a pasar sobre un puente, y, mientras están pasando, se les incorporan los de otra



escuela; y luego, los de otras, y otras, y otras escuelas: ¿cuándo pasarían todos?... Pero todavía falta agregar que los que van pasando, vuelven a tomar sitio detrás de los que esperan turno... ¡Es claro que en esta forma estarían pasando alumnos por el puente toda la vida!...

Pues esto es lo que me ocurre con las aguas.

Las llevo al mar; allí, el sol las evapora y las convierte en nubes; cuando se enfrián, caen de nuevo en la tierra, y corren otra vez a mezclarse conmigo para que las lleve al mar.

Por eso, soy siempre el mismo y siempre diferente. Mi cuerpo se renueva sin cesar.

¡Por más que me apure, no concluiré nunca mi trabajo! ¡Nunca podré llevar todas las aguas al mar!

LUISITA

Li mamá ha salido a comprar tela para hacerme un vestido abrigado, porque ya empieza el frío y tiene miedo de que me enferme si no me abriga bien. Yo espero que me lo hará de seda color de cielo, con finos encajes. Un sombrerito con plumas celestes. Zapatos y medias del mismo color. Estaría preciosa, porque soy muy rubia y blanca.

Lo principal es que no me corten el cabello. Ayer me asusté mucho, porque mi mamá fué a la peluquería y ahora está tan de moda la melenita, que creí perder mis lindos bucles.

Me llamo Luisita. Así me pusieron cuando me bautizaron. Mi padrino es un señor que vive en la otra cuadra, que se llama Perico y que tiene la mala costumbre de comerse las uñas. Tendría que decírselo; pero no le diré nada porque no sé decir más que mamá y papá.

Mi madrina es muy buena. Se llama como yo y se ve que me quiere, porque me pasea, me besa y me mira con unas ganas de llevarme...

Soy una persona que puede servir como modelo de buena educación. Aquí me estoy quietecita y soy incapaz de hacer una travesura. Ni siquiera muevo las manos. Pero, seguramente, mi salud se perjudica y mi sangre no circula bien. La prueba es que a un dos por tres estoy en cama enferma; viene el doctor, me toma el pulso y dice que estoy tan grave que si no se me cuida moriré. Me manda comer muchos caramelos... Van a buscarlos; después vuelven a examinarme y en conclusión no me dan ninguno, y quedo curada.

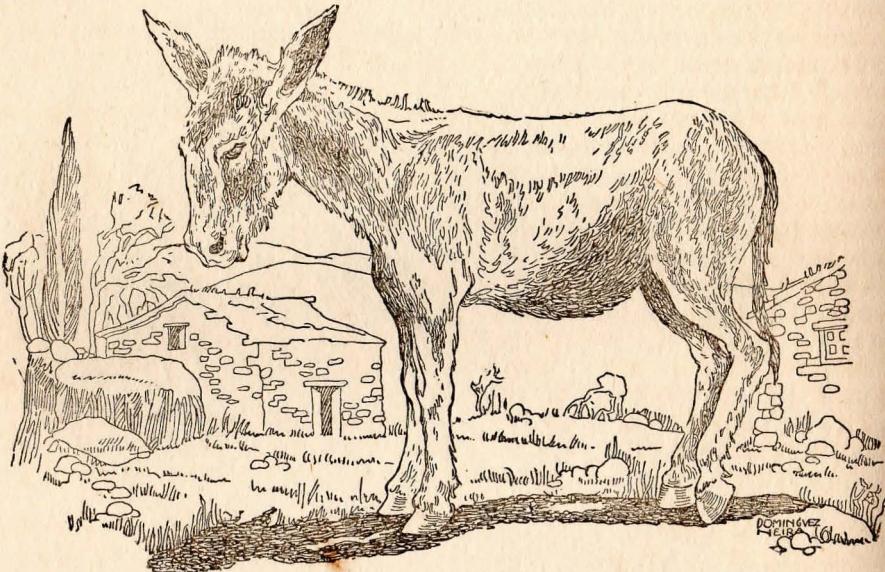
Ahí llega mi mamá... ¿Habrá comprado tela color rosa?... También ha de quedarme muy bonita. A las rubias nos queda admirablemente el color rosa... ¿Se habrá olvidado del sombrero?... Dios quiera que no se le ocurra colocarme con el vestido nuevo este sombrero de paja... Sería el hazmerreir de la sociedad.



EL BURRO

OY, entre los seres de la creación, el que tiene más nombres. Pero, a decir verdad, ninguno me satisface plenamente. Yo me habría puesto Paciente, Sobrio, Tranquilo, Sufrido, Laborioso, Humilde, o cualquier otro nombre por el estilo; pero me han bautizado con los siguientes: Asno, Borrico, Acémila, Burro, Jumento, Pollino. ¡Media docena de nombres a cual más feo!

Se imaginarán ustedes que no es nada agradable oír a cada rato decirle a una persona, como el mayor insulto: "¡Eres un borrico! ¡Eres un jumento! ¡Eres un burro!" Si se dijese eso como un elogio,



estaría bien, porque se querría significar que la persona aludida es trabajadora, sobria y pacífica; pero la intención es muy distinta por cierto, y es natural que nos duela merecer tal menosprecio de aquellos a quienes consagramos todas nuestras fuerzas.

El hombre, por la forma en que nos trata, muestra menos inteligencia que nosotros. Si lo imitáramos, estaríamos dando coches el día entero, y es evidente que por cada mil palos que recibimos tiramos una coz. Prueba más grande de resignación y de humanidad no la da nadie. Y esto es inteligencia, ya que sabemos que la vida hay que aceptarla como una carga que es y no nos rebelamos inútilmente contra nuestro destino.

También oyese burlas sobre mis orejas. Para expresar que una

persona posee poca inteligencia, se dice: "Tiene orejas de burro". Quiérla yo saber qué relación existe entre las orejas y la inteligencia.

Yo recorro, uno por uno, mis actos de cada día y no encuentro ninguna torpeza, ningún vicio, ninguna maldad que justifiquen el menorprecio humano. Trabajo hasta agotar mis energías, me conformo con el alimento que se me da, no bebo más que agua, descanso donde se me ordena. ¿Qué más puede pretender el hombre de mí?

¿Querrá, probablemente, que aparezca la carga y que lleve las riendas?...

Sólo un caso, que yo recuerde, puede justificar la mala fama de torpes que padecemos los asnos.

Fué eso de la sal, y, por si no lo saben, lo contaré a ustedes en cuatro rebuznos. Yo no hago misterio del asunto. A más de un caballo le han pasado cosas peores.

Mi amo me empleaba en el transporte de bolsas de sal, junto con otros burros. El iba montado en uno y todos seguíamos nuestro camino dócilmente, con esa mansedumbre y esa cachaza que nos dió Dios. Cuando hay que trabajar, se trabaja y ¡arre para adelante!

Viajábamos por la orilla de un río muy ancho. Yo tuve sed y metí el hocico en el agua.

Observé entonces una cosa muy particular: que al beber agua, mi peso disminuía, al disminuirse la sal.

Aquello me tuvo preocupado toda la noche.

Al otro día, volvimos a la salina a cargar sal, y yo volví a beber agua... ¡y el peso rebajó notablemente!...

Había realizado, por casualidad, un descubrimiento de magna trascendencia para la especie asnal y también para la caballar.

¡Ningún caballo habría imaginado nunca una cosa tan original y útil, desde todo punto de vista!

Perfeccioné el descubrimiento. Conseguí reducciones notables en el peso de mi carga, aun sin beber. Bastaba entrar un poco en el agua, cuando el patrón se distraía, que era en la mayor parte del viaje.

Este descubrimiento me convertía en el rey de los burros, en el genio tutelar de mi especie.

Me exhibirían en el circo con mayor motivo que a ese burro pintado que llaman cebra, y que es mil veces menos inteligente que yo.

Pero la desgracia se ensaña con los inventores y los descubridores... Ya lo sabrán ustedes. Llena está la historia de ejemplos semejantes.

Un buen día, el amo me puso de carga una montaña; pero — ¡cosa singular! — pesaba poco. — ¡Ya te achicaré! — pensaba. — Ya te achicaré cuando lleguemos al agua, y haré el viaje como si no llevara absolutamente nada. — Pero, al entrar en el agua, el peso de mi carga aumentó en forma tan espantosa que casi me desplomo.

¡Mi espinazo se arqueó bajo aquel peso formidable!

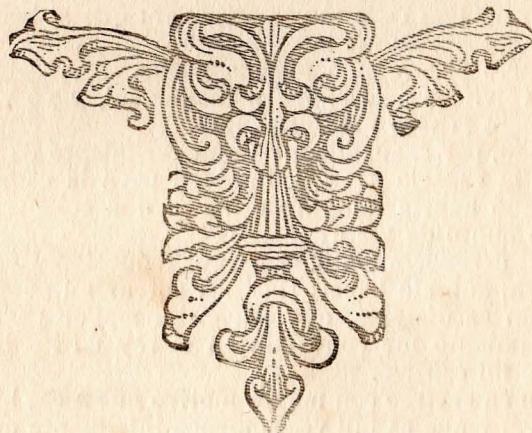
¡El amo se reía!... ¡Reía a carcajadas y me invitaba a darme otro banquito!

¿Qué había pasado?...

Al descargarme, lo supe... La sal había sido reemplazada por esponjas, y, claro, al entrar yo en el agua... las esponjas chupaban el líquido y se volvían pesadas como piedras. Desde entonces, lleve lo que lleve, y por sí o por no, tengo buen cuidado de no acercarme al agua cuando voy cargado.

Supongo que por ese tremendo chasco que sufrió me dicen burro.

Pero óiganme ustedes: voy a rebuznar con todas mis ganas... ¡Juzguen si no poseo un temperamento artístico de primer orden!



LA CAMPANA DEL CABILDO ⁽¹⁾

EL Buenos Aires antiguo ha desaparecido.

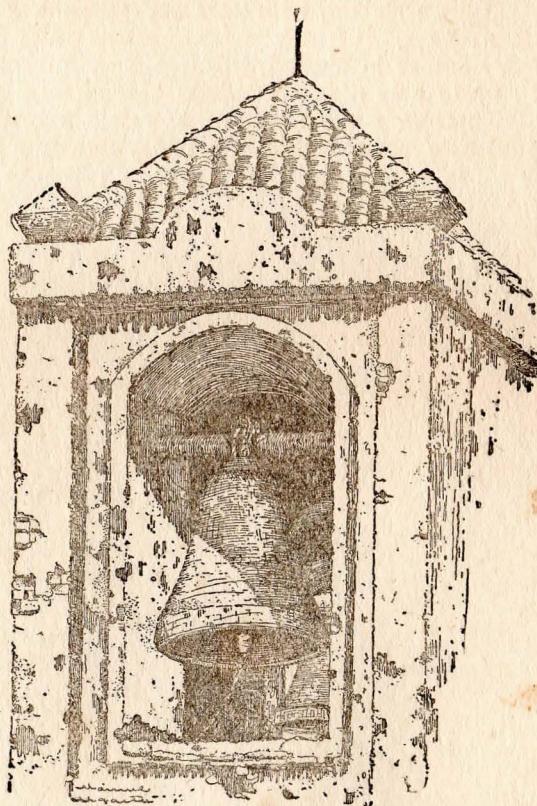
Las láminas que reproducen escenas, edificios y personas del pasado nos ayudan para formarnos una idea de lo que fué la ciudad. Estos lustros de vida juvenil, innovadora y pujante, han sido para el Buenos Aires de 1810 como cien revoluciones. No le han dejado piedra sobre piedra. Con cierta melancolía se recuerda la vieja ciudad, borrada por un gesto del progreso... Sería hermoso que pudiera contemplarse la capital de hoy junto a la patriarcal e ingenua ciudad de los virreyes.

Pero no todo lo que constituía el Buenos Aires niño trocóse en polvo indistinto o está desfigurado y transformado...

Yo, por ejemplo, he sobrevivido tal como era.

Soy la misma campana, íntegra e inviolada, que canta la hora a Buenos Aires desde hace más de 160 años.

¡Cuántos millares de seres que no existen me han escuchado con júbilo o con dolor, creyendo que les ordenaba la esperanza o el recogimiento.



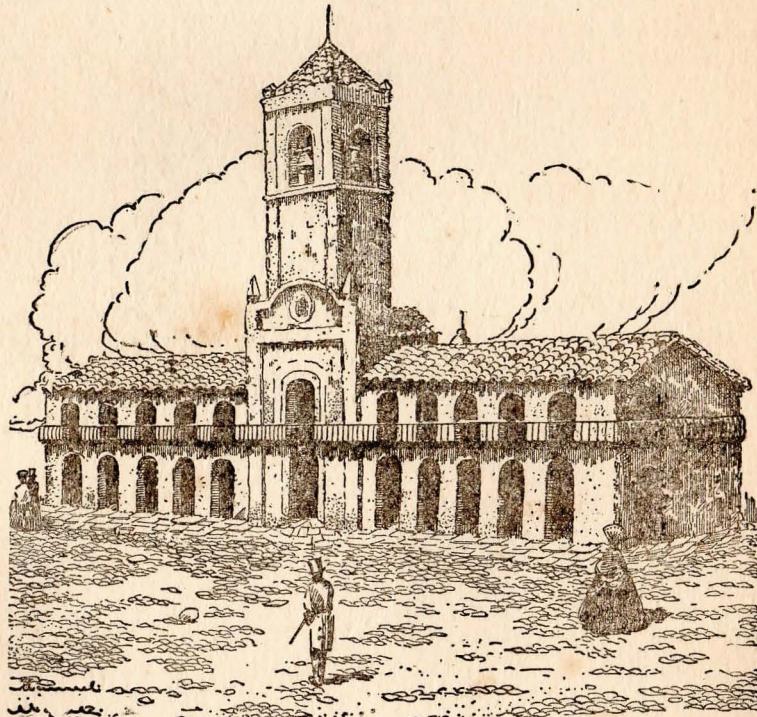
(1) En la torre de la izquierda de la Iglesia de San Ignacio existen tres campanas; la histórica que estuvo en el campanario del Cabildo y que es la que da las horas del reloj, es del año 1763, fundida por Juan Pérez, y tiene esta inscripción: "San Martín, obispo". La campana que repite las horas data del año 1845, tiene grabada la leyenda: "Nomen Domini, benedictum". La tercera campana, denominada "Stella Maris", es la más moderna, da los cuartos de hora, fué fundida en Buenos Aires el año 1860 por Antonio Massa. — "Reseña histórica del templo de San Ignacio". — Enrique Udaondo.

miento melancólico! Soy la misma campana que el 25 de mayo de 1810 convocaba al pueblo a proclamar su libertad, y "los ciudadanos acudían en tropel atraídos por mis sones". Desde entonces, mi alma misteriosa se hizo argentina; mi voz ha referido, emocionada, toda la epopeya de la emancipación; clamoreó cada victoria, aulló cada dolor; alentaba a la lid, prometía recompensa a los valientes, consolaba a las madres.

Vi crecer la ciudad, llenarse de rumores y de cúpulas; despedí en su viaje a la otra ciudad, la blanca, fría y silenciosa, a cuantos me escuchaban y me amaban, y asistí a la continua renovación de mi auditorio, yo siempre la misma, una muchacha, con la voz fresca y pura, la lengua ágil, la garganta vibrante como el primer día...

Oye con simpatía a esta vieja campana que canta la hora a Buenos Aires desde hace más de 160 años.

En mi concavidad guardo los ecos de las multitudes libertadoras.
¡Tengo alma y mi alma sabe hablar del porvenir de nuestra América!



EL MAMBORETA

MAMBORETA me decían los indios. Otros me llaman "Mantis religiosa". Fíjense en mis ojos, negros, grandes, saltones y brillantes como cuentas de azabache. Fíjense cómo muevo la cabeza, para mirar hacia uno y otro lado, igual que los caballos. Procuro confundirme con las plantas; tengo el mismo color, la misma forma de las ramitas y de ciertas hojas; apenas se me distingue, y, no obstante eso, ustedes me descubren y me capturan.

Lo raro es el motivo. Apenas me tienen preso, me preguntan:

—Mamboretá, ¿dónde está Dios?

Yo levanto una patita y les muestro el cielo. ¡Extraordinario es que me pregunten a mí lo que ustedes deben saber mejor que yo! ¿No les parece que es tiempo de que me dejen tranquilo?...

El otro día me había pasado la mañana en una rama esperando a algún bichito, porque tenía mucha hambre. Hacía dos días que no probaba alimento. En esto venía una langostita distraída... Me dispuse a cazarla. Se detuvo a comer. Por fin, reanudó la marcha. Ya estaba próxima. Convenía esperar inmóvil... Y después de tanta paciencia y tanto tiempo... ¡dos dedos como tenazas que me agarran!

¿Comprenden mi sorpresa?...

En resumen, era por la consabida pregunta:

—Mamboretá, ¿dónde está Dios?

Levanté la pata, señalando el cielo, y así tuve la suerte de recobrar la libertad.

¡Fíjense, qué desgracia si no hubiera sabido eso, o se me hubiera olvidado con el hambre!



LA AGUJA DE TEJER



OY un lápiz? No; los lápices escriben en un papel.

¿Soy una pluma? Las plumas no pueden escribir sin tinta.

¿Soy un pincel? Los pinceles pintan sobre tela.

Yo pinto en el aire y ni me mancho con los colores, ni me gasto nunca.

Puedo durar un siglo, si se me cuida.

Esta señora, que está ahora tejiendo una "écharpe" muy linda para su nietecita, teje conmigo desde que

era joven. Creo que me tiene cariño. Me toma en sus manos con sumo cuidado y cuando me equivoco, vuelve a rehacer los puntos con paciencia y sin enojo.

A mí me gusta cuando está sola conmigo, porque entonces ella me mira y piensa en mí. Cuando entra otra persona, se distrae, me deja a un lado, o, por lo menos, la tarea se hace más lenta.

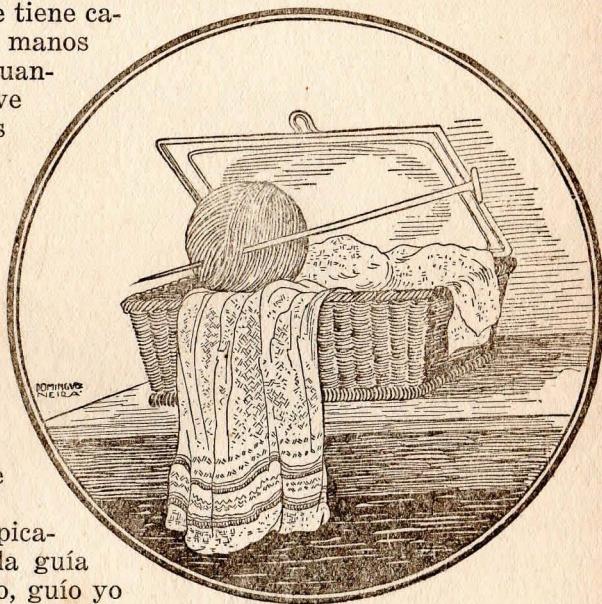
Tengo algo de la picana, pues, así como ella guía los bueyes por el surco, guío yo la hebra de lana por los senderos, mucho más complicados, del tejido. Mi dueña suele cantar en voz bajita, como el boyero.

Yo pienso que soy hija de la picana, porque ella es mucho más grande que yo.

Mi cuerpo es de hueso y cuanto más trabajo, más lustrosa me pongo: es que el trabajo adecuado a la naturaleza de cada cual da brillo y hermosura.

Cuando sea muy viejecita pareceré de marfil.

Hago cosas muy lindas. Para que mi labor luzca es necesario combinar con acierto los colores. Esta "écharpe", por ejemplo, es azul con franjas rojas: son dos colores que armonizan muy bien.



EL BUMERA AUSTRALIANO

OY nada más que un pedazo de madera curvada, semejante a una hoz. Fíjense cómo me toma con su mano derecha el salvaje australiano, pronto a lanzarme al espacio. Me arroja con fuerza, y parece que parto volando como un pájaro; me elevo a mayor altura, luego doy vuelta y describiendo una curva caprichosa vengo a detenerme en la mano izquierda del que me arrojó.

El camino que sigo es variado, diferente cada vez; pero si se me maneja bien vuelvo a la mano del que me arrojó.

Sabios y matemáticos han procurado descubrir el motivo de mi extraordinario vuelo.

No soy más que un juguete de las primitivas tribus de Australia; el juguete más original y simple, una de las más curiosas invenciones del hombre. Es digno de notarse que los civilizados no hayan podido inventar un juguete que sea más ingenioso que yo.

Los europeos han imitado el modelo que emplean los salvajes y han construído búmeras artificiales de una y de dos piezas, que suele verse en las juguetterías.

Para fabricarse un búmera, se necesita dos tablitas de una madera elástica y resistente cada una de 40 centímetros de largo, de 8 centímetros de espesor y de 5 ó 6 centímetros, respectivamente, de ancho en cada extremidad.



Se colocan las dos tablitas con las extremidades estrechas (ancho 5 centímetros), en ángulo obtuso, de tal manera que en el lugar de la reunión se quita a la hoja superior 5 milímetros y a la inferior 3 milímetros del espesor. Ahora bien: con un lápiz se tira en la cara superior del instrumento dos líneas gruesas y en la cara opuesta otras dos líneas, y con un cepillo de carpintero se saca a cada cara de cada hoja una parte, de tal modo que las dos hojas del aparato llegan a tener los diámetros que se desean.

Resulta así la cara superior más convexa que la inferior.

También, se ha construído un búmera con vueltas de un tornillo, poniendo en práctica el principio mecánico al que se debe en primer lugar el movimiento curioso de este aparato.

Soy un juguete espléndido; pero es indispensable, para jugar conmigo, un espacio libre sumamente amplio, por lo cual es preferible no lanzarme al aire sino en pleno campo. Es necesario, además, aprender a manejarme con personas mayores, y practicarlo bajo su dirección. En tal forma sería posible que mi uso se generalizara en estos países y seguramente constituiría uno de los deportes más lindos y más entretenidos.



EL GRANO DE TRIGO



O todos los "granos" son malos... Entre los granos útiles, los más importantes somos: el de arroz, el de maíz y yo. Abastecemos los graneros del mundo. Cada uno mereceríamos una estatua.

La estatua mía debería erigirse en Europa; la del arroz, en Asia; la del maíz, en América.

En América no me conocían antes de la conquista. El único cereal que cultivaban los indios era el maíz.



Pero rápidamente se difundió mi cultivo y ahora en todo el nuevo mundo soy uno de los principales alimentos del hombre.

Siendo tan pequeño, me parezco al arquitecto. El piensa cómo ha de ser una construcción y dirige las fuerzas de los hombres y el empleo de los materiales en tal forma que resulte un edificio adecuado para un objeto previsto.

Yo me meto en la tierra y hago salir su energía como por un chorro, dándole dirección y obligándola a tomar tal forma que resulta tal planta, y esta planta alcanza tal altura, y primero es verde, después color oro viejo, y se carga de espigas.

Todo previsto en mi cabeza!

Por esto, puede decirse que yo, y todas las semillas, somos los arquitectos del mundo vegetal.

LA PAJITA DE ESCOBA

HASTA ayer formaba parte de una cosa de sumo valor indispensable en el hogar. En todas partes prestaba mis servicios. Se me cuidaba, se me lavaba, se me ponía a descansar en un sitio cómodo... Al presente, nada soy, nada valgo y ando rodando por el suelo como cosa que está de más en todas partes...

Soy la hoja caída del árbol... ¡Para qué sirvo ya?... El viento me barre despiadadamente.

¿Qué es el pelo desprendido del pincel de un gran pintor? Este pincel habrá hecho maravillas; pero el pelo suyo, aunque partícipe del glorioso esfuerzo, una vez desprendido, ya nada representa...

Tampoco halla mejor destino, con todo su orgullo, la pluma que se sale del plumero, ni la cerda que se escapa del cepillo... Yo misma las he barrido más de una vez.

¿A cuántas personas les ocurrirá lo mismo por el afán de salirse de su sitio?... Supongamos una jovencita que vive en provincia con su padre y su madre y sus hermanos, en humilde y santa paz. Pero un día la jovencita se marea con las cosas que le cuentan de Buenos Aires y se viene con la esperanza de grandes alegrías y se ve sola, desamparada, rodeada de peligros... como yo.

Mi escoba era la familia, unida y fuerte; yo soy el individuo aislado, sin apoyo y sin cariño, sin estímulo y sin consuelo.

Es verdad que yo barría, y es verdad que ahora sería absolutamente incapaz de desempeñarme en mi labor habitual.

Claro que podrían guardarme para formar otra escoba más pequeña... También sería yo útil para limpiar algunos agujeritos... Ha habido quienes han fabricado cometas de papel con pajitas de escoba, y muy bien que volaban... Todo es cuestión, a veces, de un poco de suerte, o de ocasión favorable...

En mí se ve claramente que es preciso trabajar, que es preciso ser útil, para tener derecho a ocupar un sitio decoroso en la vida.

Ayer, reina del hogar...
Hoy estorbo. ¡Nada soy!...

Sólo me queda llorar
Lo que va de ayer a hoy.

EL DINERO

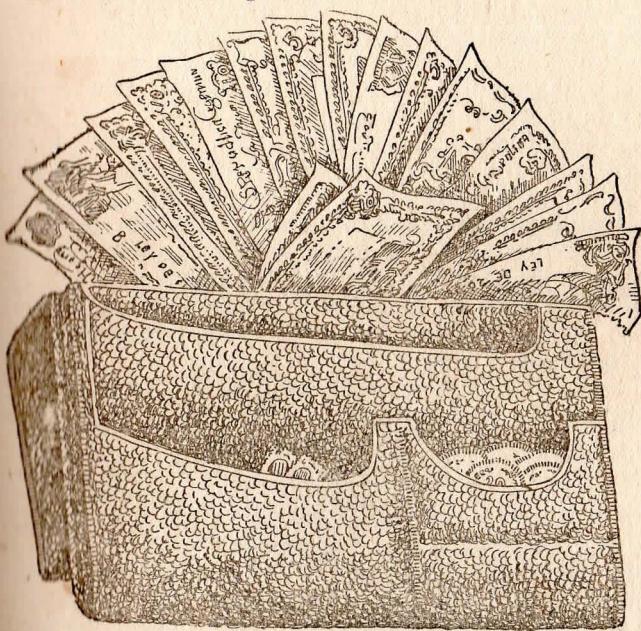
O quisiera que ustedes pensaran bien en lo que soy, en lo que puedo y en lo que valgo.

Soy un premio al esfuerzo; sirvo para adquirir cosas materiales; valgo o no valgo, según cómo se me consiga y según quién me posea.

Hay hombres que, en vez de obtenerme por medio del trabajo, me roban. Estos hombres no son inteligentes, ni han sido educados.

Son individuos que generalmente no han tenido padre ni madre, pariente ni maestro que se preocupen de ellos. Están sucios por dentro y por fuera, tienen ideas equivocadas sobre todas las cosas de la vida.

Tal es la ignorancia en que han crecido que, por no saber, no saben caminar bien, ni estar de pie como la gente sana y educada, ni saben caminar derecho, ni comer con decencia, ni pueden hablar con propiedad o con al-



guna corrección siquiera. Para saber si son ignorantes basta pensar que prefieren cometer un delito a trabajar; prefieren ser canalla a ser gente decente. Con esto se ha dicho todo.

Yo no les sirvo para nada bueno a los ladrones. Primero me gastan en escapar a la policía; después, si los encarcelan, ni el dinero ni cosa alguna los salvará del terrible dolor de la prisión. Dice un refrán que lo que es del agua, el agua se lo lleva, y es la pura verdad. En este caso, el refrán significa que como el dinero no es de ellos, no lo disfrutarán, y lo perderán sin satisfacción alguna.

Jóvenes, viejos, sanos, enfermos, cerca o lejos, libres o encarcelados, por más torpes que sean, los ladrones pagarán su delito con el remordimiento.

De éste no se salva ninguno. Pueden burlar a la policía; pero no podrán nunca engañar a la conciencia, que es el espíritu nuestro, que está dentro de nosotros, que ve todo lo que hacemos, y que al fin de cuentas nos pregunta qué hicimos y nos juzga, y nos hace gozar o sufrir, según sean nuestros actos. Aunque el culpable muera, no deja de sufrir, pues el espíritu no muere.

* * *

Yo les aseguro a ustedes que no hay trabajadores que padezcan y sufran para satisfacer sus necesidades como los delincuentes. A cada momento les parece que vienen a llevarlos a la cárcel. Adondequiera que van, los sigue el más inexorable de los detectives, el más severo de los jueces, que es la propia conciencia.

Todos cuantos me buscan por medios repudiables, creyéndolos más fáciles que el trabajo honesto, son imbéciles; tienen la enorme desgracia de no tener la mediana inteligencia que nos orienta para vivir tranquilos. Si poseyesen buenos sentimientos, se salvarían; pero tampoco tienen buenos sentimientos, y sólo después de un tiempo comienzan a reflexionar y a comprender que han violado las leyes de la vida.

Entonces experimentan asco de sí mismos, lloran a solas, desean morir cuanto antes; entonces comprenden la tremenda verdad de que cada uno cosecha lo que siembra.

Por todo esto, es claro que en proporción a los habitantes del país, los delincuentes son pocos, y disminuyen a medida que la gente aprende a vivir, es decir, a evitarse los dolores evitables.

* * *

La mayoría de los ladrones y asesinos son seres dignos de lástima en cuanto a su cultura, su higiene y sus modales.

Es verdad que hay pillos que "parecen" cultos y educados. "Parecen"; no lo son. Son astutos, como el lobo o el zorro; no inteligentes.

La inteligencia verdadera induce al hombre a ser bueno, para ser feliz; porque está más que probado que ningún malo es feliz.

* * *

Nunca quienes me obtienen con vileza esquivarán al más duro y doloroso de los castigos, que es el de la propia conciencia.

Nunca me disfrutarán, porque se estremecerán día y noche, temerosos de la justicia inexorable que, tarde o temprano, llega.

En cada persona sospecharán un delator, o un espía...

Y luego, díganse ustedes si individuos así, aunque me amontonen por carradas, pueden conocer la dicha en este mundo o en el otro.

Al fin y al cabo, la dicha es un sentimiento.

¿Cómo van a "sentir" ellos la "dicha"?

EL LADRILLO

PRIMERO el azulejo; después, el mosaico; luego, la baldosa, y, finalmente, yo, el más humilde sostén de la familia humana, el más viejo, el más débil, el que más abunda en todas partes.

Me parezco a los pobres de todos los países. Nunca cambio de ropa y me corresponden los trabajos más penosos.



Formo paredes, tapias, pozos de agua, fogones, piletas, escaleras.

Casi no existe construcción de albañilería sin mí... aunque luego resulta que los que se lucen son los mosaicos y los parquets. Antiguamente no era así, y yo mismo cubría los pisos de las mansiones más lujosas. Fresco en verano, caliente en invierno, seco, suave, agradable. Fíjense, cuando llueve, quién se seca primero.

Era como una alfombra roja donde podían acostarse las personas sin peligro de helarse... Pero el mosaico, con sus vistosos colores, la baldosa con su dureza, que es orgullo, la madera, tan blanda y agradable como lo sabe la polilla, me desalojaron. Quedo en los ranchos, y quisiera que ustedes preguntaran si hay alguna queja de mí...

EL MARTILLO

YO no sé para qué hay clavos en el mundo.

Mi existencia sería absolutamente tranquila si no hubiera clavos. Estos son mis enemigos. En cuanto aparece alguno, ¡pumba!, duro con él.

O rendirse o esconderse.

La gente quiere pasar por martillo muchas veces. Pero, ¿dónde está el cabo? ¿Dónde tienen el hierro?... Yo no lo veo, y, no obstante, se oye decir: "¡Esto, para mí, es un clavo!" Bien es verdad que también dicen: "Tengo que sacarme este clavo de encima", y entonces supongo que quien habla es una tenaza. Y también suele oírse: "Ese individuo es un verdadero clavo". Habría, pues, personas-martillos, personas-tenazas, personas-clavos y personas de madera, adonde van a clavarse todos los clavos humanos.

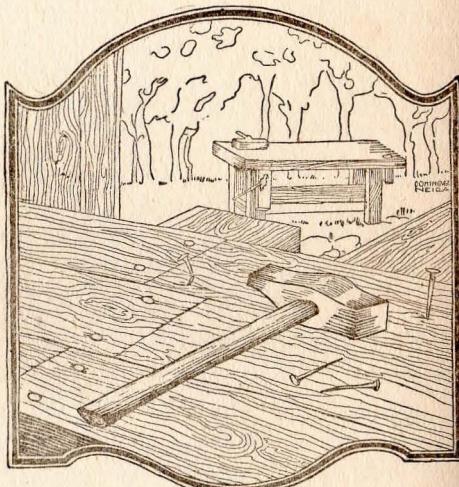
Es verdad que los clavos que son mi pesadilla tienen cabeza; pero una mala cabeza. Y el pie constituye un peligro por su aguda punta; punta que es de interés general que desaparezca de la vista.

Dicen que no hay enemigo pequeño. Gran verdad. Yo no perdonó ningún clavo, así se llame tachuela. Pero no todos los clavos comprenden que lo mejor es no enojarse conmigo. Hay clavos muy rebeldes y hay clavos de muy mal genio, que se endurecen de rabia y quieren hacerme frente... ¡Les pego cada golpe que saca chispas!... Conmigo no conviene hacerse el malo. ¡O desaparecer, o doblarse como paja! Esto debieran saberlo todos los clavos.

Algunos, ya vencidos en el ring, completamente fuera de combate, se enderezan de nuevo y vuelven a provocarme. ¡Peor para ellos! Los hundo en la madera y les doy doble, para que les sirva de escarmiento. Yo pego con la cabeza. La tengo dura como hierro.

Hasta el presente, ni se me ha agujereado ni me duele nunca.

Lo que suele ocurrirme es que en el furor de la pelea con algún enemigo, se me escapa; pero poco después vuelve a su sitio, y entonces, ¡ay del clavo que se envalentonó! Acobardado, se esconde tanto que apenas se le ve el pelo. Es la señal de mi completo triunfo.

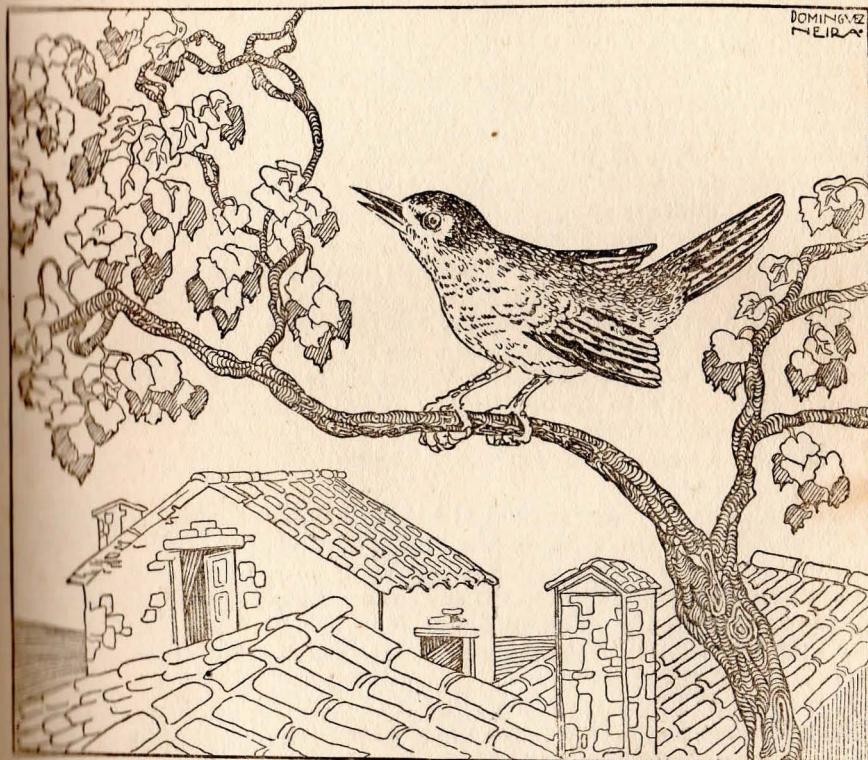


LA RATONA



STEDES saben que los mejores auxiliares de la agricultura somos los pájaros insectívoros. En efecto, nosotros destruimos los insectos que perjudican a las plantas.

Todos los pájaros de pico largo somos insectívoros. Somos arboricultores, jardineros, hortelanos, que no cobramos sueldo ni jornal en dinero contante; aunque justo es decir que al desempeñar nuestra tarea ya nos cobramos lo necesario.



El benteveo, el hornero, el zorzal, la calandria y muchos más, se pasan el día limpiando los árboles de sus enemigos.

Por esto se dice que la naturaleza es sabia. Todo ser ha de cumplir su tarea. El que no trabaja no come. Nosotros no nos apiadamos del holgazán. Dejamos que se cumplan las leyes de la vida. Cada cual tiene lo que se merece.

¿Han visto el carpintero golpeando con su pico en algún palo viejo o en algún tronco carcomido?

Se diría que lo hace de tonto y que hay gustos que merecen palos... Pero el carpintero es más vivo de lo que parece... Fíjense que de rato en rato, deja de golpear y observa... Es porque él sabe que allí hay gusanitos. Los gusanitos, al oír que llaman, se asustan y salen del escondite uno por uno, y, uno a uno, él se los va comiendo.

Bien quisiera poseer la habilidad del carpintero; pero también es cierto que en la vida cada cual ha de conformarse con su destino y sus merecimientos.

Para proporcionarse semejante banquete, se necesita un buen pico y bastante inteligencia.

Yo no sería capaz de adivinar dónde hay bichitos... sin verlos... Por esto, me paso el día revisando cada plantita y cada hoja, sin olvidar una. ¡No he de dejar un bichito, ni uno solo!

Aunque chiquita, soy una trabajadora infatigable.

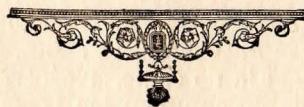
Dicen que soy prima hermana del famoso ruiseñor y que en la forma, en el tamaño y en el color, nos parecemos bastante. Pero el hecho de que exista en mi familia un artista tan admirable, a quien no conozco, no justificaría que me pusiera orgullosa.

Mi verdadera familia es la gente. Se me llama ratona porque ando como un ratón por las paredes y tapias de la casa, y anido allí, a la vista de todos, en el mejor agujerito que sea posible encontrar.

El año pasado quedó un saco viejo colgado de un árbol. Visitamos con mi señora uno de sus bolsillos y nos pareció excelente para constituir nuestro hogar.

Apenas habíamos comenzado el nido... ¡adiós saco!... desapareció como por encanto... Este año hemos elegido, después de pensarla mucho, un precioso chalecito que colocó el niño de la casa a cierta altura de una pared y hemos gozado de la dicha de criar allí en excelentes condiciones a nuestros hijitos. No había ratones, que son nuestros más terribles enemigos, pues devoran ferozmente a los polluelos, sin que podamos defenderlos.

A mí me gusta vivir como en familia con la gente, y alegrarles el corazón con mi canto puro y simple como agua que gorgorea.



EL GUSANO DE SEDA

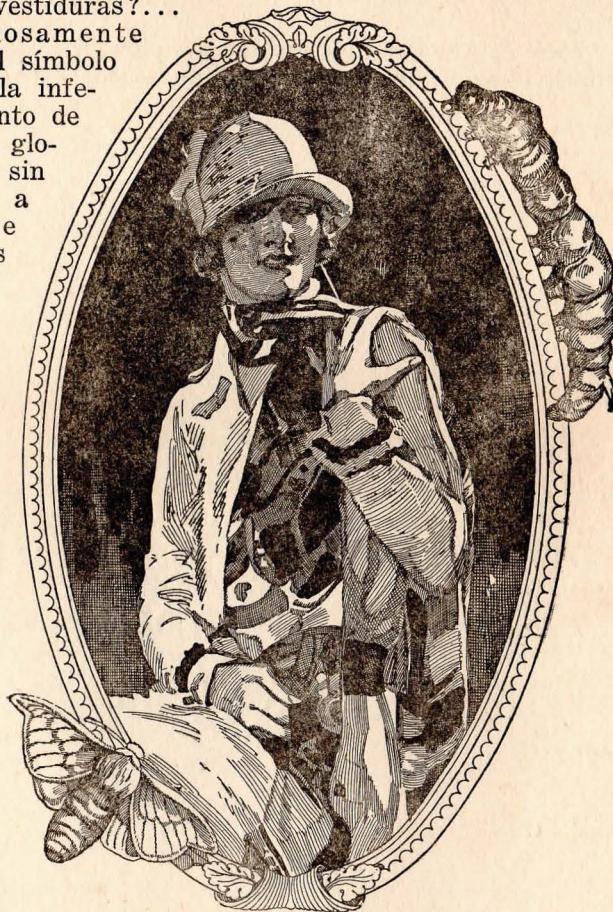
GN miserable gusano, feo, repugnante!... Eso se dice de mí. Pero soy la lección más clara de que no debe despreciarse a los humildes... ¿Cómo no piensa, la lujosa señora que me desprecia, que yo fabrico las telas de que están hechas sus más ricas y máspreciadas vestiduras?...

Arrástrome penosamente y soy considerado el símbolo de la fealdad y de la inferioridad en el conjunto de seres que pueblan el globo terrestre... y, sin embargo, es a mí a quien se recurre para pedirme las más preciosas telas, los más ricos encajes, los más espléndidos abrigos.

— Señora — podría decir, — tenga en cuenta que su ropa está hecha por gusanos... ¡Es mi capullo que la viste!...

Podrían llamarme larva, o mejor aun, oruga, que es el verdadero nombre de la larva que ha de convertirse en mariposa.

Vivo como gusano 34 días, durante los cuales aumento 4 veces de tamaño, cambiando de pellejo para cada crecimiento. Al cabo de los 34 días, comienzo a fabricar el capullo, para lo cual segregó la seda por unas glándulas que son como tubitos. Elijo, primeramente, una ramita, como punto de apoyo, y luego tejo el capullo con un solo hilo de maravillosa finura, que mide, más o menos, 340 metros de largo.

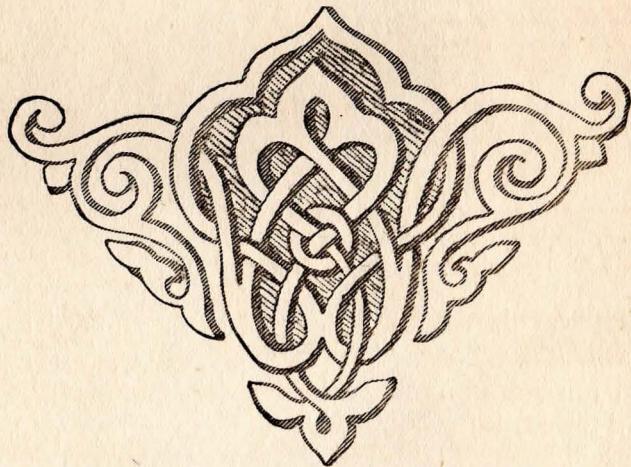


Tan delicada obra me ocupa enteramente cuatro días.

Terminado el capullo, me encierro en él.

A las 3 semanas, abro un agujerito y salgo convertido en mariposa, para poner mis huevitos, que son muchos, 400 ó 500, y muero poco después.

¿No es verdad que un simple gusano como yo constituye algo maravilloso y merecedor de la admiración del hombre?



LA COPA DE AGUA

O estaba en un banquete. Mi cristal era límpido y transparente y brillaba como si fuera hecho de diamantes. Agua pura me llenaba. Parecía un símbolo de la sinceridad y del bien sobre aquella mesa llena de copas verdes, rojas y azules, con los más diversos vinos y licores.

La gente no se cansa de inventar toda clase de líquidos para saciar la sed, suponiendo que Dios se ha equivocado al darles el agua solamente; pero quienes se atienden a esta simple bebida de la naturaleza son los más sanos y los más felices.



ma y voz? No sé reír ni cantar; sólo sé hablar dulcemente al corazón.

No soy hermosa; soy buena, simplemente.

De ningún crimen, de ninguna miseria, de ningún extravío soy responsable.

Tres cosas ha querido cambiar el hombre, y las tres resumen la historia de su desdicha: la verdad, que se pretende substituir con la mentira; el trabajo, con el vicio, y el agua pura, con el licor.

El agua es simple, simple como la verdad y como el trabajo.

Ella no engaña, no roba, no ilusiona, no mata.

Compañeras: Brindo por que todas ustedes se llenen, como yo misma, de pureza.

Llegó el momento de los brindis, y hermosas copas adornadas con burbujas irisadas de luz se levantaron y hablaron. Después, se retiraron los comensales; quedamos solas las copas sobre el mantel, y dije:

—Ha llegado mi turno y debo hablar...

Soy nada más que agua pura; pero, ¿por qué la pureza ha de callar?...

Soy el alma de las rocas escondidas en las profundidades de la tierra; pero, ¿por qué no han de hablar las cosas invisibles, si tienen al-

EL TABANO



OY esa mosca grande que persigue a los caballos, y también a otros animales, dándoles un lancetazo para chuparles la sangre. El lancetazo es tan fuerte que la sangre corre por la piel del animal. Pero no lo hago por maldad; lo hago para comer, para no morirme de hambre.

El hombre es, en realidad, más malo que yo; pues priva a los caballos de los medios naturales de defensa contra tábanos, moscas y mosquitos, que son la cola y las crines.

Una cosa muy interesante puede verse en el campo.

Yo pongo mis huevitos, preferentemente, en las flores del molle, ese árbol indígena tan común en los campos. Pongo un huevo en cada flor. Esta flor se transforma en fruto; pero el huevito queda dentro y se convierte en una larva o gusano, que se alimenta de ese fruto, roendo su interior.

El fruto ha completado por fin su crecimiento. Es una especie de coquito redondo, liso y duro, más chico que una bolita de las que usan ustedes para jugar. El gusanito que había dentro se ha convertido en tábano.

¿Cómo hará para salir? Es imposible que mi hijo se abra una puerta.

Y aquí interviene lo maravilloso.

Ese coco del molle tiene una tapita, una tapita redonda, que, cuando llega el momento de salir el tábano, mi hijo, salta y deja justamente el espacio necesario para que él abandone su casita con las alas plegadas.

La tapita salta porque el fruto se seca y al contraerse la superficie hace fuerza y cede en la parte débil.

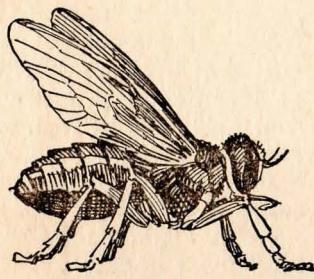
Ustedes me preguntarán cómo sé yo que la flor se volverá fruto; que mi larva nacida del huevito que yo puse encontrará alimento para crecer; y que mi hijo, ya completado su desarrollo, podrá salir de allí.

No sabré nada de esto; pero lo cierto es que procedo como si lo supiera.

¡No hay cuidado de que deposite mis huevos donde la cría no tenga medios para desarrollarse!

La seguridad que les doy a mis hijos en la flor del molle es superior a la que encuentra la mayor parte de los seres en su primera edad. Ella es necesaria, pues soy muy perseguido... Me dicen chupasangre...

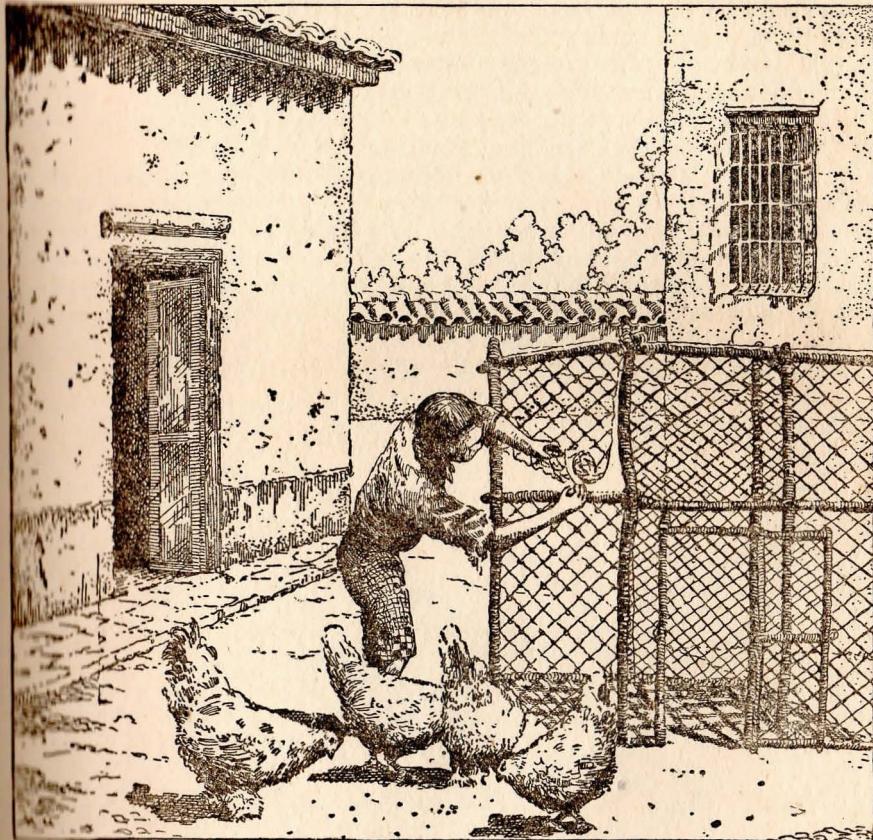
Pero, ¿cómo vivir sin chupar sangre?...



EL GALLINERO

O creo, Julito, que es una cosa tan buena la que estás haciendo que todos vendrán a verte y a mirar tu obra.

Soy un placer barato, aunque no despreciable. Por más vulgar que parezca, es siempre entretenido poner en un buen nido trece o quince huevos; ver cómo se echa en ellos la gallina, impulsada por el instinto irresistible; cómo permanece allí esponjada y



queleta, saliendo sólo para comer y beber cuando le es indispensable; con qué cuidado y acierto remueve diariamente los huevos, ubicándolos en forma que reciban la misma cantidad de calor; y luego, a los veintiún días, contemplar el maravilloso espectáculo de los pollitos de diversos colores, miniaturas de seda que pocas horas después

de nacer abandonan el nido para seguir a la madre en busca de alimento. La suma de atenciones y cuidados que prodiga la gallina a sus pollitos sirve de entretenimiento a cualquier persona capaz de admirar la sabiduría de la naturaleza.

Pocas cosas existen más lindas que los pollitos ¡y con tan poco trabajo que se les consigue!

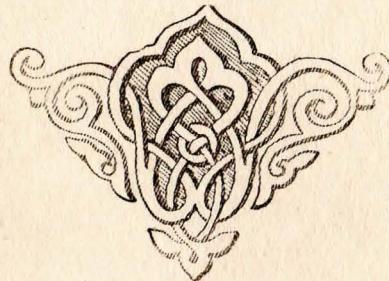
Tus primos te han dicho que eres un tonto en construirme. Han hablado así, seguramente, porque venían con la ropa nueva, y no han podido participar de tu juego; y digo juego, porque tú trabajas; pero, al mismo tiempo, aprendes y te diviertes.

Yo pregunto quién se quedará más contento, si ellos al salir del biógrafo, o tú cuando me termines y vengan todos a verme.

Y, después, cuando estén las gallinas dentro, con el gallo y los pollitos, y cada vez que pienses que tú me hiciste, y cuando lleguen visitas, y pregunten quién me hizo... ¿Quién se divertirá más?...

La verdad es que hay niños habilidosos y niños desganados y displicentes para todo; hay niñas hacendosas, que son una monada, y niñas que creen que ganan mucho no haciendo cosa que valga en todo el día.

¡Hay que averiguar dónde está lo que ganan en tal forma!



EL PEZ COLORADO

JES N día de mucho calor comenzó a secarse el agua en el estanque y quedó tan poquita, tan poquita... que casi me ahogo en el aire.

Felizmente, en seguida llovió lo indispensable para mí.
¡Los demás peces se acabaron!

Ahora todos los días se seca el agua; todos los días llueve y el estanque se renueva...

Así es cómo encuentro alimento en tan poca agua.

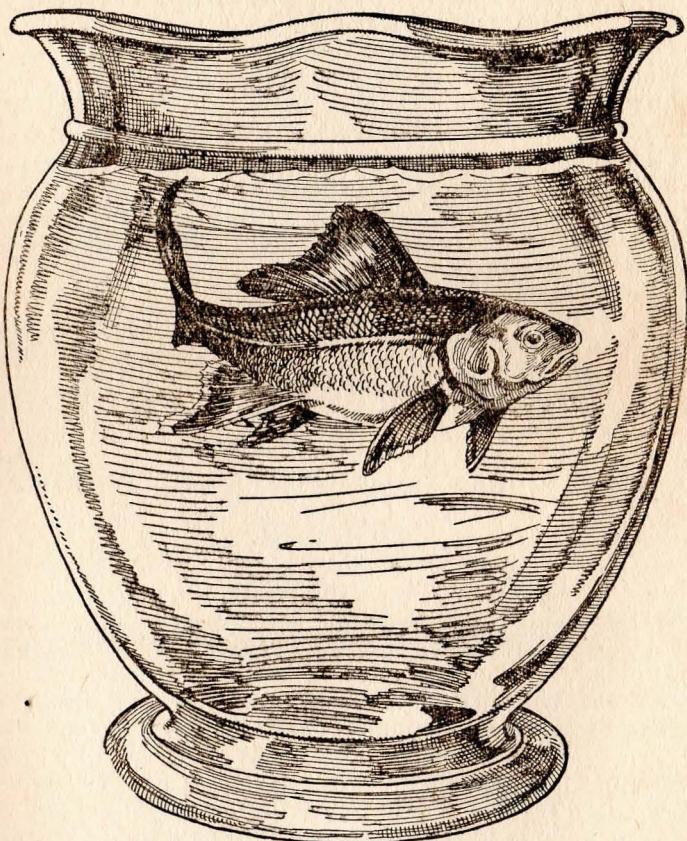
Ustedes notarán que abro y cierro la boca continuamente; no trago el agua, sino los pequeñísimos bichitos que hay en ella y que son los que me nutren. La ignorancia es funesta. Hay personas que se compadecen de nosotros, suponiéndonos hambrientos, y nos arrojan pedacitos de pan; nosotros, también por igno-

rancia, los devoramos, y el resultado es la muerte por envenenamiento.

Moy como un pájaro dentro de una jaula transparente; pero mi canto no es oído por ustedes.

Paso como un pincel por las paredes de cristal tiñéndolas de rojo; pero el agua borra en seguida mi pintura...

¡Moy el pintor más desdichado de este mundo!

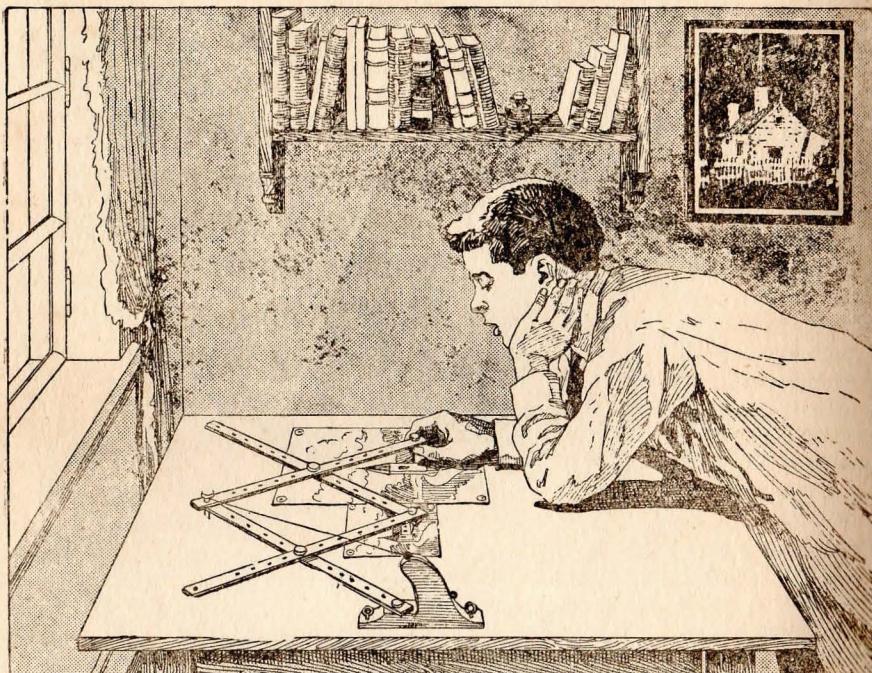


EL PANTOGRAFO



O asustarse de mi nombre. Es lo único difícil que hay en mí. A pesar de él, soy una cosa sencilla y de suma utilidad. Váliéndose de un modelo, puede usted mismo construirme. Se diría que soy una madera dotada de inteligencia.

Estoy formado por cuatro reglas articuladas en un paralelogramo.



¡Otra palabra difícil! ¡Paralelogramo!... Es decir, una figura de cuatro lados, un cuadrilátero, cuyos lados opuestos son paralelos entre sí... Paralelos, como las vías del tren... En un extremo, tengo un puntero; en el otro, un lápiz.

Si usted recorre con el puntero el contorno de una figura, el lápiz va dibujando la misma figura en otro papel, más chica o más grande, como usted deseé. ¿No es esto cosa admirable?

Usted, por ejemplo, tiene que copiar fielmente un dibujo; pero lo necesita de otro tamaño: no tiene más que recorrer el original con el puntero y el lápiz reproduce el dibujo en otro papel.

Pantógrafo, para servir a usted. Pantógrafo, no lo olvide.

LA VACA



¡Y he descubierto la superchería!

Diez litros de leche tengo en mi ubre cada día. Mi amo podía sacar seis; podía sacar ocho, dejando lo indispensable para que mi ternerito se alimentara.

Porque la leche mía es para mi hijo, antes que todo.

Pero mi amo me extraía hasta la última gota. Cuando ya no era posible exprimir más, acercaba a mi hijo para que mamara.

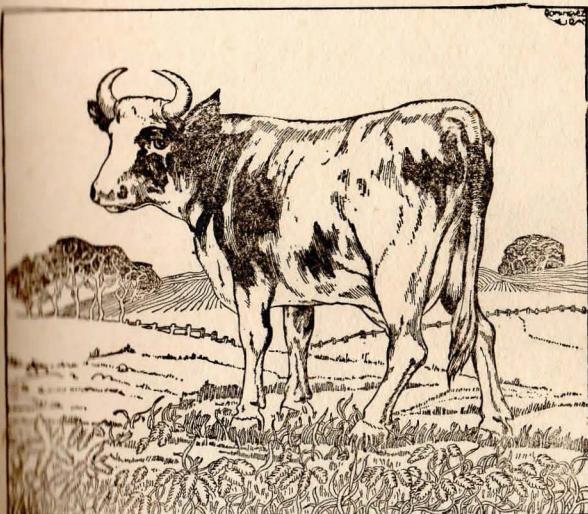
Yo hacía entonces un esfuerzo, otro poco de leche descendía, retiraba el ternerito y me la robaba.

Yo creo que eso no está bien. El hombre puede utilizar perfectamente los animales domésticos sin ser cruel y desalmado.

Mi hijo estaba cada vez más flaquito...

Tambaleaba al andar y me miraba horas enteras, como pensando que yo era mala con él.

Le había crecido tanto el hocico que aunque estuviera junto a mí ya no me mataba.



Toda la noche le decía yo: "Mama, hijo mío", y él no podía hacerlo.

Mi hijo estaba cada vez más flaquito y más triste. Permanecía horas enteras inmóvil, como si pensara en el misterio que lo iba aniquillando; y cuanto más pensaba, más se le alargaba aquel horrible hocico. Era un hocico duro, seco y frío. Al pegar en mi vientre parecía un cuerno, y yo le tenía miedo; pero como era de él, sufría pacientemente.

Una mañana se acercó un ternero a mamar en mí. Lo olí para saber si era mi hijo. Me pareció que era él. Al día siguiente, mientras mamaba, se le cayó la piel... Lo olí de nuevo... ¡y vi que ese ternero no era mi hijo!...

Tenía encima la piel de mi hijo; pero era otro... Yo no quise que mamara más... pero el amo meató y me obligó a soportar este nuevo suplicio...

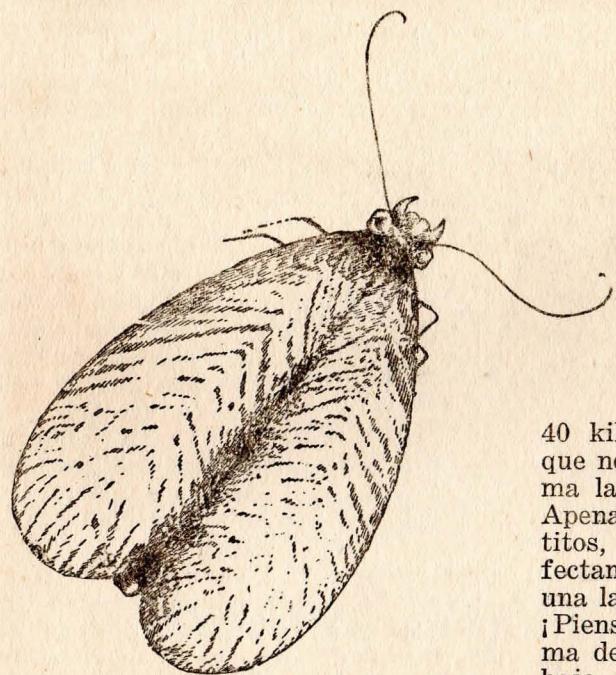
¡Dónde estará mi hijo? ¡Hace dos días y dos noches que lo llamo!... ¡Dos días y dos noches que no me contesta!...

LA MARIPOSITA BLANCA



Y inofensiva. Soy una mariposa diminuta, de cabecita velluda. Mi boca no roe ni muerde, y, sin embargo, a pesar de mi aspecto inocente y delicado, se me considera el insecto más dañino del mundo.

Sería difícil encontrar una persona que no se queje de mí. Soy... la polilla... y vacilo en nombrarme por la mala fama que tienen mis pobres hijos, a los que las dueñas de casa han declarado guerra a muerte.



Mis hijos, en efecto, son esas orugas tan habilidosas que tejen su capullo con papel, madera, pieles y tejidos de toda clase. Como son muchos y necesitan abrigarse, mi descendencia de un solo año, para vestirse de lana, por ejemplo, necesita 40 kilos de ella. ¡Suerte que no debo hacer yo misma la ropa de mis hijos! Apenas nacen y tan chiquititos, ya saben tejer perfectamente y demuestran una laboriosidad ejemplar. ¡Piensen ustedes en la suma de habilidad y de trabajo que representan 40

kilos de lana transformados en preciosos capullitos!...

Se afirma que cada país pierde millones de pesos cada año por mi culpa. Pero lo cierto es que la humanidad no muere por eso, y que mi descendencia no podría sobrevivir sin causar tales destrozos. Yo pongo mis huevecitos donde mis hijos puedan encontrar alimento y materiales para fabricarse abrigo. La gente prolífica no se quejará de mí. Las únicas personas que sufren por mi causa son las que no cuidan lo que tienen, o tienen más cosas de las que pueden cuidar.

Por otra parte: tapicerías, obras de arte, ropas, libros, pieles... ¿qué son ante la necesidad de asegurar la existencia de los hijos? ¿Qué madre no lo sacrifica todo por ellos?

EL SOL

O me temas, niño. Pon solamente tus carnes a recibir el baño de mi luz y te sentirás fuerte.

Lo que hago con los animales y con las plantas puedo hacerlo contigo.

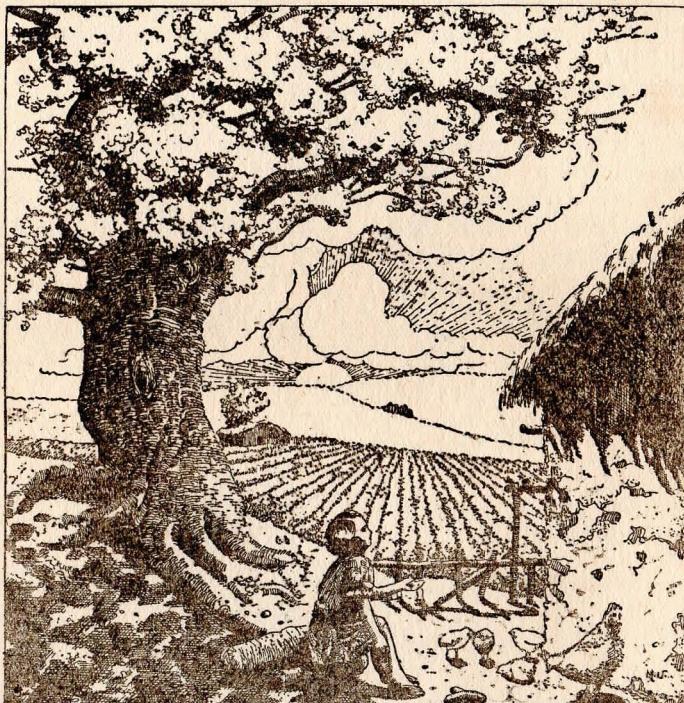
Yo doy vida, salud, alegría y fuerza.

Si alguna vez enfermó alguien por mí, es porque soy tónico demasiado poderoso para tomarme de golpe... Habitúate poco a poco a sentirme en tu piel. Fíjate en las tiernas plantas que me resisten sin desmedro. Observa cómo se apoderan de mi energía los animales permaneciendo horas bajo mi ardiente mirada.

Cuando los pollitos de la gallina salen de la cáscara son tan débiles que apenas pueden tenerse. Invariablemente se acuestan un largo rato para vivificarse con mi luz y mi calor. Quien los ve, los creerá muertos: las cabecitas contra el suelo, las alitas abiertas. Al terminar este baño, se yerguen y corren detrás de la gallina, llenos de vigor.

En invierno, porque faltó muchos días y alumbró más débilmente que en verano, una especie de muerte se enseñorea de la naturaleza.

Yo hago el milagro de la vida... ¡Y pensar que hay generaciones enteras de seres humanos que no me han dejado ver su piel desnuda!... ¡Príyanse así del más inmenso beneficio que pueda darles el cielo!

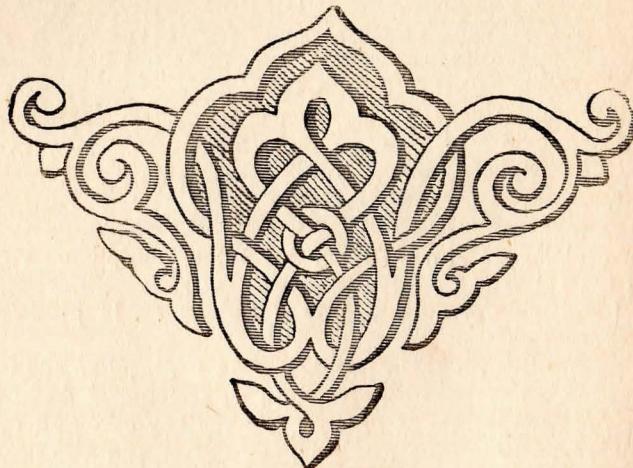


Los antiguos peruanos me reverenciaban como si yo fuera Dios. No soy más, comparado con Él, que un punto de su vestidura brillante y luminosa, o, cuando mucho, una mirada suya en su jornada eterna...; pero soy algo inmenso en energía, y el hombre debe aprender a aprovecharme, así como hacen los animales y las plantas. ¿No han observado ustedes que los animales domésticos no dejan pasar un día sin tomar un buen baño de sol, siempre que las circunstancias lo permiten? Nadie les ha enseñado esto a los animales; es el instinto, la sabiduría innata de la vida la que los induce a realizarlo. De este modo se curan de la mayor parte de las enfermedades, purifican la sangre y renuevan sus energías.

El hombre es un ser vivo, y por lo tanto, necesita la luz del sol, tanto como el alimento. Si se priva de ella, experimentará males parecidos a los que sufre una planta encerrada en una habitación.

Deja siquiera que ilumine tus pies. Poquito a poco, te irás acostumbrando a recibir mi luz vivificante en todo el cuerpo.

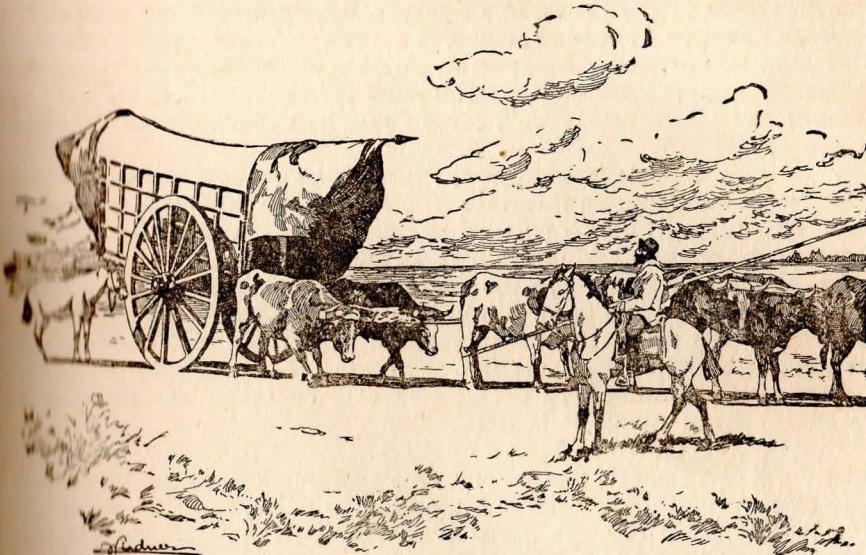
¡Penetraré hasta tu sangre y daré salud, fuerza, alegría a tu ser entero!



LA CARRETA

 ENGO ruedas, lo mismo que el automóvil. Voy de un punto a otro, como el aeroplano. Llevo mercancías, como los vapores. Sólo que, como soy viejecita, no ando tan de prisa. Soy viejecita, y, además, a mí me tocan los peores caminos, llenos de barro, de zanjas y de piedras.

En mis tiempos, viajaban en mí las señoras y los niños. Ibamos desde Buenos Aires a Tucumán o a Córdoba. Tardábamos meses, y



había que tener paciencia, porque, como digo, los caminos eran muy malos.

Antes yo llevaba todos los cueros y toda la lana y me dejaban entrar hasta el centro de Buenos Aires.

¡Las veces que he pasado por las calles más centrales!...

A mi regreso al campo, era yo quien llevaba para las pulperías cuanto se necesitaba.

A mí sólo me daban algún clavo si se me aflojaba alguna tabla y la grasa de las ruedas.

¡Se han fijado qué ruedas grandes tengo?

Marchaba de noche, anunciándome a los paisanos con el chirrido de mis ejes, porque durante el día los bueyes se fatigaban demasiado.

Mi carrero — como se dice por acá, aunque debemos habituarnos a llamarlo carretero, porque carrero es el del carro, — mi carretero, decía, en cuanto yo caminaba, se dormía como un bendito.

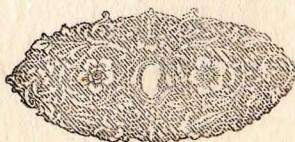
¡Miren que era peligroso caminar así, de noche, con tres yuntas de bueyes, que lo que menos les importaba era que yo diera tumbos!

Pero no hay sueño más duro que el del carretero en el viaje... Aquel hombre estaba siempre dormido... Y me sucedió más de una vez que al pasar por alguna zanja más honda o por alguna piedra... ¡cata-pum!... me daba vuelta y quedaba con las tremendas ruedas en el aire... Por el suelo, las bolsas de azúcar, los cajones de fideos, los tercios de yerba... porque en mis tiempos, la yerba venía en unos sacos grandes de cuero de vaca. Y, claro, el carretero se despertaba enojado; pero a mí no me decía nada, porque yo no tenía la culpa. A los bueyes, sí, les iba mal, porque él quería que cuando vieran el peligro de "ponerle la carreta de sombrero", como decía, se detuvieran hasta que él se despertara.

Y así ocurría, en efecto, casi siempre. En aquellas largas marchas a través de la campaña interminable, los bueyes adquirían una práctica tan grande, que no solamente arrastraban la carreta sino que también la guiaban. Al llegar a "un mal paso", es decir, a un pozo o a un fangal, por ejemplo, ellos apreciaban la dificultad: si se consideraban capaces para pasar sin peligro de volcar, seguían la marcha; si el obstáculo requería la intervención y la responsabilidad del carretero, se detenían y esperaban. El carretero, habituado también a tan curiosa costumbre, se despertaba casi de inmediato y ya sabía de antemano la causa de la detención.

Después, tuve otro carretero que iba — debía ir, mejor dicho — a mi lado, a caballo, con una picana más alta que la iglesia. Pues bien; este carretero ataba el caballo a uno de mis palos, se metía dentro de mí y se dormía y roncaba horas enteras mientras seguíamos la marcha. Pero una vez la holgazanería le costó cara: me di vuelta al pasar por una zanja muy honda y una barrica de azúcar le quebró una pierna.

Ahora no me dejan entrar en las ciudades... Trabajo con un negrito. Traemos leña del monte para la casa del patrón. Ya no tengo techo. Tiemblo como si fuera a caerme al andar. El negrito ni se sueña todo lo que yo he andado, todo lo que he llevado... ¡Hasta señoritas vestidas de seda... y bolsas de oro!...



EL FOSFORO

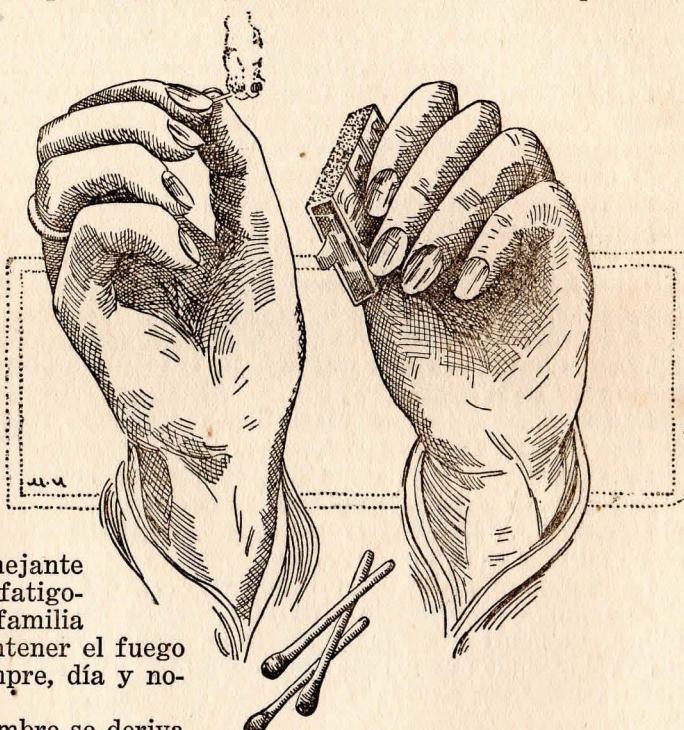
POSEO cabeza, una linda cabeza colorada y un buen traje de algodón.

Lo malo de ser fósforo, es que a todos nosotros se nos tiene aprisionados en una cárcel estrecha, en la que apenas cabemos.

Todo mi deseo es la libertad.

En cuanto salgo, embisto la pared más dura de la cárcel y, al no poder romperla, me enciendo en cólera y ardo, convertido en una magnífica llama que alumbría y enciende cuanto se le aproxima.

Sin mí ninguna vela, ninguna lámpara alumbraría. Si ní sería difícil encender fuego. Habría que recurrir al procedimiento de los primitivos hombres: frotar dos maderas muy secas hasta conseguir que, con el calor del rozamiento, ardieran. Semejante tarea era tan fatigosa que cada familia procuraba mantener el fuego encendido siempre, día y noche.



De tal costumbre se deriva la palabra "hogar", que significa a la vez fuego y casa de familia.

En la industria, soy el primero que comienza la tarea en la mañana.

Donde hay fuego, llama, calor, allí está mi obra; por lo menos, soy iniciador de ella. Después que he preparado todo, me retiro... Porque envejezco demasiado pronto. La cabeza se me pone negra, después, blanca... y se me cae. El cuerpo se me consume y se me vuelve ceniza... Es que soy demasiado chiquito para meterme a hacer tan importantes cosas... O será, acaso, que como tengo mal genio, la ira me envenena la sangre y me acorta la vida.

LA PLUMA Y EL LAPIZ



A Pluma. — Antes, a mí también me cortaban.

El Lápiz. — ¿Cortar el acero? Me parece difícil...

La Pluma. — Es que no siempre fuí de acero. Era una pluma del ala de un ave, la primera pluma, la de cañón más grueso, y mi mérito dependía de la habilidad para cortarla. Por eso todavía se oye decir: "...su bien cortada pluma", lo que significa que la persona aludida escribe muy bien.

El Lápiz. — Algo semejante pasa conmigo. Escribo con mayor o menor habilidad según la habilidad de quien me saca punta.

La Pluma. — Sin duda, nos parecemos.

El Lápiz. — Somos una cosa en cada mano; una cosa para cada cual...

La Pluma. — Todo depende de lo que se escriba: falso o verdadero.

El Lápiz. — Para bien o para mal.

La Pluma. — Yo no soy responsable de que me hagan escribir groserías, falsedades o calumnias.

El Lápiz. — A mí me gustaría escribir siempre palabras nobles y ciertas. La mentira envilece. Además de escribir como tú, puedo ejecutar dibujos muy bonitos.

La Pluma. — Yo también puedo dibujar, aunque no tan bien como tú; pero, dime: ¿es cierto que aquí no te emplean más que para apuntar la ropa de la lavandera?

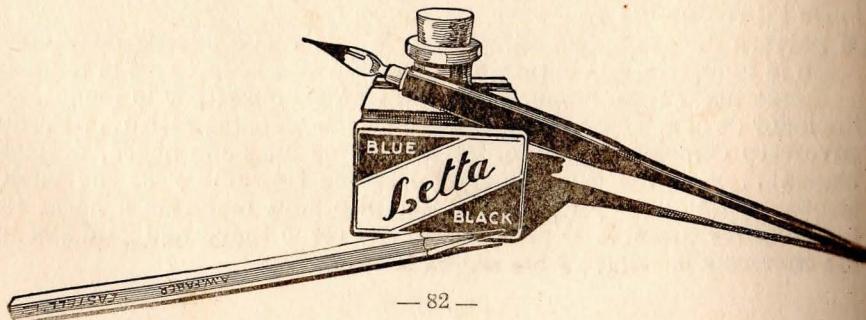
El Lápiz. — El señor me utilizó el domingo para anotar en su cartera algo de suma importancia...

La Pluma. — Tú... cosas de importancia... ¡No sé qué te diga!

El Lápiz. — Bien sabes que en los primeros días estuve siempre en el escritorio... Lo que hay es que la vida tiene muchos cambios... y como mi vida es tan larga...

La Pluma. — ¿Aludes a mí con eso?...

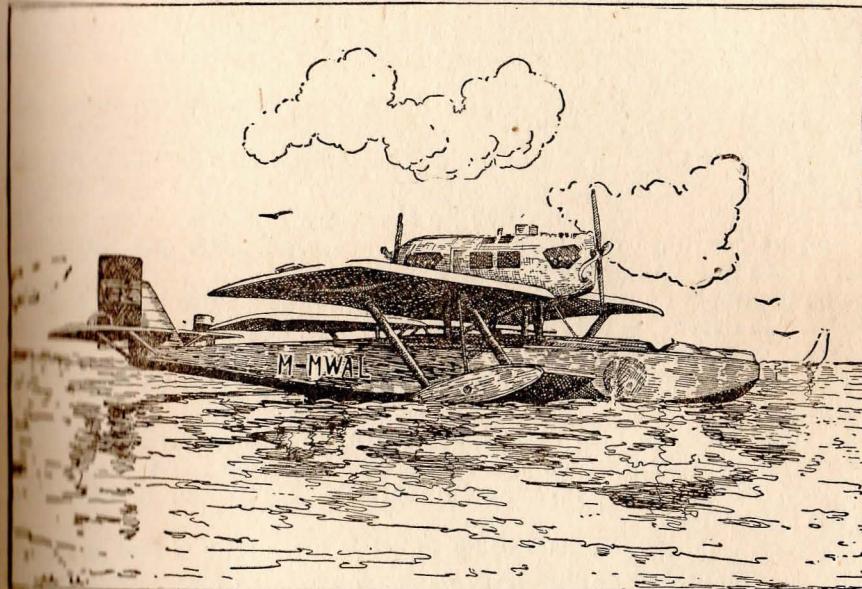
El Lápiz. — Yo podría vivir siglos, si no fuera esa historia de la punta. La gente cree que me presta un gran servicio sacándome punta y no comprende que así me voy consumiendo como si fuera una vela, hasta quedar convertido en un enano ridículo...



EL PLUS ULTRA

NO fué pequeña hazaña, mis amigos, venir a América en barcos, como lo hiciera Colón y sus acompañantes.

Para hacer la travesía del océano en buques de vela se tardaba meses. No podía saberse cuántos. Todo dependía de los vientos. A veces se arribaba a esta capital a los tres meses de navegación; a veces se tardaba seis u ocho meses y aun más. Cuando soplaban vientos contrarios, los navegantes tenían que conformarse



con no retroceder, para lo cual empleaban toda su habilidad y su experiencia de viejos lobos de mar. Un viaje en aquellos tiempos era algo tan incerto y peligroso como una aventura.

Luego fueron empleados los buques movidos a vapor.

La humanidad entera quedó maravillada de que, prescindiendo del viento, pudiera navegarse y abreviar en forma sorprendente los viajes.

En la actualidad, los grandes transatlánticos tienen su fecha de arribo a cada puerto con la regularidad de un ferrocarril. El hambre, las enfermedades, los naufragios, puede decirse que no existen.

Pero ya el dominio del agua pareció poco al hombre. Ahora se trata de viajar, como los pájaros, por el aire. Todos me han visto volar como un monstruo aguacil cuyo zumbido se oía desde lejos el día que llegué de España.

Cuando voló el primer aeroplano fué un espectáculo maravilloso. Nadie dejó de mirarlo hasta que se perdió de vista. Ahora volamos aeroplanos día y noche a poca altura o en medio de las nubes, y la mayoría de las personas, si no están al aire libre, ni se molestan para vernos, y se limitan a oír el ruido del motor.

Así ocurre en todas las cosas de la vida y principalmente con los grandes inventos. La gente se acostumbra a disfrutarlos y le parece lo más natural. No obstante eso, ustedes no deben nunca olvidar el valor de cada conquista realizada por el pensamiento y el esfuerzo. Es preciso comprender la suma de sacrificios y desvelos que representa el progreso de la humanidad.

Mi viaje, el primero por el aire desde Europa hasta América del Sur, significó magna hazaña.

Fué indispensable un conjunto de voluntades, todas decididas, todas empeñadas con firmeza en lo mismo. No menos de cien hombres quisieron, con toda su alma, que yo alcanzara la meta. Pensemos en el enorme conjunto de detalles, todos ellos esenciales, que contribuyeron para que yo llegara a Buenos Aires.

Una partícula de polvo deslizada en la gasolina habría bastado para producir la detención del motor en pleno vuelo, con las terribles consecuencias que puede suponerse.

Todo cuanto soy lo debo a mis inventores y a obreros de magnífica prolividad.

El valor humano más descollante en mi proeza está representado por el comandante Franco. Sin su heroica voluntad nada habría hecho yo. Pero sus acompañantes merecen, asimismo, admiración, cariño y gratitud.

Merecen también gratitud todos aquellos que desde el mar y desde tierra me auxiliaron en múltiples detalles, decisivos para subir, volar, orientarme y descender.

Mi vida ha terminado con mi arribo a Buenos Aires. El gobierno español me regaló para que la República Argentina me guarde como un recuerdo histórico.

Las generaciones del futuro me contemplarán como una reliquia.

—Este fué el primero — dirán — que venció el mar y el espacio en un gran vuelo; el primero que recorrió la ruta aérea que había de unir con nuevos lazos ambos mundos; el primero que proclamó en las alturas la unión de España con América Latina.

¡Tanta quietud después de tanta actividad! ¡Parece que hubiera muerto! Como una mariposa clavada con un alfiler en la vitrina de un museo, aquí estoy, prisionero de mi gloria, para contarle al futuro mi triunfo.

GALOPITO

ME llaman Galopito, porque siempre ando apurado. Vivo en una cuevita de un jardín de Belgrano.

Un día recibí la visita de un amigo, llamado Comepapel.

Hacía la mar de tiempo que no nos veíamos.

Después de un rato de visita, dijo Comepapel:

— Su casa es muy grande y cómoda, y si me permite me quedaré aquí.

Yo le miré sorprendido; no supe qué contestar tan de pronto.

Entonces él prosiguió así:

— Por mi barrio hay una miseria tremenda; además, hace unos días que estamos de terremoto, ¿sabe?, y con unas inundaciones bárbaras... ¡Fíjese cómo tengo la barriga de mojada!... Para colmo, anoche sentí olor a demonio... (El demonio era el gato).

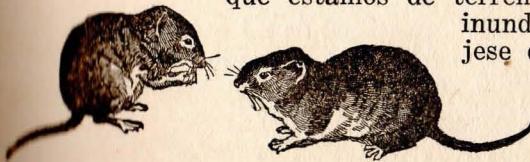
— No hay inconveniente — le contesté después de un momento de silencio. — Arréglese donde guste.

Durante la noche, salí a buscar comida, como siempre. Varias veces volví a entrar y a salir, y vi que el compañero dormía a pata suelta.

Cuando ya había salido el sol, Comepapel empezó a bostezar de hambre; pero no le dije nada. Me hice el dormido y vigilé al huésped. Entonces observé, con la sorpresa consiguiente, que éste se dirigía con infinito cuidado para no ser sentido hacia mi cama, junto a la cual había algunas provisiones para pasar el día. Hallábase muy cerca, pero, de pronto, me di vuelta en la cama. El huésped salió como una exhalación y se acostó. Un rato después volvió a ponerse en marcha hacia la comida, poquito a poco;... y ¡zas!... estiró las patitas, y el hambriento pegó un salto tremendo de miedo de que lo descubriera, volviéndose a su sitio. Así pasaron horas, hasta que, por fin, me levanté y me puse a hablar de diferentes cosas y a nombrar tranquilamente mi merienda. El mal amigo me miraba de reojo y bostezaba de hambre.

A la mañana siguiente, se repitió todo lo mismo. Pero a la quinta vez que Comepapel iba a apoderarse de mis provisiones me levanté y dije:

— Mire, Comepapel; yo he brindado hospitalidad a un amigo y a una persona decente; pero no a un raspia como usted, que se está muriendo de hambre de puro holgazán. Yo busco y me ingenio para alimentarme, y usted podría hacer lo mismo. Prefiere esperar que yo traiga mi comida para robármela. Ya no podría vivir tranquilo...



Así que, ahora mismo, ahora mismo, ¡a volar! ¡Y cuídese de que yo no lo vea nunca más en mi casa!

Comepapel se puso a lloriquear, y dijo:

—Estas no son horas para salir ningún ratón. ¡Anda toda la gente! ¡El diablo duerme cerca!...

—¡A volar, he dicho! — repetí. — Yo no quiero ladrones en mi casa.

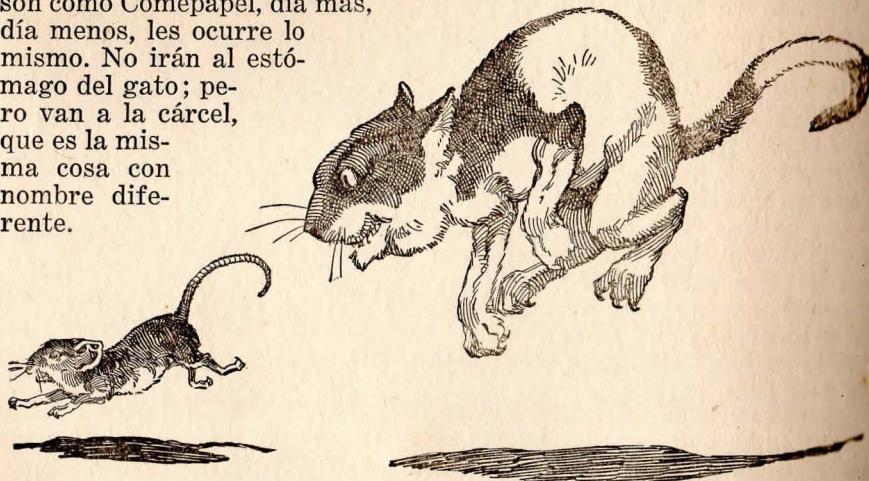
—Espere, ¡por favor!, a que pase siquiera la inundación y el terremoto, y a que se vaya el gato a la cocina...

—¡Ni un segundo! — grité, porque estaba enojado de veras. — ¡Fuera el ladrón!

Llorando a lágrima viva salió Comepapel de mi casa. El gato estaba allí, efectivamente. Dormía con los ojos a medio cerrar. Comepapel vaciló un poco y se decidió por treparse a un terrón para pasar hacia el otro lado sin ser visto...; pero, cuando llegó arriba, de disparada, se encontró con el terrible miau que lo esperaba dispuesto a devorarlo. Allí no más lo aprisionó con sus garras. Yo temblaba de horror, sin sacar fuera de la casa más que las orejas y los ojos. Me dió mucha lástima; pero ya no había remedio.

* * *

A todas las personas que
son como Comepapel, día más,
día menos, les ocurre lo
mismo. No irán al estó-
mago del gato; pe-
ro van a la cárcel,
que es la mis-
ma cosa con
nombre dife-
rente.



Hay hombres como yo y hay hombres muy parecidos a Comepapel.

EL BENTEVEO

TODOS ustedes me conocen. ¿Conocen mi defecto?... Soy el Gargantúa de los pájaros, el tragón insaciable, el gigante que todo lo devora y no se sacia nunca. Porque debo confesar que no respeto nada de cuanto puede pasar por mi gaznate, ni siquiera los ratoncitos, ni siquiera los hijitos de otros pájaros.

Mi grito — ¡Bien te veo!... — es mi recurso preferido para saciar mi hambre espantosa... Al oírlo, todos los pequeños seres se asustan y huyen... Al huir, se mueven; al moverse, los veo; al verlos... ¡me los como!...

No siempre basta el grito. He debido hacerme pescador... Por tal motivo, me sorprenderán a veces en las orillas de los estanques y lagunas donde abundan los peces. Los que posean fuentes con peces de colores, los verán desaparecer con mis visitas, salvo que los protejan con tejido de alambre.

¡No bastan el grito, ni la pesca! ¡Mi hambre es insaciable!...

Por más tragón que sea, hay bichitos muy endiabladitos... Por ejemplo, el bicho de cesto, que há tenido la mala idea de fabricarse una casa dura, cubierta por un lienzo y adornada con palitos secos.

¡Cualquiera se traga eso!...

Hay que ingeniarse, pues, para comerse al bicho sin la casa.

He aquí cómo procedo.

Arranco 20 ó 30 bichos de cesto de las ramitas donde están sujetos y los deposito uno por uno, en el suelo. Terminada esta primera parte de la tarea, me poso en la ramita baja del árbol más cercano y observo...

Los bichos de cesto, al sentirse desprendidos del árbol, comienzan a salir de la casa; exploran el terreno, y se deciden a caminar para treparse de nuevo por algún tronco... En el momento oportuno, con rapidez que no da tiempo a nada, salto, trago uno, y me vuelvo a mi puesto de observación... Así pasan, poco a poco, todos los gusanos a mi buche, libres de su incómoda vivienda.

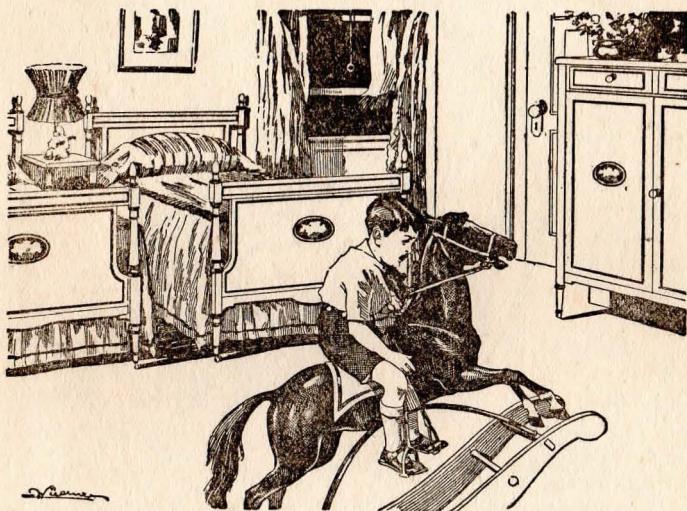


EL CABALLO DE MADERA



ENGO cabeza, tengo barriga, patas y cola como los caballos de verdad. Camino, corro, voy de una parte a otra; me detengo para que suba mi jinete; doy brincos, me empaco y me apuro cuando siento el látigo. Pregúntenle a Pochongo si no es verdad.

Ayer subió en mí Pochongo. Buen jinete. No usa látigo ni espولines. Me quedé quieto hasta que estribó y se afirmó en la montura. Entonces levantó un poco las riendas, echó algo el cuerpo hacia adelante, hizo como un beso largo con los labios, y comprendí en seguida que deseaba que caminara. Castigar es de chambones.



Volvió a montar y nos fuimos de un galope hasta San Isidro.

Allí nos detuvimos en un sitio muy lindo y me soltó para que comiera pasto... Me metió un manojo en la boca y se tiró en el suelo a descansar.

El estaba más cansado que yo. Sudaba y soplabía. Yo, ¡tan fresco como si no hubiera andado nada!

Esperó un rato para que yo descansara, y él también, y vuelta para casa. Llegamos al obscurecer.

Soy buen caballo, y de mucha resistencia. Soy capaz de galopar durante horas enteras.

Ahora proyecta Pochongo irse en mi lomo hasta la estancia de su tío Ismael, en el Azul, y es capaz de irse no más. Luego, contará punto por punto cuanto ha visto...

La única diferencia con los caballos grandes es que no tengo dientes. Si los tuviera, sería igual a ellos en todo.

Salí al paso; un momento después trotaba; luego el jinete apretó un poco las piernas y me gritó: "¡Hip! ¡Hip!", y comencé a galopar.

Primero fuimos a lo de la abuelita.

Se bajó; me preguntó si deseaba beber agua...

EL TRABAJO

SE comprende que yo no le sea grato al que me desempeña con mala voluntad.

A un hombre que le guste la agricultura, por ejemplo, no le causará placer ponerse de aprendiz de zapatero; el que tenga afición por la mecánica, no desempeñará con alegría las tareas de ayudante de farmacia.

Cuando alguien se manifiesta disgustado conmigo, habría que pre-



guntarle por qué no elige una tarea que le cause placer. Nadie se halla en la obligación de ejercer un oficio determinado; pero todos tenemos el deber de emplear nuestras energías en forma útil para la sociedad y para nosotros mismos.

Hay personas que sufren grandes molestias porque se empeñan en hacer lo que no saben.

Uno de los más grandes placeres que proporciona consiste en el buen éxito del esfuerzo empleado.

Imaginen ustedes que un hombre se dedica a sembrar trigo, y no sabe elegir la semilla, ni preparar bien la tierra, ni cómo se ha de sembrar para asegurar el debido rendimiento.

Es claro que este hombre trabajará disgustado.

Cuando vea brotar su trigo, desparejo y raquíntico, sentirá pena.

Cuando llegue la cosecha, si algo cosecha, sufrirá un gran desengaño.

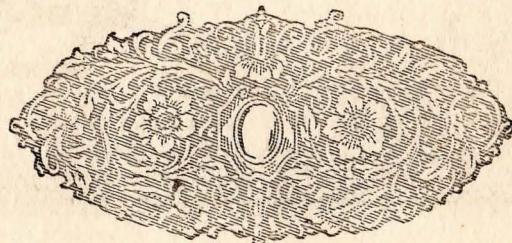
Pero la culpa no es mía; es del trabajador.

Así sucede siempre con los que se quejan de mí.

Goza con emplear sus energías el que elige una tarea a su gusto, y se prepara para ella, y la realiza a conciencia, con el afán de hacerla lo mejor posible.

Plantas y animales; el sol y las estrellas; el viento, el fuego, las aguas..., todo trabaja! Todo justifica su existencia por la acción en armonía con las leyes que rigen el universo!

¿Cómo puede alguien permanecer ocioso?



EL ÑANDU

OY el avestruz americano.

Mi nombre: Ñandú, significa araña en idioma guaraní. Es lo más lindo que tengo. Cuando corro, en efecto, parezco una araña enorme. Obsérvenme y verán cuán ingenioso es el nombre que me dieron los indios.

Como el caballo, aguento a uno de ustedes en mi lomo; puedo cinchar de un carrito; doy coces terribles.

Pero el caballo no me alcanza en la carrera, y por esto los paisanos, para agarrarme, usaban las boleadoras, que se me enredaban en las patas y me hacían caer.

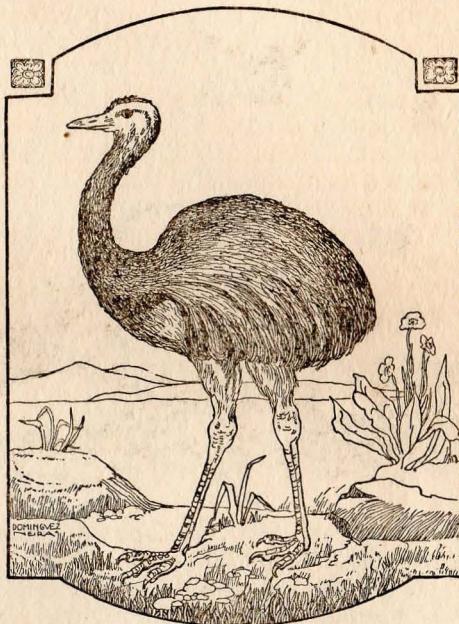
¡Qué lindas son mis plumas! Si me tapan los ojos, no me moveré; pueden arrancármelas y soltarme de nuevo. ¿A qué matarme, entonces?

El primer día de mi vida, en cuanto salí del cascarón, caminamos mucho. Mi mamá me dijo entonces en su lengua: "Si te perdés, chiflame"... Y me enseñó a silbar. De otro modo me habría perdido, porque andábamos todo el día por el campo buscando comida. Y me quedó esa costumbre. Hay personas que también temen perderse y silban como yo.

Mis ojos no son de vidrio como parece. Yo veo bien lo que trago, y, no obstante, me suceden cosas raras... Me alimento de hierbas, insectos y pequeños vertebrados; pero en los últimos días me aproximé a la casa de la estancia donde vivo y me tragué: un dedal viejo, una llave chica, dos carreteles de hilo, un tornillito, una cadenita, 24 botones diferentes, tres bolitas de vidrio y algunas tonterías más.

Metales, cosas útiles, objetos de vistosos colores... me convienen. Ustedes dirán para qué me sirve todo esto.

Por lo pronto está en mi buche, y no incomoda... Además, siempre tengo cierta idea, ¿saben?, de poner un almacén en la campaña... ¿Qué les parece la idea?



EL ARADO

MI acero antes formaba el cuerpo de un cañón... Destruía la vida dando espantosos gritos.

Ahora soy noble y benéfico.

¡Ya ven cómo el trabajo honrado dignifica!

Mi trabajo actual me ha convertido en una de las cosas sagradas que existen en el mundo fabricadas por el hombre.

En vez de desgarrar carnes y quebrantar huesos, corto la tierra.



La tierra no sufre, la tierra no muere, la tierra no llora...

Antes, adonde yo iba, había dolor.

Ahora, sólo veo alegría, ¡alegría y fe!

Soy símbolo de paz y de civilización.

Al pasar yo por la tierra, es como si abriera sus arcas, llenas de tesoros inacabables. Pájaros y avecillas de toda especie acuden a recoger el sustento.

Esto ya es mucho; pero más todavía significan las hondas líneas que trazo.

Yo escribo en la tierra paz, felicidad, abundancia.

En mi surco pone el hombre su siembra, y brota su alimento.

Arar y sembrar son obra de la voluntad.

La voluntad también es como otra semilla que se pone en la vida y realiza el milagro del bienestar y la abundancia.

¡Cuán hermoso y bueno es ahora mi acero! ¡El mismo acero que antes daba la muerte, ahora da vida, paz, alegría y esperanza!

EL ROSAL

SEGUAMENTE no te has fijado bien en mí... ¿Te has preguntado de dónde saco mis flores? ¿Cómo las pinto de tan precioso color? ¿De dónde extraigo esa esencia tan pura y deliciosa con que embalsamo el ambiente?

Mis flores dicen bien cuánto trabajo. Como el minero que sube las piedras preciosas a la superficie de la tierra, desde el fondo de la mina, de igual manera, yo llevo, desde la hondura de la tierra hasta la punta de mis ramas, poniéndolos al alcance del hombre, los tesoros de color y de fragancia que mis raicillas encuentran esparcidos en la tierra. ¡Qué riquezas ocultas hay en la tierra!

Mis flores son mis ideas, mis sentimientos, la justificación de mi existencia; porque no hay duda de que vivo para embellecer el mundo.

Hay diferencias grandes en la forma, en el color y en la fragancia de las rosas. Las nuevas variedades aumentan sin cesar, merced al esfuerzo de los cultivadores. La selección, o sea la inteligencia humana aplicada a las plantas para determinar en ellas los cambios que desea, produce resultados admirables. Las rosas negras son una prueba de ello.

Mi tronco, envejecido en el trabajo, es a veces visitado por una hormiga que sube, examina mis ramas y desciende. Es un explorador. Poco después comienza a llegar y trepa por mis indefensas ramas, un verdadero ejército de hormigas. Es la guerra, es el asalto, es



la conquista más cruel que pueda concebirse. Porque los países se defienden del robo y el pillaje; pero yo debo soportar inerme la mutilación y el despojo.

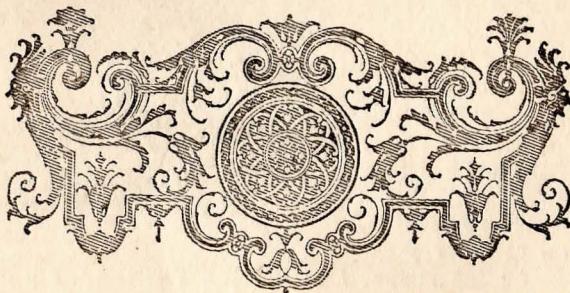
Mientras unos bandidos destrozan sin piedad mis hojas y los más tiernos tallos, otros acarrean, o recogen en el suelo lo que cae para transportarlo al hormiguero. Llega el día y desaparecen, generalmente, pues esperan las sombras de la noche para consumar sus crímenes... Temen la luz del día.

Y quedo con mis tallos desnudos, privado de elementos indispensables para mi vida, sin poder respirar.

Vuelvo a fabricar hojas; pero si los bandidos repiten una y otra vez sus hazañas, suelo perecer de asfixia, en plena vida.

La hormiga es incapaz de fabricar algo tan bello y puro como una rosa... No es siquiera capaz de fabricar una de las espinas con las que amparo mis rosas.

Tan bueno soy, que mis propias espinas no son más que una súplica.



LA HORMIGA

DE todos los seres de la creación soy el que tengo la cabeza más pesada en proporción al peso del cuerpo. Esto parece indicar que soy el que posee más cantidad de inteligencia por cada adarme de peso... Y siendo el más inteligente soy el más trabajador de cuantos seres existen, lo que prueba que la inteligencia y la laboriosidad son una misma cosa... Ustedes encontrarán personas que se suponen muy inteligentes y que son holgazanas; estas personas no son inteligentes: poseen tan sólo una facultad, una habilidad particular que ha adquirido extraordinario desarrollo, un talento singular para hacer alguna cosa; pero no verdadera inteligencia. Mi amigo el grillo, por ejemplo, es un músico genial; lo reconozco. Me quedo boba escuchando los magníficos conciertos que nos brinda todas las noches, tal como a ustedes las bandas municipales en las plazas públicas. Ello no significa que el grillo sea más inteligente que yo. Pelea con los otros grillos; pasa hambres atroces; cuando llueve, su casa en la tierra se le llena de agua. No es capaz de distinguir un perro de una mosca más allá de sus antenas, mientras yo sé sin moverme cuanto hay en el jardín, y si pusieran sobre una mesa un puñado de trigo, en el acto, desde lejos, sabría que está allí e iría a buscarlo.

Ningún animal vive sin comer, ya vegetales, ya a los demás animales. Yo, que soy la llamada hormiga negra, me alimento principalmente de hojas tiernas, jugosas y de rico gusto. Hay hojas que no las quiero ni aunque me las pongan ya cortadas en la puerta de mi casa. Las hojas y los tallos más delicados y finos del rosal son mis platos predilectos. El rosal existe



principalmente para servirnos de alimento. Porque sean bellas las rosas, no vamos a dejarnos morir de hambre. El ser humano, con su voracidad, que no respeta a veces ni los pájaros, no puede pretender que respetemos las flores. Unos rosales son más ricos que otros; pero todos son agradables. Ciento es que tienen espinas para defenderse y, además, hay que proceder con habilidad suma, tanto para realizar la poda en forma cabal y práctica, como para precavernos contra las personas, que, en vez de protegernos a nosotras, los protegen a ellos. Y eso que dejamos intactas las rosas en cuanto merecen tal nombre; es decir, en cuanto han alcanzado completo desarrollo. Le quitamos al rosal cierto exceso de hojas que no sirven y que igualmente habrían de secarse y caer inútiles al suelo. Nosotras las recogemos en buena sazón y las utilizamos para nuestra subsistencia.

Así como almacena el hombre sus provisiones, así almacenamos las nuestras.

Véase cuánta diferencia existe entre lo que hacemos con el rosal y lo que hace la gente con el trigo. El trigo también es muy rico. Pero nosotras no matamos la planta para recoger el grano.

Arrastro granos, tallos y hojas que pesan 20 ó 30 veces más que yo. Nadie soporta una jornada de labor más larga.

Sin embargo, ningún ser sufre una persecución más horrorosa...

¿Por qué en vez de matarnos, no se nos aplica la ley del ostracismo?

El propietario que no nos deseé en su tierra, que nos expulse.

La ley será siempre cumplida. Bastará hacernosla saber por un medio muy fácil: algún olor particular. Nuestro olfato es sutil y constituye uno de nuestros tormentos. No podemos soportar olores desagradables...

Si los amigos de las plantas lo supieran, no nos matarían y ganarían rápidamente la batalla que libran contra nosotras... Existen olores, como el de la creolina, por ejemplo, que determinan fatalmente el éxodo de un hormiguero con todo cuanto en él existe.

¡Cosa admirable vernos, durante la noche, al mudarnos de cueva, transportar cuidadosamente los huevitos y las blancas larvas en nuestras antenas, hasta ponerlas a salvo de peligros!

¿Habrá algo que mejor demuestre el amor a la especie, la necesidad de que la vida continúe, el deber de todos los seres para con la familia y con la patria?

EL BALDE

LOS dos tenemos cadena, los dos somos centinelas; pero el perro posee casa; yo duermo a la intemperie y, a veces, en las noches de invierno, mi agua se hiela de frío. En vez de hacerme una casita me hicieron este brocal.

El avisa cuando hay peligro de noche; yo muestro dónde está el pozo, más peligroso que los ladrones. Si él grita yo también grito, para avisar a los niños que no se acerquen. Algunos dirán que es la roldana la que grita; pero la verdad es que mientras yo no me muero, todo permanece en silencio.

Yo tendría que estar siempre lleno de agua sobre el brocal; de esta manera, estoy completo, fresco, lindo, alegre, y cuantos me ven saben que allí hay un pozo con agua y cuidan de no caer dentro.

Es cuando me visitan mis amigos los pájaros.

Pero mi vida es una lucha continua.

En esto soy más infeliz que el perro.

Rara es la persona que pasa al lado mío que no me vuelque mi agua. Al verme seco, he de meterme de nuevo en el oscuro pozo y llenarme. A veces me zambullo seguido dos, tres, cuatro veces..., ¡siempre con el mismo resultado!..., hasta que, por fin, me dejan quieto...

En definitiva, sólo de noche descanso de este trajín. Subo y bajo, bajo y subo arrastrando mi cadena...

¡Nadie comprende de que yo necesito estar lleno de agua, parado sobre el brocal ocupando mi puesto de centinela!



LA LENTE BICONVEXA

HABÍAMOS ido a pasar un día de campo, tan agradable en verano. Los mayores y los niños se preocuparon de que no faltara nada. Después de un largo viaje, llegamos todos a un magnífico sitio cubierto de grandes árboles, al margen de un arroyuelo.

Cuando llegó la hora de hacer fuego para cocinar los alimentos, alguien dijo: "Nos olvidamos de los fósforos... Sólo tengo dos..."

—Con uno alcanza — contestó otra persona. — A ver...

Después de un momento de silencio, oí que decían:

—¡Ay!... ¡Qué fastidio!... ¡Se apagó el último fósforo!... ¿Cómo hacemos ahora fuego?...

Hubo otro momento de silencio... Parecían preocupados.

—Ya está — gritó Pepito... — Fíjense lo que yo tengo en mi bolsillo — y me sacó.

Todos me miraron sorprendidos.

La cocinera se rió y dijo:

—Es una broma del niño...

—No — le contestó Pepito; — no es una broma.

Yo voy a encender el fuego... ¿Dónde hay un pedacito de papel?

Puso entonces un pedazo de papel al sol, y, colocándose a cierta distancia, esperó unos minutos... La cocinera se reía...

El papel comenzó a calentarse, luego echó un poco de humo... y, por fin, se levantó una llama excelente para encender fuego.

Parecía yo la cosa más inútil en aquel paseo, y hasta sospecho que me llevaron por casualidad... Seguro que si la señora me hubiera visto, me hacía quedar en casa... Ya ven ustedes que conviene no despreciar a nadie, y que conviene no ser egoísta cuando se va de paseo.



Liberté, égalité et fraternité

EL OMBU

DICEN que soy inútil, porque mi tronco no sirve como leña; porque no han encontrado empleo para mis hojas; porque a mis frutos nadie quiere comerlos... No dirían eso los primitivos habitantes de la campaña, que en cuanto comenzaban a edificar la casa me plantaban a su lado y contemplaban con alegría mi desarrollo. Era el adorno más lindo, la poesía de la pampa, el refugio de los pájaros, el amparo del rancho contra los fuertes vientos que en mí saciaban su furia...



¡No sirvo para nada, y me aguento aferrado a la tierra, bajo huracanes que arrancan de raíz a los más grandes eucaliptus!...

¡No sirvo para nada, y la gente se pasa el día bajo mi sombra oyendo el dulce canto de las calandrias!

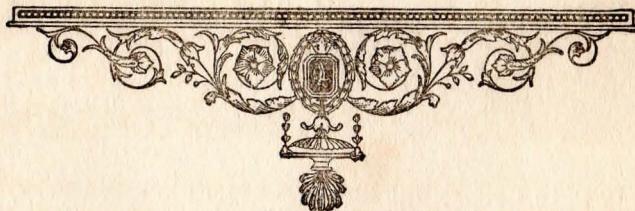
Hablan los caballos y los perros y dirían si mi sombra no es de lo más precioso que les sea dado disfrutar... Porque ella posee, sin duda, grandes cualidades. He visto siempre sana a la gente acostumbrada a vivir al lado mío. Los niños han crecido sanos y fuertes... Las mozas se han puesto hermosas y alegres... ¡Toda era gente laboriosa, honrada, hospitalaria!...

Sentados en mis raíces, hablaban los hombres de sus trabajos, se recibía y agasajaba a los viajeros, charlaban los jóvenes y se contaban sus ensueños...

Una vez hubo aquí un hombre que no sabía que a los árboles hay que respetarlos y cuidarlos como a seres indefensos y buenos. Quedó sólo unos días, ¿y saben qué inventó? Pues hacer fuego para sus alimento al lado de mi tronco... ¿Le faltaba acaso sitio para ello?... El fuego me quemaba, y me hizo una herida honda. ¡Si seré fuerte, que ni siquiera me enfermé! Ahora, en ese agujero duerme en invierno un perrito de la casa. Este es amigo; no me causa ningún daño.

Si seré grande, que los muchachos cuando jugaban bajo mi sombra vaciaban las cajitas de cartón y de madera y aquí paraban rodeos de millares de vacas, cuidaban como pastores inmensas majadas y tenían manadas de caballos de todo pelo. Todavía les quedaba sitio para corrales de lecheras, y ataban de mis ramitas los parejeros y una cantidad de petizos para los mandados.

¡Por algo sería que tenían todo aquí, bajo mis ramas, dejando el campo enorme casi desierto!



EL BOTON

ERAMOS doce hermanitos. El destino nos ha separado y quizás nunca volvamos a estar juntos.

Vivíamos lo más tranquilos, en una casa de cartón.

No sé si ahora desempeñaremos todos el mismo trabajo.

Yo fuí a una sastrería y me colocaron como primero en un chaleco.

Demás está decir que no puedo faltar un día a mi tarea, excepto los domingos, en que quedo libre y descanso por completo.



En cierta ocasión, se apoderó de mí el espíritu de rebeldía.

Ya el día anterior me sentí un poco raro. El mundo daba vueltas alrededor de mí, como si estuviera ebrio.

Apartados mis cuatro ojos del paño, comencé a mirar arriba y abajo, y a separarme de mi puesto...

Esa noche me dormí pensando en mil cosas, a cual más extravagante. ¡Hasta se me ocurrió volverme a la sastrería y solicitar otra colocación!...

Pero yo no contaba con la patrona. Todos los botones, después que

salimos de la sastrería, dependemos de una patrona... Y tempranito, apenas había tenido tiempo de desayunarme con la escasa luz que entraba por la ventana, se me apareció la mía. Venía enojada. Traía en la mano la aguja con una punta que daba miedo al más valiente.

—Cuál es?... — dijo, acercándose al chaleco y asiéndolo. Y nos revisó y zamarreó a todos, hasta llegar a mí, que con el susto estaba más muerto que vivo. Entonces, me agarró de la cabeza y tanto me tironeó, que caí desmayado en su mano.

Tomó de nuevo la aguja y me dió unos pinchazos tremendos, fingiendo buscar mis ojos, hasta que dió con ellos, y con una cuerda larga y fuerte me ató a mi antiguo sitio, de manera que he quedado tan sujeto y tan inmóvil que apenas puedo respirar.

Este fué el resultado de la aventura... ¡Métete a tonto otra vez!

Sé, en cambio, que hay botones más felices que yo. Son los que no tienen más que dos ojos (1). Ellos se desayunan con café con leche, y no con la luz del día como yo; andan por la calle libremente; se están parados en las esquinas; todo el mundo los respeta y los quiere.

Estos botones tienen gran importancia.

En vez de prender un modesto chaleco, prenden al que comete un delito y lo conducen a la cárcel.

¡Feliz del botón que llega a semejante categoría!

(1) En la Argentina se le dice "botón", en lenguaje familiar y cariñoso, al agente de policía.

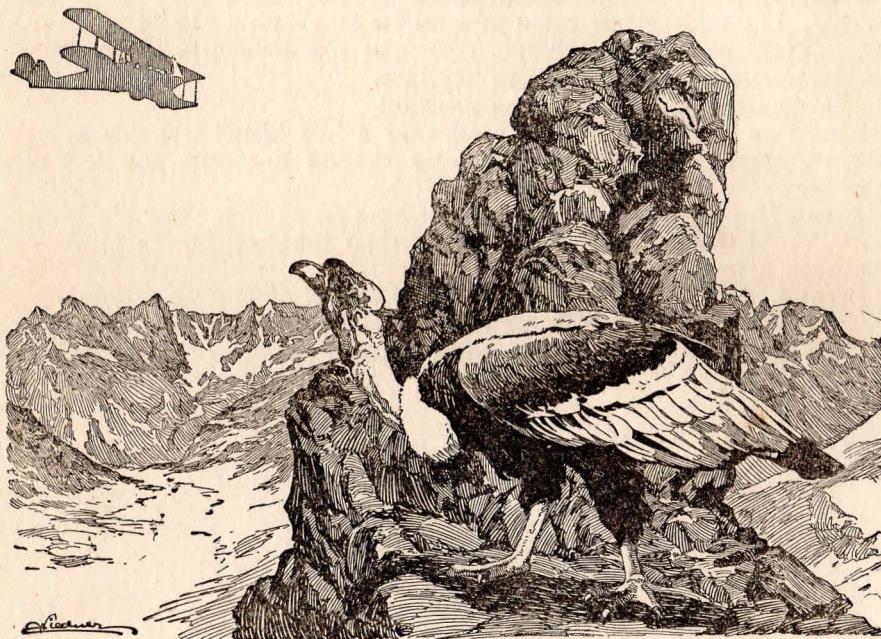


EL CONDOR

ERA el rey de las alturas. Sobre mí no había nada más que el Sol. Mi trono estaba en los Andes. Mi vuelo majestuoso constituía un espectáculo admirable.

Sólo yo contemplé el paso heroico del ejército libertador de San Martín a través de la imponente cordillera. Ese era como yo. Veía lejos e iba adonde deseaba.

Todas las aves me temían; todas las aves veían en mí el supremo



poder y lo más grande y poderoso que andaba por encima de la tierra.

Pero ahora han aparecido unos pájaros muy grandes... y no sé dónde esconderme. Ahora yo soy quien teme.

Inmensamente grandes, se elevan hasta perderlos de vista.

Vuelan con tal rapidez que no podría alcanzarlos.

Ni la lluvia, ni el viento los atajan.

Descienden donde les place.

Nadie se atreve a matarlos.

Nunca los veo comer, ni tomar agua.

Acaso son tan fuertes que no necesitan comer todos los días, sino

de vez en cuando, y lo hacen quién sabe en qué regiones adonde yo no llego. Y es raro, porque todo lo veo.

Vuelan con un ruido que a mí me aturde, tan grandes son sus alas.

Desde la más alta cumbre, los observamos, con mis hijuelos, hasta que se pierden de vista, y mi vista es tan larga que distingo desde las nubes un pollito dormido en el suelo.

Estos pájaros gigantes no son más que pichones todavía... Los padres..., ¡ah..., felizmente hasta ahora andan muy poco por aquí... Los padres son como una montaña volando por la atmósfera... Si tropezara con alguno, creo que me devoraría al respirar, sin darse cuenta... Se llaman dirigibles.

¡Ya no soy más el rey de las alturas!

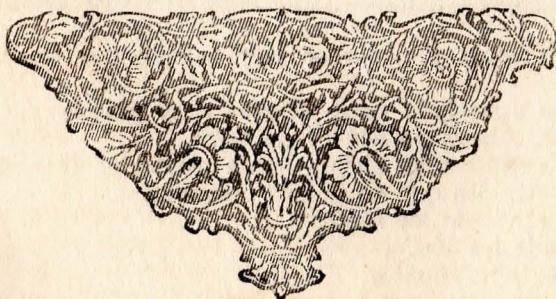
Ahora yo también tengo que enseñar a mis hijuelos a que se escondan, como hacen las demás aves cuando nosotros nos aproximamos.

Menos mal que, de tan grandes que son, no pueden volar sin hacer ruido... Si todos los seres se escondieran igualmente, los terribles bandidos perecerían de hambre.

Porque esos son los verdaderos bandidos del aire, y no nosotros.

¡Hay que buscar los más seguros agujeros en todas las montañas!

¡Hay que aprender a pasarse días enteros sin comer, cuando ellos andan cerca!...



EL ESCOLAR MODELO

H AY una manera muy fácil de que todos ustedes sean como yo.
Voy a decirles el secreto.

No es que yo sea más bueno que ustedes, ni que haya niños malos.

¿Saben cuál es mi divisa?... Esta: "Cada cosa a su tiempo". Nada más.

✓ Cuando entro en la escuela, soy el buen alumno que entra a aprender.

✓ Cuando llega el tiempo de jugar y divertirse, juego y me divierto como todos.

✓ La causa principal de que se diga que un niño es travieso, o que una niña es negligente, consiste, casi siempre, en la falta de orden.

✓ Quien deja el juego para las horas de jugar; el que estudia cuando hay que estudiar, y así en todo, merece que se le señale como un modelo.

Ya lo saben. Escríbanlo en un papel y ténganlo siempre a la vista: "Cada cosa a su tiempo".

Yo tengo anotada en un cuadrito la distribución del tiempo. ¿Por qué no hacen todos ustedes lo mismo?

Voy a copiarles aquí mi cuadrito, por si desean hacerse uno igual.

Escríbase con prolacidad en un papel blanco, péguese en un cartón y téngase a la vista.

Cada lector distribuirá las horas de acuerdo con sus padres.

COMO DISTRIBUYO LAS 24 HORAS DE CADA DIA

7 a 12 — Higiene personal y escuela.

12 a 13 — Almuerzo.

13 a 16 — Distracciones.

16 a 18 — Ayudo a mi mamá; tomo el te y preparo los deberes.

18 a 20 — Distracciones.

20 a 21 — Comida.

21 a 22 — Estoy con mis padres.

22 a 7 de la mañana — Duermo.

De esta manera, juego, tengo contentos a mis padres y no me falta tiempo para nada.

A mí me parece que los que hacen como yo, son los niños buenos; y los otros, son llamados malos. Pero ya ven ustedes que, con un poquitito de voluntad, todos podemos ser buenos.

✓ No puede decírselle malo a un niño porque sea alegre y amigo de jugar: la cuestión es que no confunda el momento de clase con el recreo, y que no entre al comedor como a la cancha de football.

✓ Un niño no puede ser serio y grave como un adulto; pero puede ser un niño ordenado y prudente.

EL NUMERO 3

SOY un personaje entre los números. Y los números son personas importantes y graves. Ellos realizan las mismas actividades que la gente. Cuando se reúnen en asamblea se dice que se suman; cuando se casan y aumenta la familia, se dice que se multiplican; cuando hay disgustos y separaciones, se dividen; y cuando ocurre algún robo, se trata de una substracción o resta, cosa bastante frecuente entre nosotros ..

Los números forman compañías y batallones, como los soldados, en correcta formación. Nuestra estrategia se ha perfeccionado al par que la estrategia militar; y ahora existen máquinas muy perfectas con las cuales podemos ejecutar en breves minutos operaciones que con el antiguo sistema reclamaban horas.

Es admirable que se pueda escribir mecánicamente cifras en la cantidad que se desee, y que, luego, al apretar un botón y tirar de una palanca, la máquina entregue el total de la suma, sin error posible. Este procedimiento es usado actualmente en casi todas las casas de comercio. Igualmente se realiza por medios mecánicos las demás operaciones aritméticas.

Aunque solemos andar juntos, las letras y los números tenemos gustos e inclinaciones diferentes. Ciertos humitos de amor propio contribuyen a separarnos. Los hombres también se distinguen por la simpatía y el trato con nosotros o con "ellas". Hay una muy notable diferencia entre un hombre de letras y un hombre de números.

La gente se preocupa más de mí que de ningún otro número, y por eso es que se dice que no hay 2 sin 3, y que a la tercera es la veridita.

Desempeño las graves funciones de supremo juez y árbitro. Por esto dicen: El tercero en discordia. Este tercero soy yo, indudablemente.

2 y 1 son 3, y, sin embargo, no es lo mismo.

Cuando se desea decir que una cosa es muy clara, se dice: Como 3 y 2 son 5.

Formo parte de todos los números.

¿Quién es el 4? Yo, más 1.

¡Y el 6, ese 6 pretencioso que se estira como para tocar el cielo? Es 3 más 3.

Y el 8, ese par de anteojos sin ojos y sin cabeza, ¿qué es si no 3 más 5?

En todos los cuentos lindos de veras hay 3 caminos, 3 princesas, 3 peligros y 3 virtudes.

El hombre tiene 3 dedos (más 2), 3 brazos (menos 1) y 3 orejas (menos 1).

Todo es 3.

Yo me veo por todas partes.

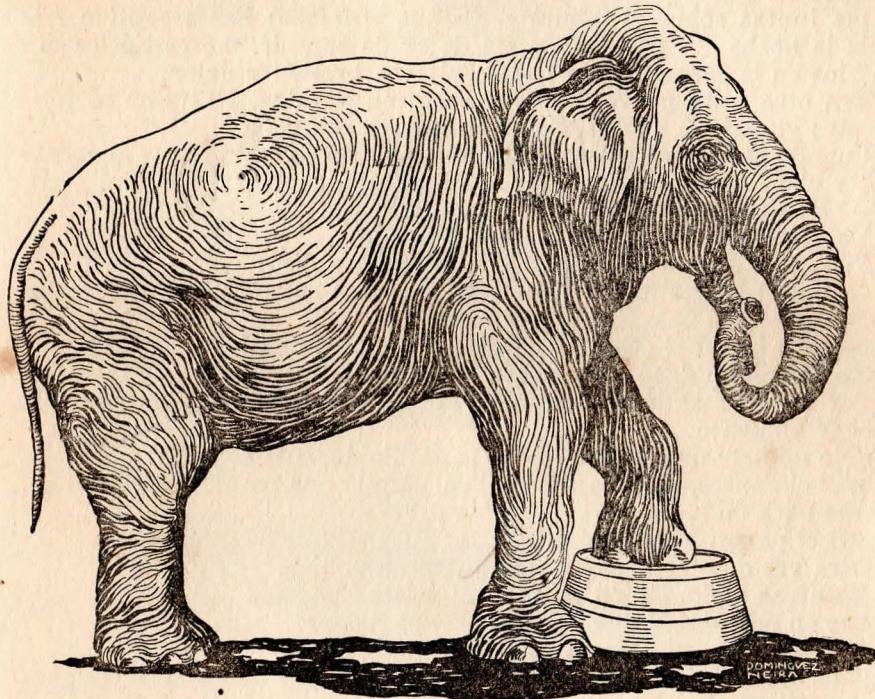
¡Bien dicen que la joroba trae suerte!

EL ELEFANTE



EIS años hace que vivo en cautiverio. Gozas al verme danzar, marchar a compás con mis compañeros de desgracia, subirme al taburete; gozas porque no imaginas lo que es para mí la vida del circo.

Yo no he nacido para ser acróbata ni payaso. Podría realizar trabajos útiles en beneficio del hombre, como arrastrar grandes pesos,



arar, empujar troncos de árboles... Aprendería con gusto esas tareas y las realizaría con prolijidad. Pero condenarme a hacer piruetas es una falta de respeto hacia la naturaleza y una crueldad sin excusa.

Acaso no has pensado en el suplicio de esta quietud en que me tienen, y en los crueles castigos que soporto.

El hombre que me exhibe tiene un palo con dos garfios de acero... y mi piel está llena de las desgarraduras que me produce cada vez que me equivoco o me retardo en algún ejercicio.

Los latigazos y los golpes le parecen poco; su deseo es herirme, agujerearme la piel.

Muchas veces, de noche, cuando todos se han retirado, ensayo lo que me enseña, para evitarme nuevas lastimaduras.

Yo comprendo todo; yo observo lo que hace el elefante que nunca es castigado, porque sabe a perfección las pruebas; yo ansío cumplir mi trabajo lo mejor posible; pero... ¡soy muy pesado y algunos ejercicios son muy difíciles!...

Ayer no pude quedarme, como los otros elefantes, con las cuatro patas juntas sobre el taburete. Estaba enfermo; había sentido frío toda la noche... El hombre, sin dejar de sonreír, me metió los dos garfios en la carne... Sin poder evitarlo, bramé de dolor...

Era otra falta grave. Lo comprendí en seguida. El me miró fijamente; yo bajé la cabeza. Sabía lo que me esperaba.

Cuando quedamos solos, el hombre me hizo salir de nuevo al redondel, y clavándome el acero, me dijo:

—¡Enójate, ahora!

Yo temblaba de terror...

Puso el taburete en el centro de la pista, y dijo:

—¡Sube! — y subí. — ¡Muévete ahora! — rugió, mientras empuñaba furioso su palo teñido con mi sangre.

—¡Baja! ¡Sube! ¡Quieto! ¡Baja! ¡Sube! ¡Quieto!...

No sé cuánto duró este espantoso martirio. Hería sin compasión.

Por fin me mandó al box, donde me tuvo cuarenta y ocho horas sin probar alimento...

¿No notaste que al repartir el panecillo durante esos dos días a los demás elefantes, delante del público, simuló que no alcanzaba casualmente para mí?...

¡Ni el panecillo siquiera!

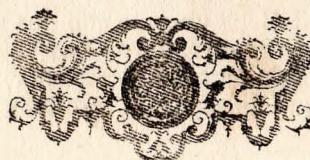
Otra vez que me veas en el circo, mírame bien.

Mientras bailo, lee en mi piel mi triste historia.

Lee en mis ojos lo que diría si supiera hablar.

Ya no reirás, ni aplaudirás mis piruetas.

¡Los ojos tuyos y los de todos los espectadores no alcanzarían para llorar mi pena!



EL TREBOL DE CUATRO HOJAS

ERA distinto de los otros tréboles, me buscaba una niña, y yo no lo sabía. Me buscaba todas las tardes, pacientemente, revisando una por una las plantitas.

Por fin me encontró la niña y, dando un grito de alegría, me arrancó y corrió conmigo en su mano... Al mostrarme a la mamá, dijo:

—¡Aquí está!... ¡Este es el trébol de cuatro hojas!

Poco después, me hallaba dentro de una transparente casa de cris-



tal con bordes de oro y pendía de una cadena del pecho de la niña.

¿La causa de un cambio tan radical en mi destino?

Que tenía cuatro hojas, mientras los otros tréboles no tienen más que tres.

Dicen que significa la felicidad.

¿Es posible que yo represente la dicha para alguien, no habiéndola tenido para vivir yo mismo al aire libre y al sol hasta la última hora de mi existencia?

Es necesario que yo les explique esto.

Soy, seguramente, la felicidad porque quien me encontró posee virtudes que equivalen a ella.

Esta niña, en efecto, mostró, al buscarme, prolidad y paciencia; mostró perseverancia, porque continuó buscándome todos los días hasta descubrirme.

En este sentido, es verdad que represento suerte, la suerte de quien empeña sus energías en lo que se propone.

Estoy contento de haberme convertido en un símbolo del éxito que se conquista con la voluntad.

Mi dueña puede ostentarme con alegría.

Cuando ella busque algo, lo encontrará; cuando emprenda una tarea, la concluirá; cuando quiera ser buena, lo será.

Significo la suerte, la única suerte que podemos esperar en esta vida: la que cada cual se gana con su esfuerzo.



LA PATRIA

OY la humanidad, soy el mundo, soy el deber, limitados a tus posibilidades.

A mí me has de pagar la deuda con esta tierra que te formó y te sustenta; con la madre y con el padre; con el maestro y con los que anteriormente se sacrificaron o se sacrifican ahora para constituirme y engrandecerme.

Deuda inmensa y sagrada, que todos pueden pagar, cada cual en la medida de sus fuerzas.

Cada hombre de bien, ya me ha pagado. ¡Mi amor lo ampara y lo auxilia! El deshonesto y holgazán está en deuda conmigo, y me defrauda y me desacredita.

* * *

¡Preparaos con el alma para la gran batalla contra la ignorancia! ¡Vencedla y expulsadla más allá de las fronteras!...

La ignorancia es la que no te deja distinguir el bien del mal; la que te engaña entre la verdad y la mentira; la que hace creer a algunos que es lo mismo ser trabajador o no, vivir con honra o sin ella.

¡Mala, terrible enemiga, que derrama la pena en mis hogares y empuja a sus pobres víctimas al abismo del dolor!

Yo no la temo. Tengo en ustedes las invencibles legiones.

¡Que ninguno de ustedes se quede atrás! Yo quiero avanzar siempre hacia lo porvenir. ¡Que ninguno se quede en las tinieblas del vicio y la ignorancia!

* * *

Yo soy ustedes; ustedes son yo misma.



Cuando ustedes avanzan, avanza; si ustedes se detienen, me detengo.

Si aprenden algo, es como si yo misma lo aprendiera; si realizan una obra de bien, es como si yo misma la realizara.

* * *

¡Hazme grande, hijo mío, en el amor a la justicia, en la sabiduría y la rectitud! ¡Lo que más vale en mí es el alma! ¡Quiero que sea grande y pura como el cielo!

Necesito luz a raudales en mi espíritu; torrentes de bondad en el corazón.

Cuanto poseo, está en ustedes; cuanto espero, han de dármelo ustedes, los que llegan y avanzan hacia lo porvenir.

¿Saben dónde yo guardo mis tesoros, mis verdaderos tesoros?...
En el cerebro y en el corazón de mis hijitos.

No son las grandes riquezas materiales las que aumentarán mi gloria y mis prestigios.

¡Júntenme ideas y sentimientos puros, todo lo más, todo lo más posible, y me verán dichosa!...

Yo sé que voy a ser, ayudándome ustedes, la más feliz y bella de las patrias.

Amaré a todas las demás naciones como una buena hermana; seré pura en mis pensamientos y en mis actos; aseguraré el pan de cada uno, la parte de dulzura y de justicia que corresponde a cada uno.

* * *

¿Sienten?... Ahora me acerco en silencio a cada uno de ustedes... Yo misma, sí, ¡La Patria! Yo misma he descendido de mi trono y estoy al lado de ustedes...

¿Sienten?... Ahora beso en la frente a cada uno...

Mis ojos están cerrados, llenos de lágrimas...

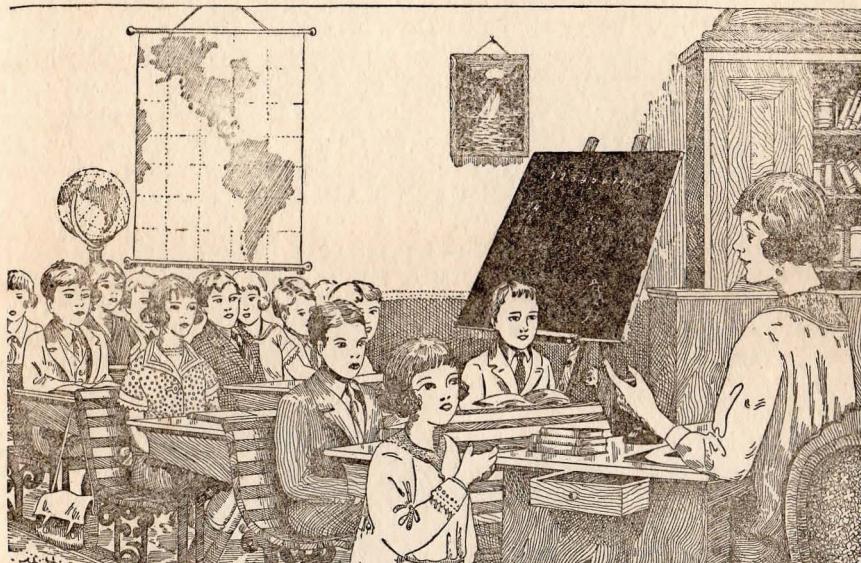
¡Lágrimas de alegría porque ustedes me aman y me prometen hacer cuanto les pido!



LA MAESTRA

TENGAN la bondad, queridos míos, de pensar un momento en mí. Yo les hablo diariamente de los minerales, de las plantas, de los seres de países distantes.... Ahora van a permitirme que les hable un poquito de mí. Soy una mujer que se propuso trabajar para vivir. Al elegir trabajo, busqué uno que fuera de utilidad para mis semejantes. Pude dedicarme a otras tareas; pero me sedujó la simpatía y el amor hacia los niños.

Para ser maestra tuve que estudiar mucho, dar exámenes, conquistar mi diploma, obtener el nombramiento de las autoridades superio-



res. Ahora, para cumplir mis deberes, debo arreglar mi vida entera de modo que mis energías y mi trabajo sean, principalmente, para ustedes.

Ayer dijo una alumna que me está oyendo que yo trabajaba por el dinero y nada más. Esta niña es buena, lo reconozco; pero dijo una injusticia. Todos necesitamos que se nos pague en dinero, porque con el dinero hemos de comprar cuanto es indispensable para subsistir; pero hay alguna diferencia entre vivir para juntar plata y vivir formando los futuros ciudadanos y las futuras madres.

Hace diez años que soy maestra. Si se me pregunta dónde está mi fortuna, dónde está el resultado de mi trabajo, no puedo mostrar riquezas materiales: sólo puedo mostrar a mis ex alumnos, y tanto

como ellos valen, tanto es mi tesoro. Se me paga por mi trabajo, porque yo no puedo ganar en otra cosa; vivo dedicada a ustedes; pero no transformo mi existencia en dinero. Pido que la niña que dijo aquello, venga y me dé un beso, para borrar de mi corazón el dolor de algo que dijo sin pensarlo...

(*La aludida se levanta, avanza hacia la maestra, la besa y vuelve llorando a ocupar su asiento.*)

* * *

A un alumno presente también debo decirle que me gustaría que se imaginara que ya es hombre, y que soy viejecita, y sigo dando mi vida, como lo espero, a mis alumnos. Ahora bien; ese señor — que ahora está sentado aquí — sucede que pasa un día por su antigua escuela en el momento en que yo salgo... Me saluda y se pone colorado... ¿Qué le ocurre?... ¡Es que se acuerda de algo que lo mortifica y lo avergüenza!... Comprendo que querría acercarse a mí y pedirme perdón... Pero yo también sufro con lo que recuerdo... y apresuro el paso.

Voy a contarles la causa de que aquel señor, tan elegante, se haya quedado perplejo y comience a dar traspies ante su pobre maestra.

Hace ya muchos años, cuando el caballero asistía al colegio, se entretenía en mortificar a su maestra. No sólo no deseaba aprender, no sólo distraía a los demás alumnos, sino que buscaba todas las oportunidades para reirse de ella y demostrar indiferencia por sus enseñanzas.

A mí me parece que cuando un carpintero trabaja en su taller, o un pintor pinta una pared, o una maestra enseña a sus alumnos, no es justo burlarse de ellos, o imposibilitarles que realicen su tarea. El más humilde obrero anhela consideración para su obra.

Si ese futuro ciudadano, que ahora es un niño todavía, desea evitarse una pena en lo futuro, que se ponga de pie y declare que no repetirá su mala acción.

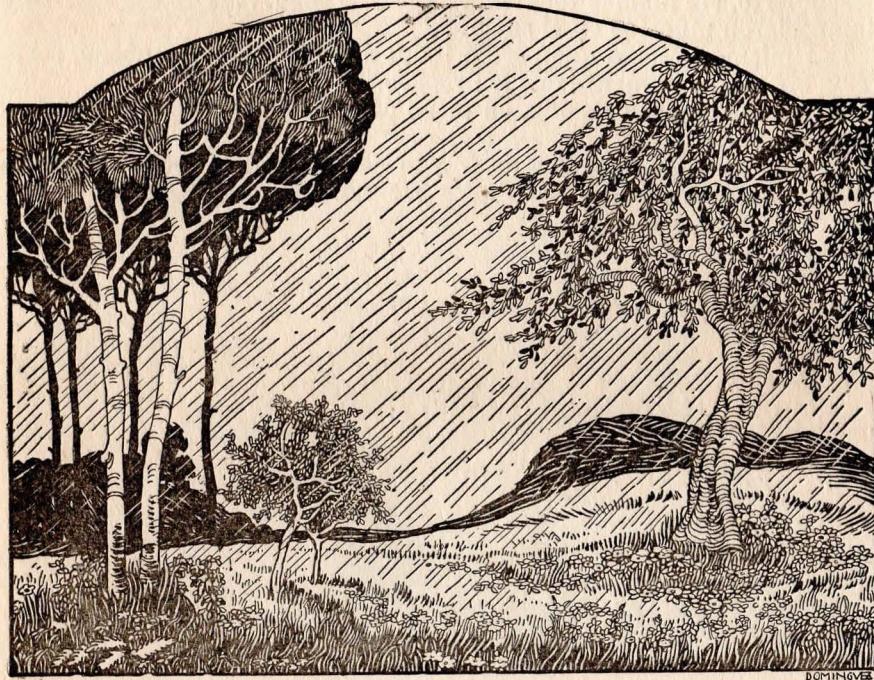
(*El alumno se pone de pie; la clase entera lo imita; y en medio de un silencio conmovedor avanza y tiende su mano a la maestra. Ella la opriime emocionada y agrega las siguientes palabras:*)

Honra a todo ser humano, confesar una falta y arrepentirse de ella.

Ahora, hijitos míos, trabajemos. Es necesario dar un pasito, aunque sea, hacia la felicidad y el bienestar. ¡Que no pase el día de hoy sin que ustedes aprendan alguna cosa!

LA LLUVIA

NOS morimos de sed! — dicen los árboles.
—¡Hemos perdido el verdor! ¡Ya no nos quedan más que las
raíces! — claman los pastos.
—¡Ven! ¡Ven! ¡Lávame mis hojas y mis flores! — murmu-
ran las madreselvas.



DOMINGO REINA

Y cuando desciendo, la naturaleza entera se alegra y rejuvenece.

* * *

Me levanta el Sol con su mirada ardiente, desde la superficie del mar y de los lagos; viajo, convertida en nubes, empujada por el viento; luego, cuando siento frío, vuelvo a la tierra, la empapo, corro por los declives y arroyuelos hasta llegar a los ríos, y en ellos vuelvo finalmente al mar.

Vivo en continuo movimiento.

¿Qué serían sin mí los campos y las ciudades?

* * *

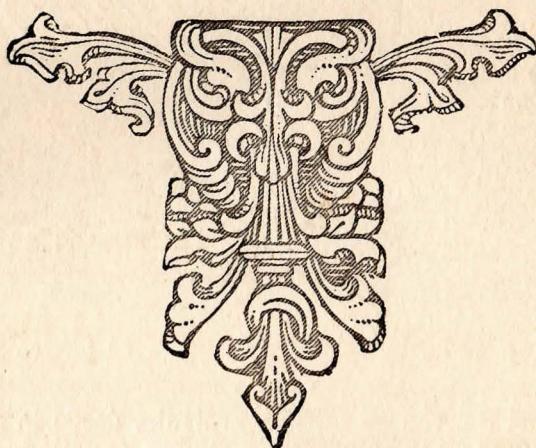
Comprendo que algunas veces hago daño; pero no puedo evitarlo.

Una noche, al bañar ese árbol que se halla a la derecha, causé la aflicción de una avecilla. Por más que ella abría las alas, empapaba yo a sus pequeñuelos, que eran cuatro. Si hubieran sido dos, se habrían salvado quizás. Pero eran cuatro, gordos, con la piel colorada al descubierto, sin plumas todavía... Llené el nido... Y al día siguiente amanecieron muertos en el suelo...

Esa misma avecilla que perdió todos sus hijos aquella noche, carecería sin mí del alimento que le preparo.

El caballo que me soporta en pleno campo, sin mí moriría de hambre y de sed.

Tú mismo, niño, que has de ir a la escuela con la molestia que te causo... ¿has visto qué bien limpia la ciudad en pocas horas?



EL CARACOL

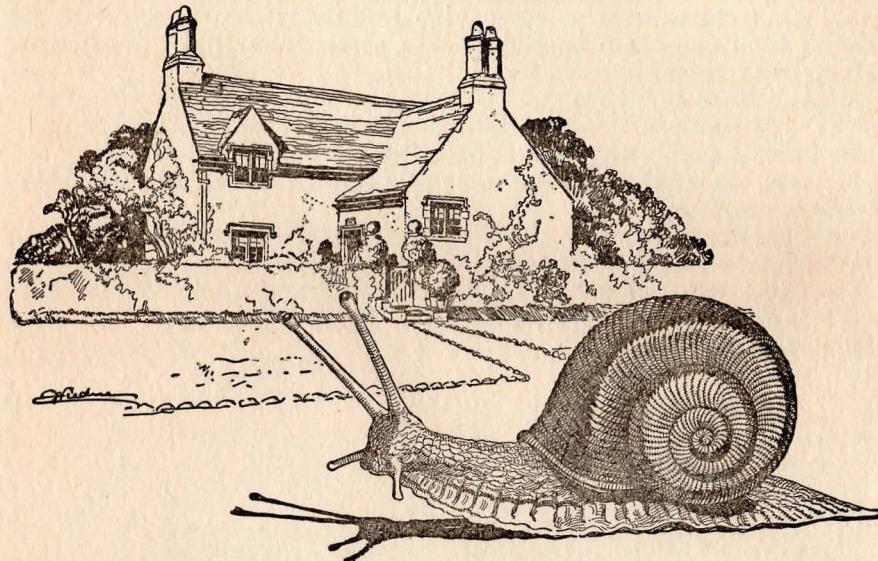


ARACOL, caracol, saca los cuernos al sol!

¿Dudas, acaso, de que yo tengo cuernos como el toro?

A mí me hace mucha gracia ver a la gente en busca de casa cuando es tan fácil construísela uno mismo... Ahora sabrás cómo se me ocurrió esta idea.

Yo vivía entre dos terrones de tierra, que difícilmente me libraban del sol — que a mí no me gusta; — y así y todo debía soportar las impertinencias de los propietarios, unos escarabajos, de trato grosero y rudo.



Pasaban por mi patio cuando les daba gana, y me mortificaban con sus asperezas. Pero había algo peor, y es que continuamente andaban de un lado para otro con sus desagradables alimentos. Los arrastran para amasarlos, dándoles forma redonda, y luego los guardan como si fueran una gran cosa.

La situación llegó a ser intolerable.

Inútiles fueron mis reclamaciones. Los escarabajos se hacían los desentendidos...

Tanto sufrió que nació en mí el ideal de la casa propia.

Pensé entonces en adquirir un terrenito. Todos me pedían un ojo de mis cuernos...

Porque yo tengo los ojos en los cuernos, y es en lo que se diferencian de los del toro.

Poco faltó para que en la búsqueda del terreno me ocurriera un serio percance con un sapo.

Albañiles, no había ni que pensar. Los más hábiles, que son los horneros, me hubieran cobrado la vida entera por la casa.

Felizmente, llegué a la conclusión de que lo mejor era hacérmela yo mismo, a la manera como la araña fabrica su tela. Así fué cómo secreté la substancia necesaria y me fabriqué esta casa sólida, elegante y confortable.

Preguntarás por qué ando siempre con la casa a cuestas. Es que había un peligro serio y, como vivo completamente solo, difícil de salvar; temí que me ocuparan la casa otros animalitos durante mis salidas para comer.

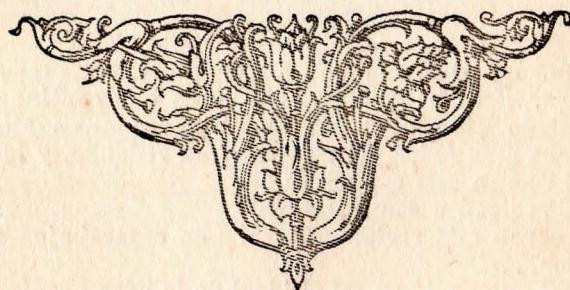
Hay millares de bichos que quedarían encantados si pudieran habitarla... Y los desalojos son siempre mortificantes.

La única solución era llevarla conmigo. ¡Así lo hago!...

Molesto, sin duda; pero indispensable cuando no se respeta debidamente la propiedad.

¿Has visto los huevecitos que yo pongo entre la hierba, al pie de los árboles? De ellos salen caracolitos muy hermosos.

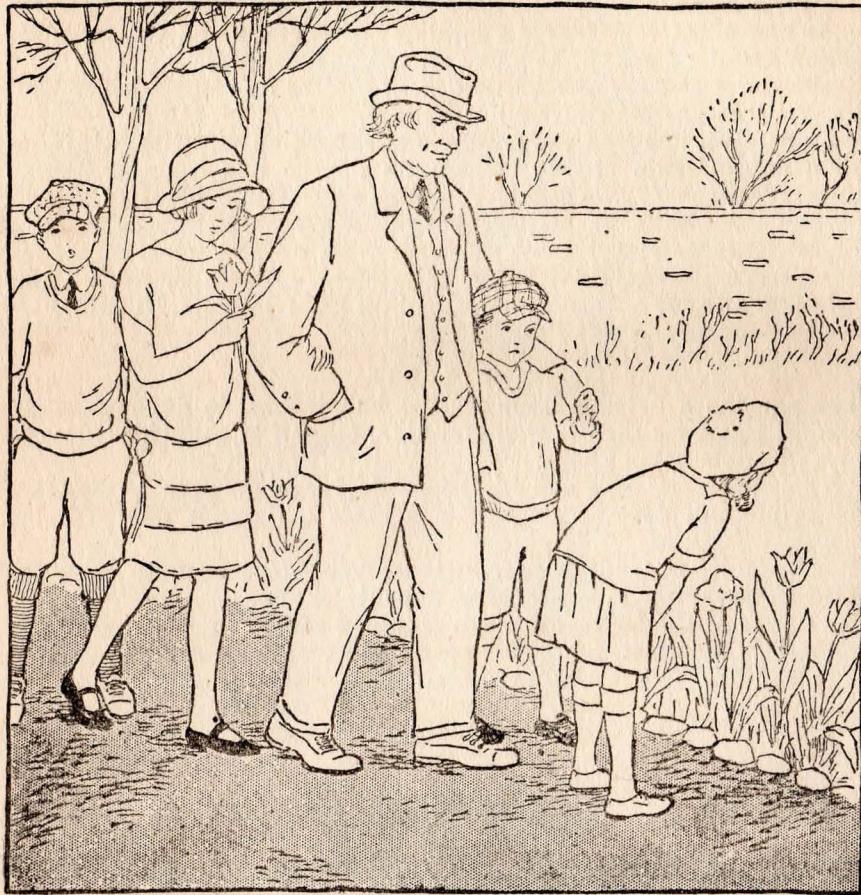
¿Te has fijado que debajo de los cuernos grandes tengo otros cuernos más chiquitos que me sirven como órganos del tacto? Con ellos reconozco cuanto toco.



EL DOMINGO

MUCHOS de ustedes piensan con pena en el lunes y en los estudios que hay que reanudar. Pero, en verdad, no tienen motivo para entristecerse.

El lunes, les parece un día poco simpático... El viernes, algo mejor que los demás... El sábado, bastante bueno, porque en



seguida llego yo. Supongamos que no existiera escuela adonde asistir, ni maestro o maestra que les enseñara: pasarían el año entero jugando, pero estarían al final del año tan ignorantes como al comienzo.

El que no sabe leer ahora, por ejemplo, no sabría leer en diciembre

y perdería las múltiples satisfacciones que tal conocimiento proporciona. Para él no existiría ningún impreso interesante. Miraría las figuras de las revistas, pero sin comprender qué representan. Aprender a leer da un poco de trabajo. Nada se consigue en la vida sin trabajo; aunque también es verdad que el trabajo no debe ser desagradable.

Un niño o una niña que no sabe dibujar, ni resolver un problema, ni que hay cinco continentes rodeados de mares, ni ha comprendido por qué hay día y noche, se priva de muchos placeres.

Observen y se convencerán de que es motivo de alegría saber bien algo. Y no es posible saber sin aprender.

Me contaron, que una vez estaba una señora en una tienda con un niño chiquito. Ella había elegido un género que costaba 0,85 el metro. Mientras el compañero estaba escribiendo algo, la señora dijo que necesitaba 12 metros, y preguntó cuánto le resultaría la compra. El comerciante tomó un papel y un lápiz; pero el chico, sin darle tiempo a nada, dijo: 10.20. El tendero, encantado, subió al niño a una silla, lo acarició y le regaló un lindo juguete. El niño hizo un buen negocio con saber multiplicar.

* * *

Les parezco a ustedes lindo porque han trabajado durante la semana. Si todos los días fueran domingo, tengan la seguridad de que no les gustaría como ahora.

Lo mismo les ocurre con las horas de juego durante el día. Son más agradables después de asistir a clase o después de hacer los deberes.

Las vacaciones tendrán para ustedes verdadero encanto si se esperan en adelantar lo más posible durante el año.

Yo soy lo que debo, es decir, un domingo como la gente, agradable y dichoso, para quienes cumplieron su deber en la semana.



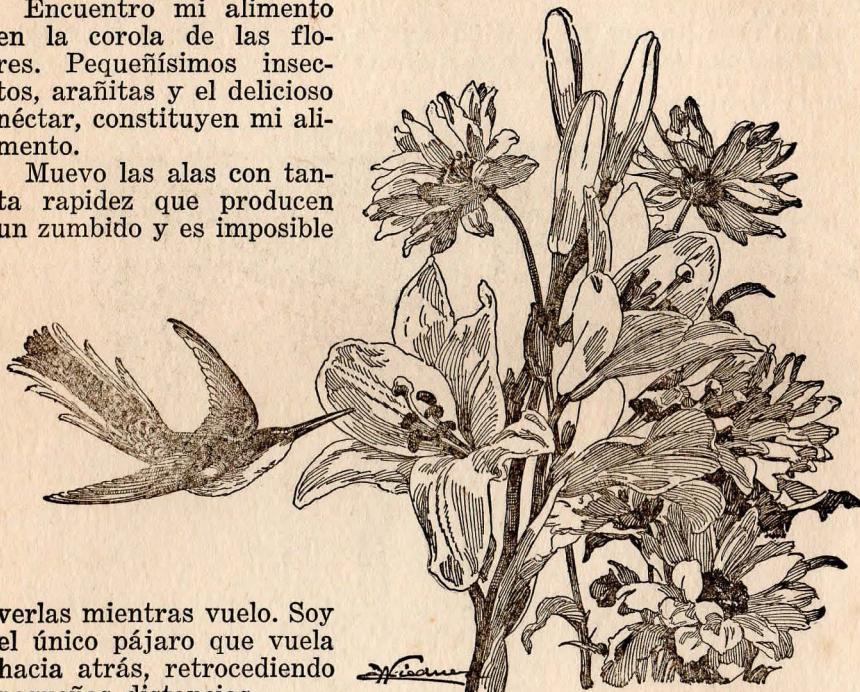
EL PICAFLOR

SOY una joya temblorosa que cae del cielo al llegar la primavera; una flor de pico negro que se acerca volando a sus hermanas, apenas llegan los hermosos días luminosos y tibios.

Soy el más pequeño de los pájaros. Mi plumaje parece hecho de rubíes, topacios y esmeraldas, con reflejos y cambiantes dorados y negros.

Encuentro mi alimento en la corola de las flores. Pequeñísimos insectos, arañitas y el delicioso néctar, constituyen mi alimento.

Muevo las alas con tanta rapidez que producen un zumbido y es imposible



verlas mientras vuelo. Soy el único pájaro que vuela hacia atrás, retrocediendo pequeñas distancias.

Mi nido, primoroso, suspendido de dos ramitas flexibles, constituye una obra de arte.

Soy néctar, sol, vibración de colores, arco iris condensado.

Me llaman picaflor, colibrí, pájaromosca. Los indios me decían mainumbí, nombre precioso, por cierto.

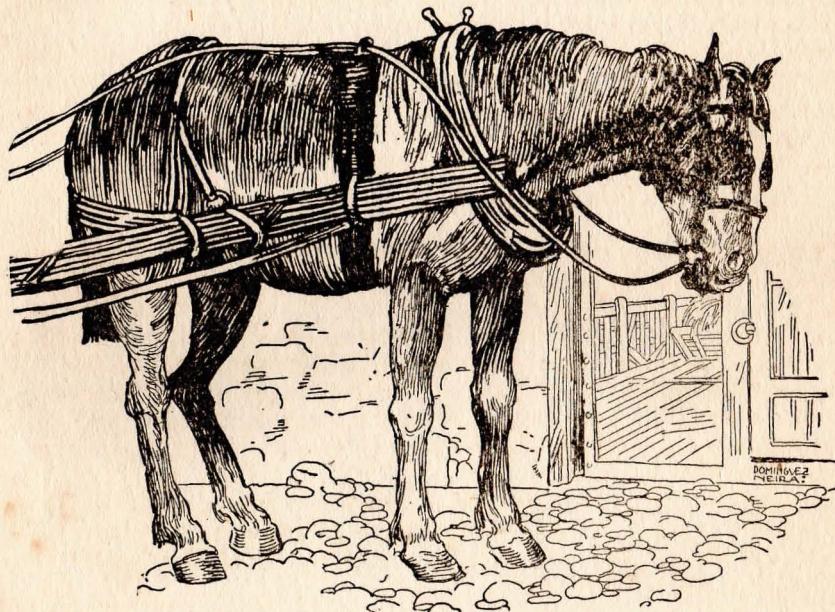
Encerrarme es un crimen sin disculpa. Mi vida en cautiverio es imposible. ¿Por qué no se acostumbra el ser humano a gozar de las bellezas de la creación sin mutilarlas o destruirlas en su insensato egoísmo?

¡Déjame andar libremente en el jardín, como un rayo de luz que al tocar la flor vibra y se descompone en mil colores!

EL CABALLO

YO no sé cómo no tiene vergüenza, este hombre tan gordo, para hacerse llevar por mí, siempre tan flaco, además de toda la carga que me impone. Muchas veces me digo cómo no comprende que necesito comer más y dormir mejor. El supone, seguramente, que castigándome aumenta mis energías; pero sucede al revés: sus latigazos me debilitan, y hay días que ni sé cómo caminar...

Yo no necesito que me castiguen para trabajar. Tengo un vecino de pesebre que come igual que yo y que está siempre contento, porque



siquiera goza de la dicha de tener un amo bondadoso. Cuando desea un esfuerzo, le habla, y él comprende, y cincha con todas sus ganas.

Otra cosa muy mala, que quizá ustedes no saben, es que después de trabajar el día entero, el amo me hace dormir parado sobre los adoquines del pesebre. A veces, durante la noche, estoy temblando de frío. El sitio es tan estrecho, que si me caigo o me echo, ya no me puedo levantar sin lastimarme.

Pero lo peor de todo es el látigo. Yo no sé quién les ha dicho a los hombres que martirizándonos somos más fuertes y activos.

Si ustedes doman a sus caballos de palo y los hacen andar a fuerza

de palizas, es porque han visto a los grandes hacer lo mismo, ¿verdad? No obstante esto, el caballo es como el motor: anda mejor con quien lo conoce debidamente y lo trata con suavidad.

* * *

Cuando ustedes vean que un jinete castiga a un caballo, pueden tener la seguridad de que no es un buen jinete. La horrible costumbre de llevar látigo y espolines es la principal causa de los accidentes que ocurren; porque el animal anda intranquilo, temeroso, y cada vez que el jinete mueve las manos o las piernas cree que va a castigarlo y da un brinco o arranca a la carrera.

El otro día se cayó en Palermo una señorita, y fué, nada más, porque llevaba fusta. Ella no comprendía que el caballo iba con un miedo tremendo de aquella fusta tan larga. Entonces le dijeron que la dejara, y, efectivamente, pudo continuar su paseo con toda tranquilidad. Pero el susto había sido de primer orden.

* * *

El autor de este libro ha andado toda su vida a caballo y lo hace marchar al paso, al trote o al galope, sin otra cosa que comunicarle al animal, con un leve impulso, su deseo.

Las mismas riendas casi no las usa. Su caballo da vuelta a derecha o izquierda, nada más que siguiendo el movimiento del cuerpo del jinete. Cuando quiere que el caballo se detenga, no le tira de la boca, pues esto causa dolor; levanta el brazo izquierdo y lo aproxima suavemente al cuerpo; con lo cual el caballo se detiene, gustoso, siempre, en complacer al jinete.

Lo mismo ocurre, mis queridos amigos, con los caballos de tiro. Fíjense y observarán que los buenos carreros no castigan nunca a los animales. Castigan los que no saben manejar y suponen que todo se arregla a latigazos y palos.

* * *

Los caballos domados con cariño resultan siempre más dóciles, más sanos y más trabajadores.

Una vez vino un oficial español y cuando vió cómo nos domaban en el campo, dijo:

—Ahora me explico por qué los caballos argentinos son a menudo defectuosos, y tan ariscos, que hay que domarlos de nuevo.

Los paisanos, por ignorancia, para domar un caballo, lo enloquecen a golpes y le clavan en el vientre las espuelas. Así nunca sentiremos cariño hacia el jinete. Nos dan miedo, y nada más.

En Europa se amasan los caballos poco a poco, haciéndoles comprender que no se les hará daño, acariciándolos, paseándolos un rato cada día, hasta que por fin nos entregamos sin miedo. Allá se considera que es un chambón el jinete que usa látigo o espuelas.

Los animales de carrera son domados aquí a estilo europeo, pues si se usara el sistema de los gauchos se estropearían casi todos.

* * *

Alro que me gustaría preguntar a muchos conductores, es si se piensan que tenemos la boca de hierro. ¡Caramba!... ¡Qué modo de tirar de las riendas!... ¡Yo no sé cómo no se compadecen de la pobre bestia que aguanta todo el día el suplicio de unas manos tan groseras y tan torpes!...

* * *

Ustedes verán por las calles caballos gordos, sanos y alegres: éstos tuvieron la felicidad de un amo bueno, la mayor felicidad para un pobre caballo. Hay otros flacos, tristes, desganados: sus amos no saben manejar; a cada momento los castigan. Cuando están más enojados les pegan en la cabeza, y les dan patadas en el vientre. Hay animales tuertos, porque con un golpe les han reventado un ojo. También hay caballos ciegos, ¡ciegos a fuerza de palos!...

* * *

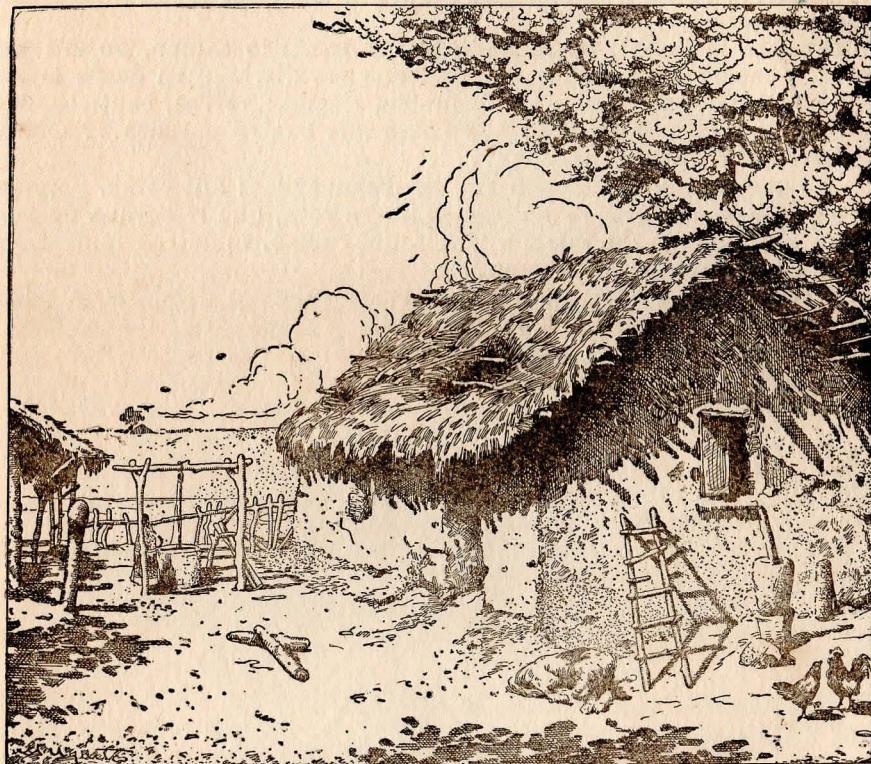
Dos cosas te pido que recuerdes siempre y son éstas:
Que usan látigo los que no saben manejar las riendas.
Que cuando te digan que hay caballos malos, contestes:
—Malos son los hombres, que los tratan con brutalidad, y no comprenden que lo que tienen es miedo.



EL RANCHO VIEJO

AHORA pasan al lado mío, pasan sin detenerse, casi sin mirarme... Antes, todos venían, todos entraban; yo estaba siempre bien cuidado, bien limpio...

Por aquella ventana se asomaban las mozas para divisar a lo lejos a los jinetes, y hablaban con algunos o les brindaban hospitalidad; por esta puerta, entraban damas y señores, y a honor y gozo



tenían ponerse bajo mi techo de paja... ¡Qué paz inmensa la mía durante las horas de fuego del verano! Aquel frescor que había en mí inundaba el corazón de las personas. Yo era agua fresca, en medio del campo ardiendo bajo el sol. Yo era el tibio y amoroso refugio durante las largas y tristes noches invernales.

Mis humildes paredes de barro resistieron los vientos y las interminables lluvias de cien inviernos. Si yo resistía todo, ¿por qué no

resistió la simpatía hacia mí de aquellos que en mí nacieron y aquí dentro pasaron los más felices días de su existencia?...

¿Estaré, acaso, muerto?... ¿Seré un sepulcro donde reposan los recuerdos de los tiempos pasados?...

¡Cuántos cambios! Alrededor se han levantado grandes casas, y el pobre rancho viejo parece convertido en un corral. ¡Viviera mi patrona!... ¡Iban a echarse los perros en mi piso! ¡Iban a escarbar aquí las gallinas!

Durante la noche, en la negrura del inmenso campo, yo era un palacio encantado para los viajeros que me distinguían desde lejos. A veces acertaban; había en mí mucha alegría: yerrazas, bautizos, casamientos... Todo se festejaba entre mis cuatro paredes... Otras veces, habitó en mí la tristeza...

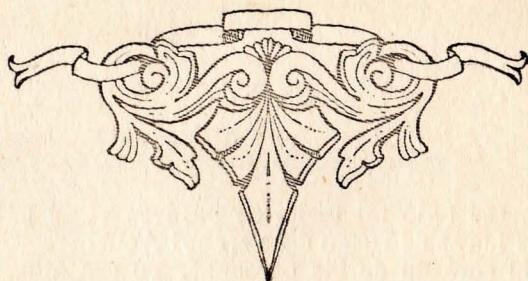
Las que no me abandonan son las golondrinas; ahí están, piando, debajo de mi alero... Y aquella guitarra rota, que le lloraba de mimosa al patrón viejo, cuando volvía del campo, mientras tomaba el mate que le cebaba la patrona...

Desde que él murió, no se ha movido del sitio donde él la puso colgada.

Nunca más ha reído ni llorado.

Lo está esperando siempre...

¡Como yo!



EL HACHA

PUES ahora verán lo que me pasó una vez...

Estaba yo lo más tranquila recostada a la sombra. Era la hora de la siesta. Hacía un calor tremendo; pero yo estaba lo más fresca.

En esto viene un niño de la casa, que andaba jugando con un negrito, y me agarra, y dice: "Vamos a picar leña". Fueron al lado de



la casa grande y sobre un gran tronco empezaron a trozar ramas... De repente, el niño blanco pone su pie desnudo sobre el tronco que servía de picadero y le dice al negrito:

—¡Dale aquí!

Señalaba el dedo más chico separado, al apoyarlo con fuerza, de los demás.

El negrito ya levantaba el hacha; pero pensó que aquello no estaba bien, y me dejó caer a un lado.

El niño blanco se enojó y repitió varias veces su orden, sin ser obedecido. Entonces, a grandes gritos, exclamó:

—¡Mamá!... ¡El negrito no quiere hacer lo que le pido!...

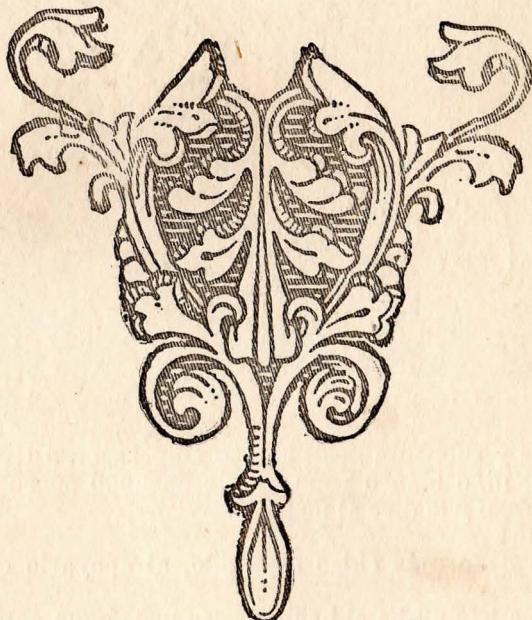
La señora, desde la cama donde dormía la siesta, gritó con voz airada:

—¡Hazle caso al niño, negrito!

Entonces, sucedió lo extraordinario. El negrito me levantó y me dejó caer sobre el dedito sonrosado, que saltó al suelo...

Yo no tenía ninguna culpa; pero así y todo, aquello me disgustó.

Soy torpe y no sé manejararme sola. Cuando me dicen: “¡Pega!”, pego y corto, sin saber si haré un bien o un mal. Es lo que me pasa al caer con mi terrible filo en el tronco de un árbol. Gime de dolor, ¿no es cierto?...



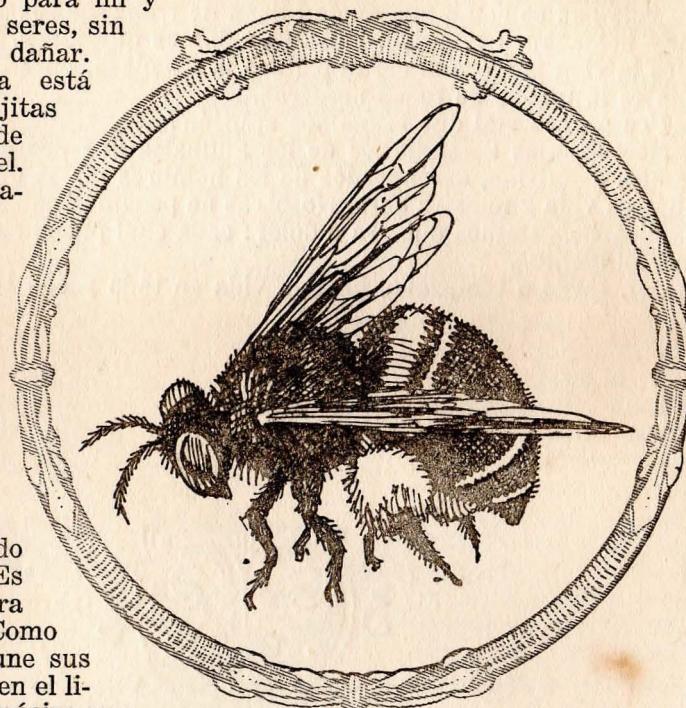
LA ABEJA

SOY la hormiga del cielo. Quiero decir que en vez de caminar, vuelo; en vez de dañar las plantas, las beneficio; en vez de ocultar debajo de la tierra mis tesoros, los pongo al alcance del hombre para endulzar su vida.

Aumento los frutos de las plantas y de los árboles al transportar desde una flor a otra el polen que determina el cambio de la flor en fruto. Trabajo para mí y para todos los seres, sin destruir y sin dañar.

Mi colmena está formada de cajitas de cera donde pongo la miel. Todas estas cajitas tienen seis lados, es decir, son hexagonales. Yo hago esto con tanta seguridad como el pájaro fabrica su nido. Cada ser tiene que hacer algo y de cierto modo en la vida. Es la única manera de ser feliz. Como el escritor reúne sus pensamientos en el libro, como el músico armonías, como el pintor colores, así juntamos dulzuras en la miel.

Los seres humanos, más fuertes y más perfectos que nosotras, deben aprender la humildad en la contemplación de nuestra vida. Si nosotras, siendo chicas y débiles, podemos dar tal ejemplo de laboriosidad y de orden, ¡cuánto podría realizar la gente!... Pero la gente se deja seducir por ilusiones, y en vez de libar en las flores solamente el dulce néctar del amor y de la paz, trae a la colmena humana los venenos del odio, de la vanidad y de la ambición... ¡Es una pena, verdaderamente, que los hombres, con tanta inteligencia, no sepan ser más felices que nosotras!...



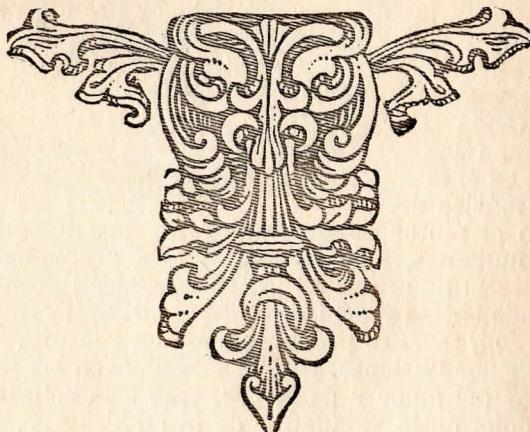
¿Qué tal te parece la miel que yo fabrico?... Para que alcance para ti, hago siempre de sobra. No me la quites toda; déjame lo necesario. Debo alimentarme de ella durante la estación en que no hay ni una flor... Poco pido; doy lo más dulce de la tierra.

¿Eres bueno? No me temas. Conozco perfectamente al que no nos mata, al que no nos hiere, al que no destruye nuestra ciudad, pues mi colmena es como una ciudad llena de trabajadores y de criaturas. Hay holgazanes también. Nuestra reina es querida y respetada. Damos la vida por ella si algún peligro la amenaza, pues ella nos la dió; ella es la madre de todas nosotras.

¿Te parece mal que tengamos aguijón?

Necesitamos defendernos de los animales que nos atacan. Necesitamos, asimismo, defendernos de los hombres malos que no respetan nuestra vida y nuestra obra. Nosotras no podemos hablar, no podemos explicarnos. Damos dulzura o dolor: cada cual puede elegir según sus merecimientos.

Así, tarde o temprano, hace la vida en todo y con todos los seres.



EL TRIUNFADOR



OR qué, me preguntarán ustedes, he triunfado?

¿Pueden ustedes conseguir igual éxito en lo que se proponen?

Triunfé con estas tres cosas: Atención, Voluntad y Abnegación.

Un hombre distraído, incapaz de concentrar sus facultades en lo que se propone conocer y hacer, no hubiera realizado ni siquiera el comienzo de mi obra. Porque al principio todo es dificultad; todo reclama nuestra perseverancia.

Con una voluntad débil, no habría dominado los múltiples detalles de mi trabajo, ni contaría con la resolución inquebrantable para emplear en cada jornada el máximo de energías.

Si mi alma fuera mezquina, incapaz de sacrificio por la patria y por la humanidad, pensaría en cuidar mi vida, en evitarme molestias y habría renunciado a la magnífica victoria.

Los hombres como yo son abnegados.

Los grandes sacrificios no se cobran en dinero ni en honores; pero ni honor ni dinero faltan al hombre que cumple su deber.

La verdadera recompensa es la satisfacción de haber

cumplido un deber. La que paga es la conciencia, el propio espíritu, que dice: "¡Te has portado como un héroe!"

Héroe es el que da todo, hasta la vida, en bien de la humanidad.

A ustedes, niños y niñas, que son buenos y son inteligentes, les corresponde ahora ser como yo.

No crean que es necesario para triunfar hacer algo extraordinario. Basta cumplir cada día nuestro deber. Y así crece, cada día, nuestro espíritu; y así nos volvemos grandes e invencibles.

Yo mismo eduqué poco a poco mi inteligencia y mi carácter. Para disponerme a hacer algo, lo pensaba bien; una vez que me resolvía a hacerlo, ponía en la obra, por modesta que fuera, toda mi voluntad. Así fui para estudiar; para tener siempre contentos a mis padres;



así fué cómo gané, desde que iba a la escuela, la estimación y el afecto de los buenos compañeros. Y digo buenos, porque esto también lo pensaba, y no buscaba conformar a todos por igual, sino que elegía para amigos a los que juzgaba mejores en ideas y en costumbres.

Poco a poco, adquirí la rectitud de carácter, la costumbre de concentrar la atención en cada cosa que me proponía conocer o realizar.

Procuren ser ustedes, desde hoy mismo, como yo, y verán que es fácil y que cada vez se sienten más buenos, más fuertes de alma y más felices.

Cualquier trabajo que emprendan, o cualquier juego o ejercicio, les servirá para ensayarse.

Si se trata de algún trabajo manual, pongan en él toda la atención y toda la voluntad hasta terminarlo con la debida perfección. Si es algo que quieren aprender, dediquen a la tarea un tiempo fijo de cada día, si es posible de mañana, y verán que en cuanto ustedes se proponen de veras saberlo, y saberlo como el que mejor lo sepa, parece que las dificultades se rinden ante el imperio de la voluntad. Al segundo o tercer día ya verán que consiguen lo que desean con mayor facilidad de lo que suponían. Por esto es que hay personas que en dos semanas mejoran la letra; otras, que en un mes aprenden a dibujar bastante bien; otras, que se convierten en jardineros en dos meses, y otras personas que en tres meses aprenden lo suficiente de un idioma extraño para hacerse entender. Todo el mérito de estas personas reside en las tres condiciones: Atención, voluntad y abnegación.

La abnegación se necesita siempre, porque nada se hace en la vida si ante cada esfuerzo nos preguntamos cuál es el provecho que obtendremos con él.

Supongan ustedes que no ganan con el esfuerzo que harán hoy, para ejecutar o aprender algo, ni premios ni dinero.

¿Han perdido o han ganado?... Si el esfuerzo fué hecho con empeñosa voluntad, pueden tener la certeza de que, de cualquier manera, salen beneficiados. El ejercicio los ha enriquecido con los valores más preciosos, al prepararlos para la lucha por la vida.

Tales son las riquezas que busqué y junté siempre desde niño.



"PALITO"

INDUDABLEMENTE, los perros somos sociables. Nos gusta reunirnos, aunque no pocas veces la diferencia de edad, de temperamento y de educación determina el estallido de conflictos más o menos graves, y de mordiscos más o menos feroces. El caso es que yo, apenas distinguía perros, conocidos o no, me incorporaba al grupo, y me interesaba en todos los detalles de la vida perruna con la despreocupación del vagabundo que, no teniendo casa, ni familia, ni obligaciones, pasa su vida en completa libertad.

Aquel día estaban observándose con desconfianza tres mastines en el centro de la calzada. Yo iba en busca de algún hueso para saciar el apetito, y en cuanto divisé a mis congéneres me dirigí hacia ellos. El más corpulento me miró con desagrado, me olió, y, enseñándome los dientes con un gruñido inquietante, me dió a entender que era mejor que me retirase. Atemorizado, quise alejarme; pero, en ese momento, pasaba un automóvil y me rompió una pata. Aullaba lastimeramente, perdía sangre y no podía caminar.

Una señora que pasaba en ese momento se detuvo y me miró con profunda simpatía. Dejé de aullar y me lamí la pata. La señora se acercó, me levantó con mucho cuidado y me llevó a su casa.

Allí la buena señora me lavó la patita, la entablilló, la vendó, me dió un poco de leche, y me puso en una cómoda cama.

Calladito y agradecido, tuve vergüenza de ser un pichicho vagabundo, con el hocico sucio y la piel llena de polvo y de basura.

La señora me cuidó cariñosamente hasta que estuve sano. Cuando ya podía caminar y correr perfectamente, me hizo ir hasta la puerta de calle y dijo: —¡Bueno, amigo, ya está curado! Ahí tiene usted la calle por su cuenta.

Me hice el desentendido.

—Le he dicho — repitió mi protectora, entre enojada y risueña — que se vaya a su casa.



Me senté en el umbral y levantando la cabeza cuanto pude clavé los ojitos renegridos en aquella persona que olía a santa y que había sido para mí una verdadera amita bondadosa.

—No me iré; no me iré por nada del mundo — decía con los ojitos y con mi cola.

A la señora le pareció que lloraba de la pena de verme despedido, y a ella también se le cayeron algunas lágrimas.

—Está bien — dijo la señora. — ¡Quédate conmigo!

* * *

Hice una vida muy distinta después de mi desgracia y de mi suerte. No salí nunca más a la calle sin el ama, y por más perritos que encontrara y por más ladridos que oyera no me separaba de ella la distancia de la cola. Cuando llegaba al borde de la acera, me detenía y esperaba que la patrona diera los primeros pasos antes de cruzar la calzada. Nadie hubiera reconocido en aquel modelo de perro fino, limpio, silencioso y sin pulgas, al pichicho aterrante y vagabundo que diariamente alborotaba el barrio en continuas reyertas y peleas.

Así gané, cada vez en mayor grado, el aprecio de las personas de la casa.

* * *

Un domingo de mañana, la señora me llamó y comprobó que yo no estaba en la casa. Aquello era muy raro. La señora se asomó a la puerta de calle, y vió lo siguiente:

Por la acera de enfrente había pasado, dando aullidos de dolor, otro perrito, con una pata ensangrentada. Yo había salido tras él y ambos nos hallábamos en la esquina conversando. Después de un rato, eché a andar hacia la casa y el lastimado se arrastraba, siguiéndome. Cuando llegamos, la señora se había ocultado y observaba aquella escena con la más grande sorpresa.

Muy despacito, atravesamos el zaguán. Yo, siempre adelante, avanzaba, me detenía, observaba al compañero y volvía a andar lentamente por el centro del patio.

La señora estaba ya en el fondo de la casa, y de pie, fingiendo no ver nada, se entretenía en arreglar una planta.

La marcha continuaba, lentamente. Yo siempre adelante, detenía-me de trecho en trecho para esperar que mi protegido me alcanzase, y así, paso a paso, llegamos al lado de la buena señora.

Ella notó que yo contemplaba al herido, como indicándole que estaba como yo antes, con la pata rota, y que había que curarlo.

La señora aceptó sonriente al nuevo enfermo, y desde ese día somos dos los guardianes modelos de la casa; dos los que debemos eterna gratitud a la patrona, y la desgracia y la felicidad que ambos hemos experimentado nos unen para siempre como los mejores amigos del mundo.

EL GRANO DE MAIZ

EN Europa no se me conocía. Yo soy americano. Era el cultivo principal en América, antes de la conquista.

Para comprender y admirar la naturaleza, imagina que me encuentras en el campo. Puedes levantarme y llevarme a tu casa; puedes ponerme en un hoyo y echarme encima un poco de tierra.

Si me llevas a tu casa, formo parte de tu alimento, en un centenar de diversas preparaciones sabrosas y suculentas; o bien soy de los manjares preferidos por la mayor parte de los animales domésticos.

Si me dejas bajo tierra, me transformo en una planta, de jugoso tallo y anchas hojas, la cual produce varias espigas o mazorcas... Supongamos que produzco cinco mazorcas, con 700 granos como yo cada una. Son 3.500 granos.

Si se plantan estos 3.500 granos en el segundo año, y cada uno da 5 espigas, quedo convertido en 12 millones 250 mil granos.

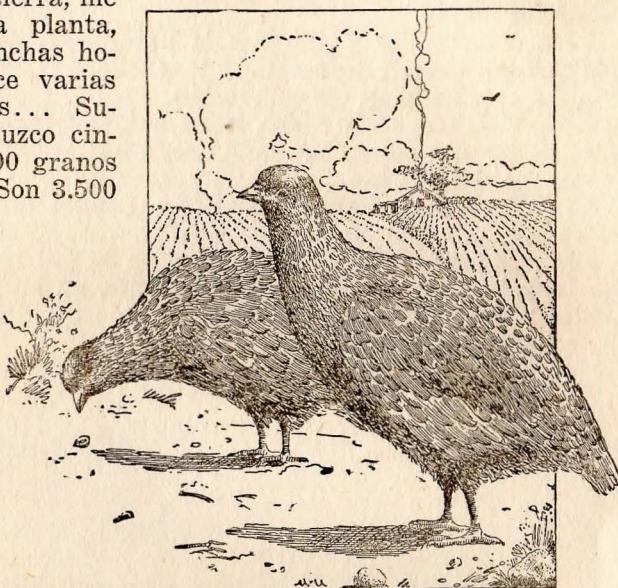
Plantándolos todos en el tercer año, resultarán 42.875 millones de granos. Supongamos que todos estos granos, bien plantados, se convirtieran en 42.875 millones de plantas, y que cada una produjera 5 mazorcas... Serían 214 mil 375 millones de espigas.

Si se siguiera plantándolo todo, en el quinto año, serían 150 billones, 62.500 millones de plantas, cada una con cinco espigas, cada espiga con 700 granos.

¿Sabes en cuántas toneladas de maíz se convertiría este modesto grano al quinto año?...

¡En 90.037 millones 500 mil toneladas!

Ahora me llevas encerrado en tu puño y ni me notas... ; pero sería difícil transportarme convertido en noventa mil treinta y siete millones quinientas mil toneladas...



¿Cuántos carros con carga de 2.500 kilos cada uno sería necesario emplear?...

;36 mil 15 millones de carros!

Colocados en fila, estos carros ocuparían totalmente un doble camino de ida y vuelta hasta el Sol.

Todo eso podría ser yo al cabo de cinco años. Algo tan inmenso que apenas puede concebirse; algo que no cabe en todos los graneros del mundo, algo que formaría montañas colosales o aleanzaría para llenar los mares.

Para comprender y admirar la naturaleza, es preciso que sepas que pudiera ocurrir todo eso... y mucho más aún, si aquella perdiz hubiera caminado en otra dirección.

Pero, viniendo, como viene, hacia acá, es imposible que sus ojos de lince no me distingan. Me ha divisado ya; es imposible que, divisándome, me desperdicie...

Se aproxima... Dentro de unos segundos estará su pico abierto sobre mí.

El viaje será breve... En vez de los 36 mil 15 millones de carros, me transportará ella sola, cómodamente, en su buche, y en vez de tantos y cuantos billones de plantas y de espigas, quedaré convertida, acaso, en una pluma de sus alas...



LA MESA Y LA SILLA

LA Mesa. — Quítate de ahí... Me estorbas.

La Silla. — Muy bien. Me voy a aquel rincón; pero ya verás que sin mí no sirves para nada.

La Mesa. — ¿Cómo que no sirvo para nada? Sirvo para comer, para estudiar, para dibujar, para escribir...

La Silla. — Si yo te ayudo... Por otra parte, ¿a que no has visto nunca una silla de tres patas?

La Mesa. — A que no has visto nunca una mesa convertida en un agujero y arrojada entre los cachivaches?

La Silla. — Pero he visto sillas trepadas sobre las mesas y pisoteándolas...

La Mesa. — Habías dicho que te ibas a aquel rincón...

La Silla. — ¿Ves?... Ahora que lo dices, no me da la gana de hacerlo.

La Mesa. — Es que no puedes separarte de mí... Me necesitas demasiado...

La Silla. — No es eso; es que preferiría que fuéramos amigas. Oye: yo tengo algo de mesa... Más de una vez los más chiquitos de la casa escriben sobre mí.

La Mesa. — Yo tengo algo de silla. Chicos y grandes han solido sentarse sobre mí.

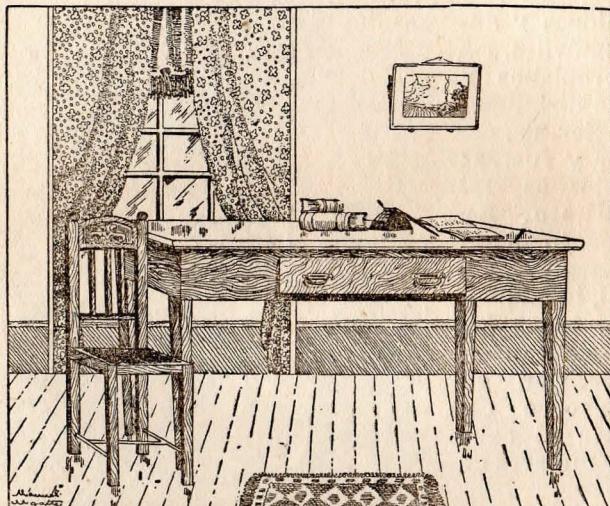
La Silla. — Además, bien mirado, debemos ser hermanas. Las dos estamos hechas de madera.

La Mesa. — Y traspasadas por los mismos clavos...

La Silla. — Así es. Y nos complementamos en el trabajo.

La Mesa. — Te perdonó los golpes que sueles darme.

La Silla. — Me quedaré a tu lado y jugaremos al que queda más tiempo sin moverse.



EL FUEGO

TENGO la mala fama de querer convertir todo en ceniza; pero es preciso pensar también en los beneficios que proporciono al hombre.

Soy hijo del Sol, al que me parezco en todo.

Como él, alumbró y caliento.

Mi padre el Sol mueve y hace girar a su alrededor a los planetas; yo muevo las maquinarias, los transatlánticos, los trenes, los camiones y automóviles, los aeroplanos y los dirigibles.

Ser luz, calor y fuerza: este es mi anhelo. En cuanto a la ceniza..., sin mí, igualmente, todas las cosas se convertirían en polvo o ceniza al cabo de millares de años.

Si fuera posible, por ejemplo, dejar la estufa llena de leña mucho tiempo, mucho tiempo, la leña se volvería polvo al fin.

Yo realizo este cambio en breve término.

Apresuro la obra del tiempo.

Mis llamas son como siglos, por su acción sobre las cosas. Los siglos también convierten todo en ceniza.

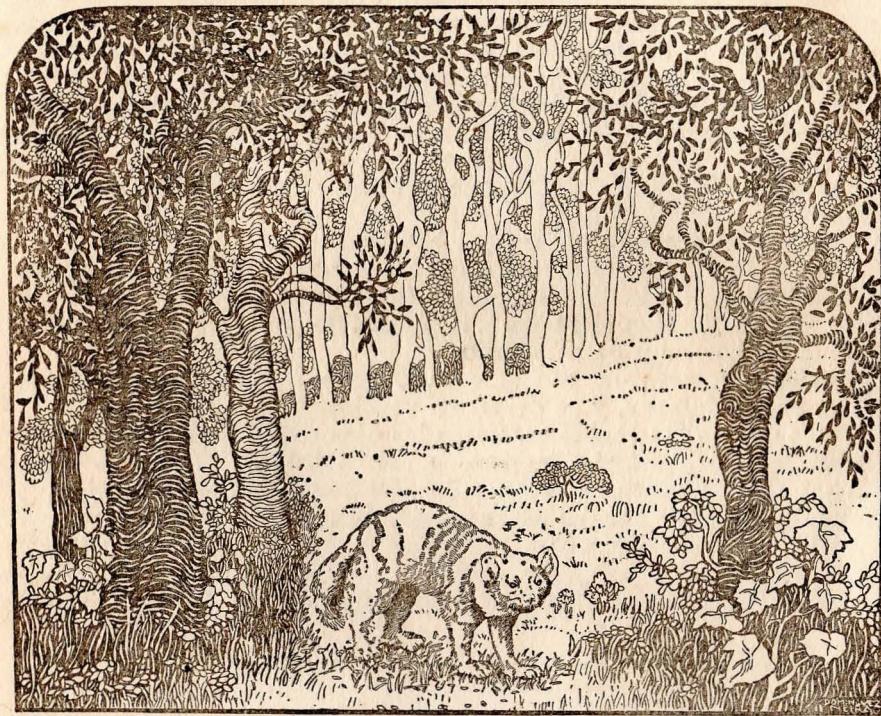


EL IRARA

ME llaman Irara. Soy muy parecido a la marta, cuya piel es tan valiosa; pero mi tamaño es algo mayor. Se me ve con frecuencia en los bosques del alto Paraná.

Soy "el rastreador" entre los animales.

¿Han oído ustedes hablar del rastreador, que seguía el rastro invisible de un bandido hasta encontrarlo, por más escondido que estuviera? . . .



Yo no espero la presa para saltar de improviso sobre ella, como hace el tigre y los demás carníceros.

Cuando siento apetito — cosa bastante frecuente, — camino al azar, sin ocultarme... Pasa una liebre, un aperiá, un venadito... Cualquiera me es igual.

Supongamos que es una liebre. Me mira aterrorizada y huye. Huye, pero ya sabe que es en vano.

Yo también la he mirado, y mirarla y comerla es lo mismo para

ella y para mí. Porque yo pongo entonces mi hocico contra el suelo y sigo el rastro...

Una hora, cinco horas, un día entero... Yo no me apuro.

Lo esencial es no perder el rastro.

La víctima suele ganarme una legua, dos leguas de distancia; esto no me preocupa. Mi marcha continúa siempre tras ella y ella sabe que la sigo, como algo fatal e inexorable.

Solamente un milagro podrá salvarla o que alguien me devore a mí durante la persecución. Fuera de esto, ni la distancia, ni la ligereza, ni los pajonales, ni las aguas, ni ningún peligro, ninguna artimaña, nada, en fin, evitará que yo la alcance y la devore.

La persecución sigue; mi hambre crece; mis ojos rojizos centlean en el paroxismo del furor... y mi hocico se junta cada vez más a la tierra...

La liebre, jadeante, siente que gravita sobre ella sentencia de muerte.

¡Nadie más que ella saciará mi hambre!

Ningún animalito que se me cruce en el camino me tentará, ni me desviará de mi designio. Ni siquiera la gente logra asustarme.

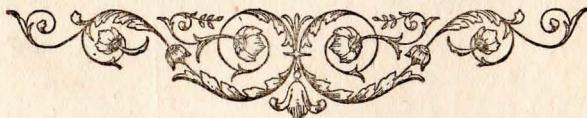
Yo sigo, sigo, sigo el rastro... El hambre aumenta... La liebre tiembla de horror y de cansancio.

Comienzo a respirar con fuerza... Este soprido llega hasta la liebre, ya sin fuerzas, y se desploma vencida.

Antes que yo me aproxime, cierra los ojos, y se despide del mundo.

¡Soy la fatalidad! ¡Lo inexorable del destino para muchos seres que habitan los inmensos bosques del alto Paraná y del Paraguay!...

¡Soy el rastreador gaucho entre los animales!

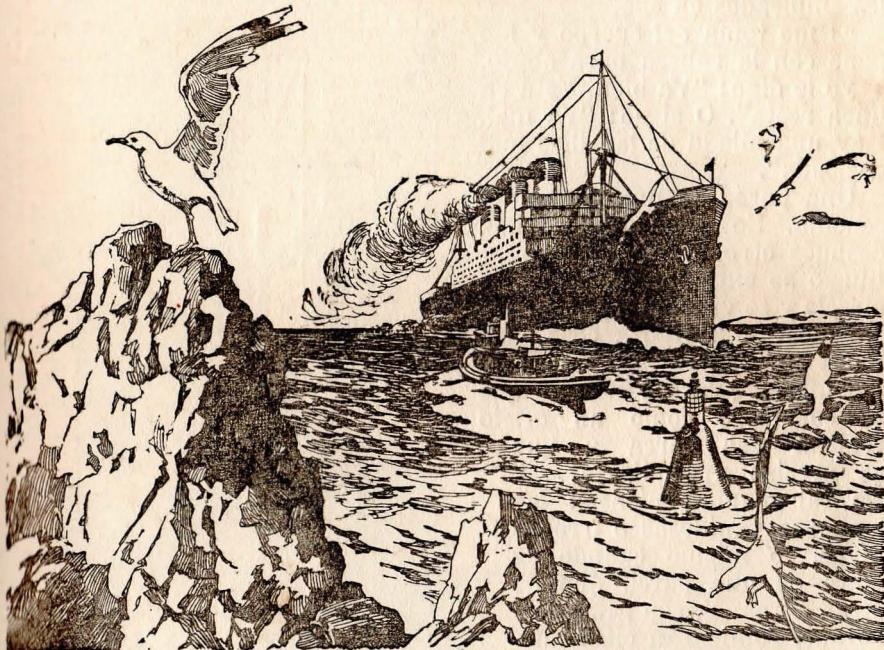


LA GAVIOTA

SOY como espuma que flota sobre el mar; pero las tempestades no me deshacen. Miren mis alas: parecen las de un águila.

Tengo mi casita algo retirada de la costa. Allí crío mis hijuelos. No les diré dónde, hasta que todos comprendan que es un crimen quitármelos.

Dicen que como demasiado, sin observar que vuelo sin descanso y que el buque que mucho anda gasta mucho carbón.



Soy pescadora y práctica de puertos. Cuando llegan los buques, yo les sirvo de guía. Me pagan, arrojándome comida. Cuando los buques salen para alta mar, igualmente aprovechan mis servicios. Fíjense cómo navegan por donde yo voy.

Pescadora, soy amiga de los pescadores. Conmigo no se cumple el viejo refrán que dice: "¿Quién es tu enemigo?... El de tu oficio". Yo les indico dónde les conviene echar la red. Una vez, le oí decir a un viejito que iba con otros en una barca:

—No; aquí no; vamos allá donde andan las gaviotas.

Allá era, en efecto, donde yo me había llenado tanto el buche que apenas podía volar.

LA PLOMADA

ALGUNOS pensarán que soy un bicho raro, porque tengo la cabeza muy pesada y el cuerpo tan fino, largo y flexible.

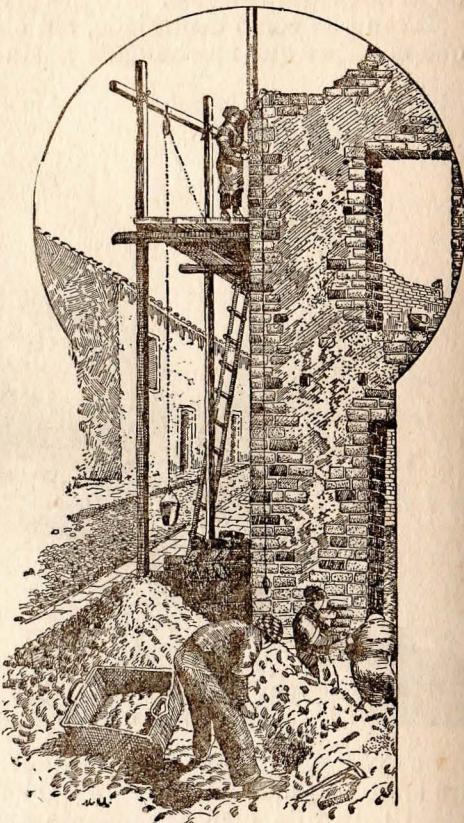
El albañil me aprecia debidamente. El sabe que para hacer una pared no bastan agua, cal, ladrillo, arena... Tengo que intervenir yo. Sin mí la pared entera se vendría al suelo, por buenos que fueran los materiales empleados en ella.

El me toma del cuerpo y me pone con la cabeza para abajo. Y yo le digo: "Va bien. Está en línea recta". O si no: "Va mal. Hay una hilada de ladrillos mal colocada".

Una pared es una cosa muy sencilla. Se pone un ladrillo, después otro, y otro, y otro... Luego se extiende una capa de mezcla y se vuelven a poner más ladrillos... ¿Habrá cosa más tonta que llamar para esto a un albañil?... ¡Parece mentira que se considere como un oficio realizar esa tarea y que se precise aprendizaje!..." De tal manera piensan las personas vanidosas o irreflexivas, lo mismo cuando se trata de una pared que de otras obras. Y, con gran desenfado, comienzan ellas mismas a colocar ladrillos y a derramar cucharadas de mezcla... Pero, cuando la pared alcanza a regular altura, se viene al suelo, con sorpresa del presuntuoso constructor.

Exactamente lo mismo pasará con tu vida. Vas poniendo actos y palabras unos sobre otros: los actos son los ladrillos; las palabras, la mezcla... ¡Cuida de mantener unos y otros en línea recta, y así alcanzarás con dignidad la dicha!

Tu vida es una pared. Tu plomada es la conciencia.



EL GRILLO



OMO artista, soy pobre, y como buen pobre, no soy muy exigente.

Comprendo que mi música no es tan apreciada en lo presente, pues el hombre ha inventado sonoros instrumentos musicales.

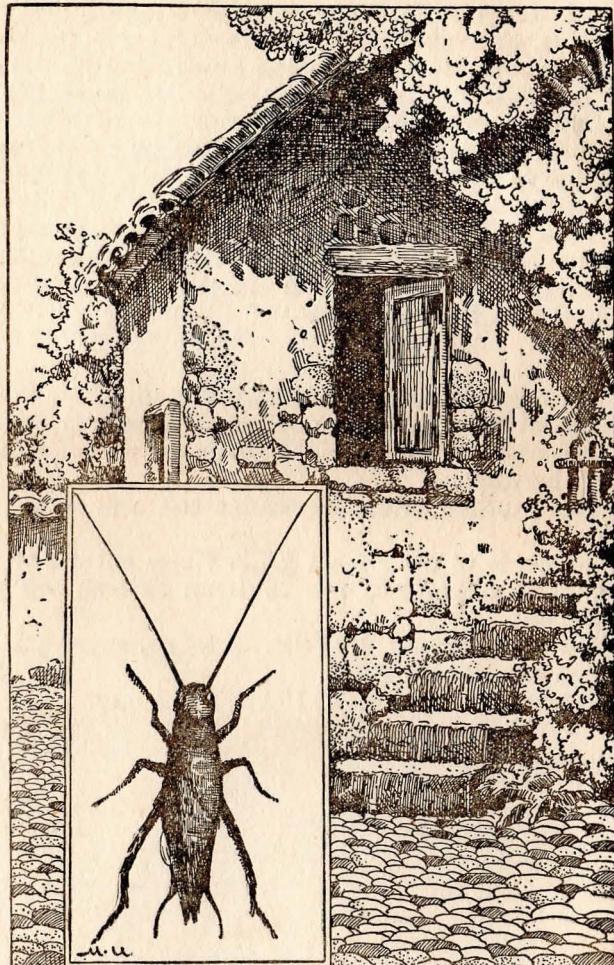
No me es posible emplear mucho tiempo para buscar el sustento, porque debo formar parte de la orquesta que generalmente trabaja toda la noche.

Me conformo, para alimentarme, con lo que me depara la casualidad, y no me atrevería a matar para comer.

* * *

Poseo en la parte posterior dos pinchos bastante duros. Cuando me sulfuro ataco con ellos al adversario. A ti te parece imposible que aquello pueda hacer daño; pero resulta que para los otros grillos son como lanzazos.

Es curioso observar cómo cambio de piel. Absolutamente íntegra toda la piel, hasta la de las patitas, se me desprende un buen día. Me la saco como se saca un hombre la camisa, y queda tan completa y tan intacta que es como otro grillo, pero blanquecino y transparente.



Soy violinista.

Para tocar la música frotó uno de mis élitros, que son las alas más largas, con el otro. La música del grillo macho es más sonora que la del grillo hembra, porque ésta tiene los élitros más chicos.

Vivo, generalmente, en las hendiduras de las paredes o en cualquier agujerito donde no tenga que pagar alquiler.

También hay grillos campesinos, es decir, que viven en la tierra.

Estos tienen que hacerse la casa, que es una cuevecita con dos orificios de salida, pues la necésidad obliga a ser precavidos, y en el caso de que se tape una de las puertas o de que se introduzca algún enemigo, el habitante huye por la otra salida.

Para palpar y reconocer a los otros insectos y a los objetos que encuentro — pues soy muy curioso, — poseo dos largas y finas antenas, más largas que el cuerpo, siempre en actividad, dotadas de una sensibilidad notable.

* * *

Aquí se nos menosprecia demasiado...

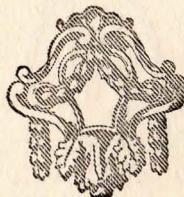
Es interesante saber que en el Japón hay vendedores de grillos y hasta negocios establecidos donde se nos vende al público en jaulitas muy hermosas.

Las jaulitas están fabricadas con esmero y generalmente son de mimbre.

Según le oí decir a un grillo viejo, antes era bastante común que los pibes argentinos nos tuvieran también en jaulitas, como a los canarios.

En mi humildad soy feliz. Y tengo, antes que todo, la felicidad de no hacer el menor mal.

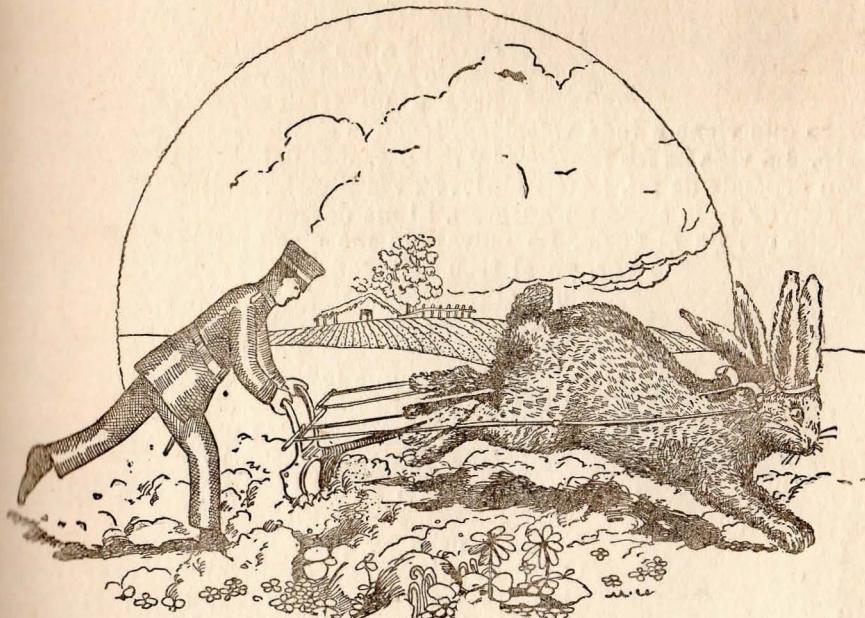
Ni plantas ni animales tienen queja de mí.



EL SOLDADITO DE PLOMO

SOY soldado; pero no amo la guerra. Me gusta la paz. La mejor prueba para convencerse de que no tengo espíritu belicoso, es meterme otra vez con todos mis compañeros en la caja, y observar lo que sucede. Todos quietecitos y callados, sin ningún empujón y sin ninguna disputa, y eso que estamos como sardinas en lata.

La guerra es una cosa muy desagradable. Se nos hace formar en línea de guerrilla. A nuestro frente vemos otros soldados, que, según se dice, son los enemigos. De repente... ¡púmbate!, comienzan a caer los proyectiles de todo tamaño. Poco a poco vamos cayendo como muertos. El otro día me pegó en el hombro una bala y me dejó la señal. Después de la pelea, viene el recuento de los vivos y muertos, y a todos juntos nos vuelven a meter en la correspondiente caja, con la obligación de resucitar y de encontrarnos listos para la próxima batalla. Aunque una bala de cañón le saque a uno la cabeza, se la pegan y lo hacen pelear lo mismo.



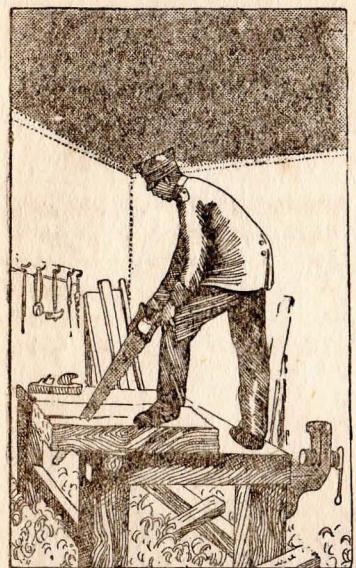
Quisiera ser labrador. En vez de bueyes emplearía una buena yunta de liebres amaestradas. Las liebres son muy ligeras, y en una jornada quedaría listo el campo para la siembra.

Quisiera ser carpintero. Me gusta serruchar y meter clavos. Fabricaría muy lindas casitas de muñecas, con muebles de comedor, de sala y de dormitorio.

El oficio de carpintero es de los más importantes. Tiene uno bien arregladas las herramientas necesarias: serrucho, martillo, tenaza, cepillo, formón, destornillador, punzón, escuadra, metro, bárreno, garlopa, gubia, escoplo, lima, taladro, morsa y lápiz.

Se trabaja en un banco provisto de una prensa con la cual se mantiene sujeta la madera que hay que cortar o cepillar. Es muy lindo trabajar la madera, porque uno fabrica con ella todo lo que quiere. Yo haría, primero, un banquito, y después, una mesa.

Quisiera ser guardavía. Ya me veo haciendo la señal de vía libre a un tren ex-



preso que viene a toda velocidad, tocando el silbato. La vida de los pasajeros y del personal del tren depende de mí. ¡Atención!... ¡Vía libre!... El convoy pasa como un huracán. Si me descuido, me arroja al suelo. La polvareda me ciega y cuando consigo ver, ya el tren está tan lejos que apenas sé distingue.

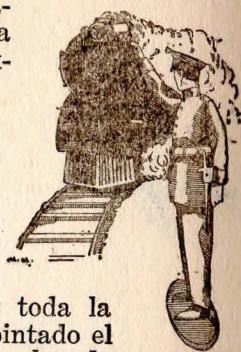
Allí está el general. Es de plomo como yo y toda la diferencia es que le han pintado el quepis y los hombros de colorado.

Y la espada, es cierto; pero es una espada de juguete, que ni pincha ni corta.

En cambio, si mi fusil estuviera cargado, mataría como cualquier soldado.

La prueba es que cuando me ponen en línea de guerrilla, empiezan a caer como moscas los soldados azules, que pertenecen al ejército contrario. Y no hay ejemplo de que la espada del general haya tronchado a ninguno.

Apenas termine la conscripción, me iré al lado de mi madre, que me espera hace tiempo.



EL BARRO

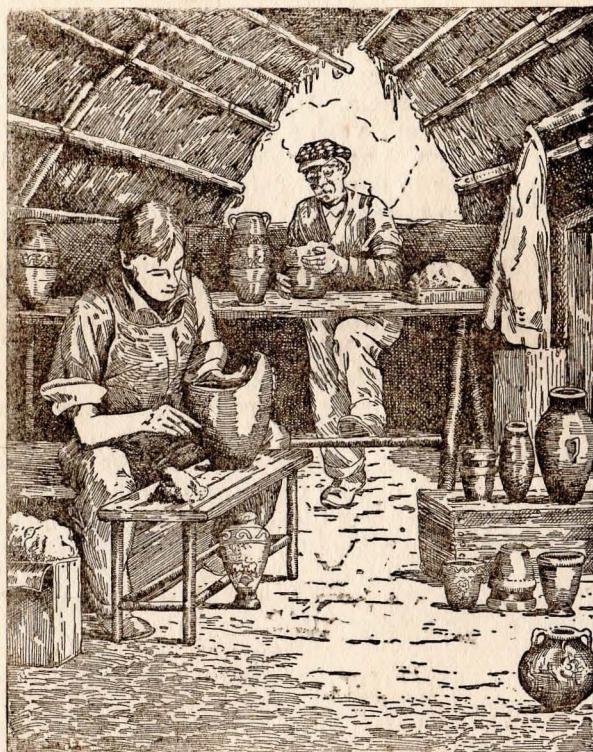
SOY nada más que tierra y agua... y puedo convertirme en todos los seres y todas las cosas de la creación, dócil a la voluntad del hombre que me modela. El alfarero me transforma en ollas, vasos, animales, estatuas...

Blando para adoptar la forma que desea el alfarero, me endurezco al fuego para que su creación perdure.

Yo formo las paredes de los ranchos, y, transformado en ladrillos, las paredes de todos los edificios.

¿Me han visto ustedes en la casa de los horneros? Estos pájaros me trabajan con igual o mayor perfección que el hombre. Me batén esmeradamente con el pico, me mezclan con diminutas briznas vegetales y construyen las recias paredes de una casa sólida y confortable, de dos piezas, con la puerta principal mirando hacia la parte del horizonte que más conviene, por ser los vientos más suaves.

Los horneros son grandes trabajadores, y tan aseados que siempre se encontrará su casa perfectamente limpia. Pasan serias dificultades para conseguir alimento, sobre todo en invierno, y por esto les veréis corretear por campos y caminos, siempre el matrimonio junto, llamándose apenas descubren algún bichito, o alguna substancia que los nutra. Cuando el hornero anda solo, con certeza es porque tienen nido con huevos o con polluelos pequeñitos, a los que no es posible abandonar. A pesar de su vida de



continua tarea, son muy alegres y su canto es de regocijo y de esperanza.

Pero existen seres mucho más pequeños que me trabajan más pri-morosamente aún. ¿Han visto ustedes esos grandes nidos que fabrican las avispas y que llaman "camoatís"? El camoatí es una olla de barro, perfectamente hecha, llena de miel. El lagarto la apetece, y ha de ingeniararse para conseguir manjar tan exquisito; las avispas lo enloquecerían con su aguijón. Pero el lagarto, aunque en apariencia estúpido, muestra no poca astucia en esta empresa. Se aproxima cautelosamente al camoatí, le da un fuerte coletazo y huye con rapidez a gran distancia. Después de dejar pasar el tiempo necesario para que la calma vuelva a la colonia, se acerca de nuevo y aplica otro recio golpe. Las avispas buscan furiosas al enemigo y no lo encuentran. Por lo común, este segundo coletazo basta para partir el camoatí; pero si fuese necesario uno o dos golpes más, se repetirán oportunamente y el camoatí, aunque duro, se parte en varios pedazos. Destruído el panal, resignadas a dejar sin castigo el atentado, porque no encuentran al culpable, las avispas vanse a construir su casa en otra parte... Y entonces, sale el goloso de su lejano escondite, y no termina el banquete hasta lamer los más chicos fragmentos de barro bañados por la deliciosa miel.

Existen otras avispas que construyen un nido pequeño, por parejas, como los horneros. Este nido tiene la forma de un ánfora diminuta y es algo tan perfecto y tan precioso, que se juzgaría obra de un artífice, y no de insectos que no disponen de más herramientas que sus mandíbulas y sus patitas y que recogen separadamente la tierra y el agua, mezclándolas y batiéndome lo necesario. Yo creo que nunca valgo tanto... Todo el oro del mundo no representa el valor de una de estas ánforas adheridas frecuentemente a las paredes de las casas, o a la corteza de los árboles.



LA MARIPOSA

NO; no soy una flor que vuela. No me lleva el viento. Voy adonde me place.

Miren: ahora me poso en esta dalia.

Aquel que viene conmigo es mi marido.

Siempre viajamos juntos.

¡Si mis alas fueran grandes!... ¡Te llevaría por el aire lo mismo que un aeroplano!



Parece que el Sol se oculta... ¡Tengo miedo de que llueva!... Si llueve, aunque sea poquito, deberé guarecerme... deberé quedar inmóvil y escondida.

Mi gran preocupación es buscar sitio apropiado para dejar mis huevecitos. Estos huevecitos se convertirán en laryas. Los jardineros y los arboricultores se quejan de mis larvas; pero yo no veo que las pobrecitas hagan ningún daño.

Ellas necesitan comer para desarrollarse y convertirse en mariposas. Hay, entre nosotras, especies grandemente perjudiciales; pero es preciso dis-

tinguir y no tratarnos a todas con crueldad. ¡Qué lindo que haya siempre mariposas!

Cuando veas que nos persiguen, ¡protégenos!

Seríamos más, muchas más, si la gente fuera buena con nosotras.

¿No nos ven lo mismo y todavía más hermosas, cuando volamos, que muertas y clavadas en un cartón?...

¡Qué rara es la gente!

Nosotras no matamos a nadie; no hacemos mal a nadie, ¡y vivimos tan poco!

Mañana, ¿podremos ver la luz del Sol?

¡Mira qué hermosos colores tiene mi marido!

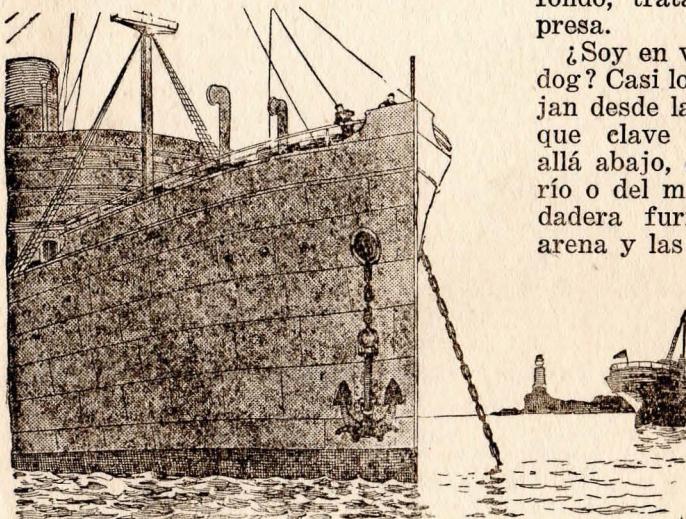
EL ANCLA



IAJO en el barco como los demás viajeros; pero cuando hay que fondear, ¿quién, sino yo, se anima a deslizarse como un buzo hasta tocar fondo y aferrarse allí, sujetando el barco para que se quede fijo en ese sitio?

Hay que ser decidida y saber agarrarse, porque el barco es grande y el agua empuja con fuerza.

Cuando el temporal sacude las aguas con violencia, el buque garrea, como dicen los marinos, es decir, me arrastro penosamente por el fondo, tratando de hacer presa.



en una hora, gasto más energías que un marinero en un mes.

¿Qué haría un marinero si lo echaran al agua, atado con una cuerda, para que sujetara el barco?... Una de dos: o consigue mantenerse con la cabeza fuera del agua, cosa difícil por la fuerte correntada, o perece ahogado. Si ha de estarse con la cabeza al aire, para respirar, no puede agarrarse al fondo; y aunque intentase hacerlo, ¿cómo resistirían sus brazos la enorme fuerza que es preciso vencer? Es inútil: soy necesaria a bordo y no dirán que molesto, pues no como, no bebo nada más que agua, y el sitio que yo ocupo no serviría para nadie más que para mí.

Allá abajo hay cosas muy interesantes, y más vería, si no fuera porque se me tiene miedo. Cuando yo aparezco dispara todo lo que puede disparar.

Tan perro bravo soy, que me tienen siempre atada con una gruesa cadena, en la proa del barco.

Pero, solamente muerdo cuando se me ordena hacerlo.

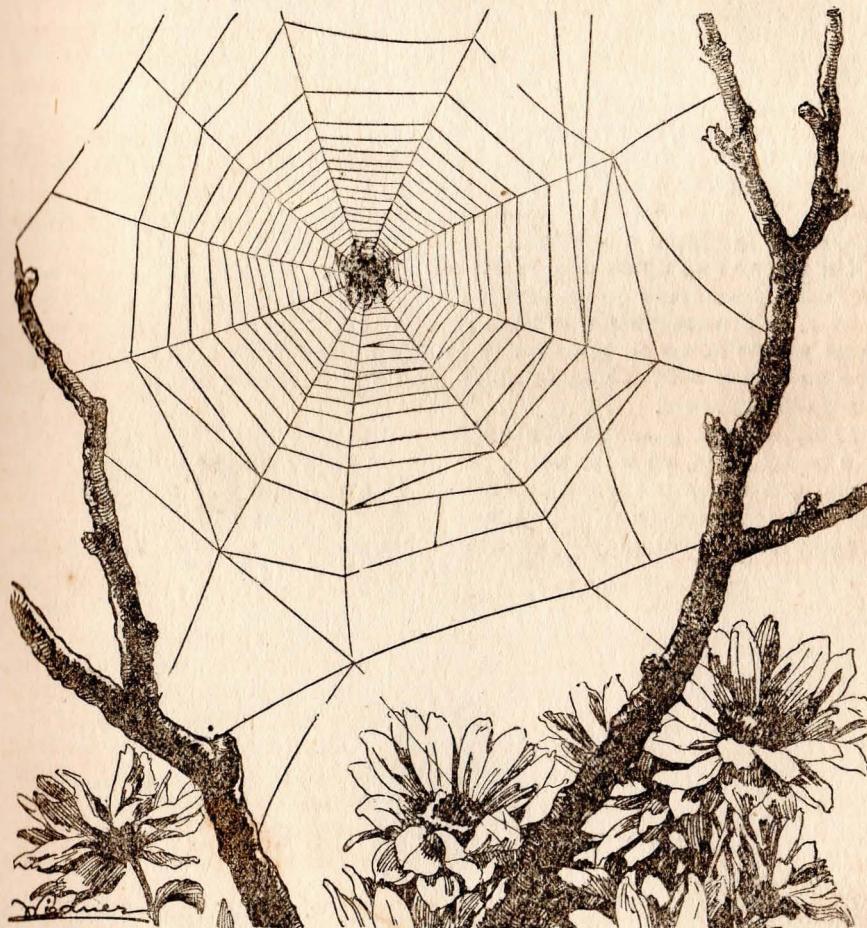
¿Soy en verdad un bulldog? Casi lo creo. Me arrojan desde la cubierta para que clave mis colmillos allá abajo, en el lecho del río o del mar, y, con verdadera furia, muerdo la arena y las rocas. Ninguno de los marineros es capaz de tal hazaña.

Ellos trabajan seguido; yo, parece que viajo por placer; pero, a veces,

LA ARAÑITA

FIJATE, amiguita, fíjate en mi tela. Ahora brilla al sol y parece de oro salpicada de brillantes. Los brillantes son gotitas de rocío. Tan chiquita que soy y puedo hacer mi obra sin una falla.

Yo no sé si sabes para qué me sirve la tela. Quizás supongas que la tejo para pasar el rato, o para adornar con ella este jardín...



Es que tienes papá y mamá que te dan la comida, y yo debo procurármela. La tela es una red para cazar, porque yo vivo de la caza. Cuando algún pequeño insecto, un mosquito, por ejemplo, pretende atrave-

sarla mientras vuela, queda aprisionado entre sus finos hilos. Yo siento sus movimientos desde mi escondite; acudo rápidamente y con nuevos hilos que secreto aseguro la presa, imposibilitándola para moverse. Después, me la como, y quedo alimentada hasta que cazo otro bichito, cosa que, desgraciadamente, no ocurre todos los días. Lo mismo puede suceder que consiga dos o tres presas en un momento, como que me pase una o dos semanas sin probar bocado.

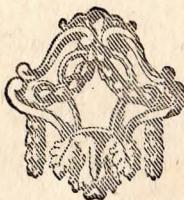
¿Quién me dijo que trabajara?... Nadie. Si nací y quiero vivir, tengo que trabajar. Todas las arañitas han trabajado siempre. Además, ya que trabajo, anhelo que mi tela sea perfecta.

El ser humano, en proporción a sus energías, ha de fabricar también su tela. Unos la fabrican en una forma, otros en otra; unos la hacen con maderas, otros con hierro, otros con colores, palabras o números; unos se valen de herramientas pesadas; otros, de herramientas livianas, como la pluma o el cincel.

Un pintor que pinta una pared o un cuadro, hace su tela como esta arañita. Un marino que describe líneas y más líneas con su buque por el mar, es otra arañita que hace su tela. La maestra que va poniendo ideas y más ideas en la cabecita de sus alumnos, es otra arañita que teje su tela y ésta brilla también, como si fuese de oro, bañada por el sol del porvenir.

¿Hay alguna persona que quiera ser menos que una arañita?... ¡No hacer nada, no tejer nada, pasarse la vida siempre quieta y esperando que otras personas tejan para ir a pedirles qué comer o para robarles lo que ellas consigan, que es peor todavía!...

Sería muy raro encontrar arañitas así. Yo no conozco ninguna.



EL HEROE MODERNO

HAY una gran diferencia, amigos — y digo amigos, porque soy, en efecto, amigo de los niños; — hay una gran diferencia entre los héroes del pasado, que los aterrorizaba, y yo, al que ustedes se acercan sin temor.

Antiguamente se llamaba héroe al que buscaba el triunfo matando. Seguido por legiones de soldados, se internaba en territorio enemigo

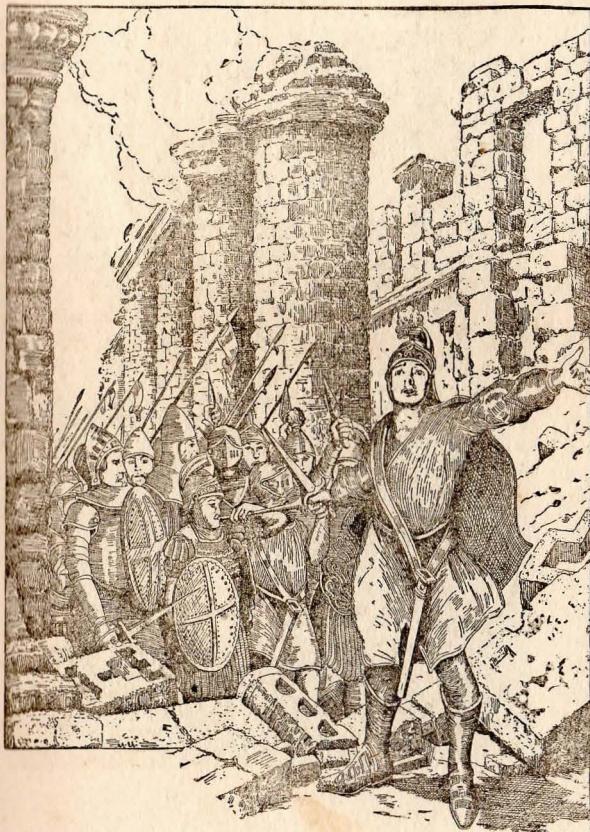
para someterlo a viva fuerza. El héroe era, en rigor, aliado de la muerte.

Por más grande y noble que fuera su causa, los medios de que se valía para imponer el triunfo no podían ser más dolorosos y horripilantes.

La lucha no se libraba en el campo de la inteligencia, del saber o del trabajo que dignifica: se luchaba brutalmente, no por el bienestar, sino para imponer la sumisión. Quien hacía correr mayor cantidad de sangre del enemigo, quien asolaba absolutamente las comarcas extranjeras, quien con mayor furor destruía, incendiaba, arrasaba, exterminaba, éste era el más grande de los

héroes. La humanidad ha comprendido que no pueden ser la desolación, la ruina y la matanza, el verdadero objeto del heroísmo. Hoy ya no es una gloria apetecible la que se gana con el dolor ajeno.

Y van surgiendo otros héroes: los héroes de la vida; los héroes más modestos, más humanos, cuya meta no consiste en la ruina de otros;



cuyo triunfo no exige lágrimas y sangre; cuyo sacrificio no importa el sacrificio de pueblos enteros; cuya victoria deja únicamente frutos de bien para todas las naciones de la tierra.

Tal la nueva estirpe de héroes.

Afrontamos peligros mucho mayores, por cierto, que los de una batalla; nos jugamos la vida en busca de un beneficio para la humanidad; desafiamos y vencemos dificultades múltiples; batallamos durante toda la existencia contra las enfermedades, contra el mal, contra lo desconocido que nos hiere, contra lo misterioso que nos cierra el camino de la felicidad.

Para comprender la diferencia entre el antiguo heroísmo y el moderno, basta considerar lo que era una conquista a la antigua. Quedaba el país asolado, los hogares deshechos, los campos sembrados de cadáveres. Millares de huérfanos lloraban junto a sus madres, mientras el vencedor entraña, ufano, al son de clarines y tambores, a recoger, en medio de las ruinas, su victoria.

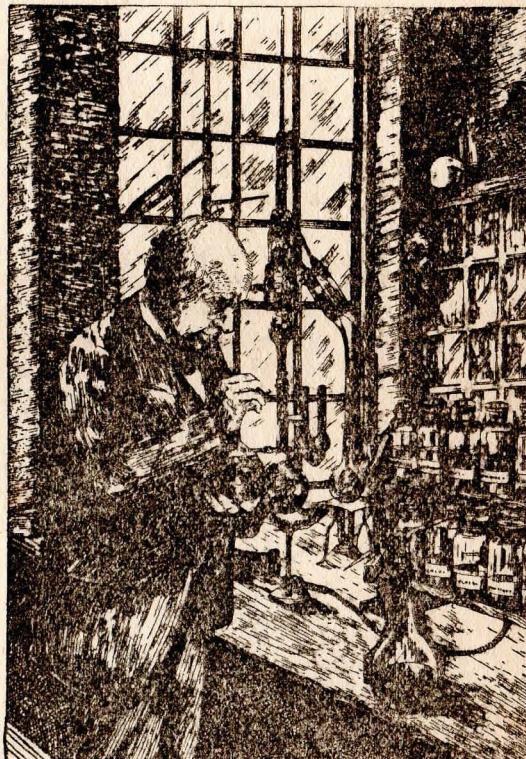
La propia nación triunfante vestía luto y sollozaba. Su ejército también había sufrido los horrores de la muerte y de la mutilación.

Mis conquistas, más verdaderas y durables, no son conquistas de fieras. Son conquistas del estudio, del carácter y del sacrificio en holocausto de la humanidad.

Decidle a vuestra madre que por mí no llorará; decidle a vuestro padre que yo no lo despojaré del fruto de su trabajo.

¡Venid, hijitos, podéis estar sin recelo al lado mío!

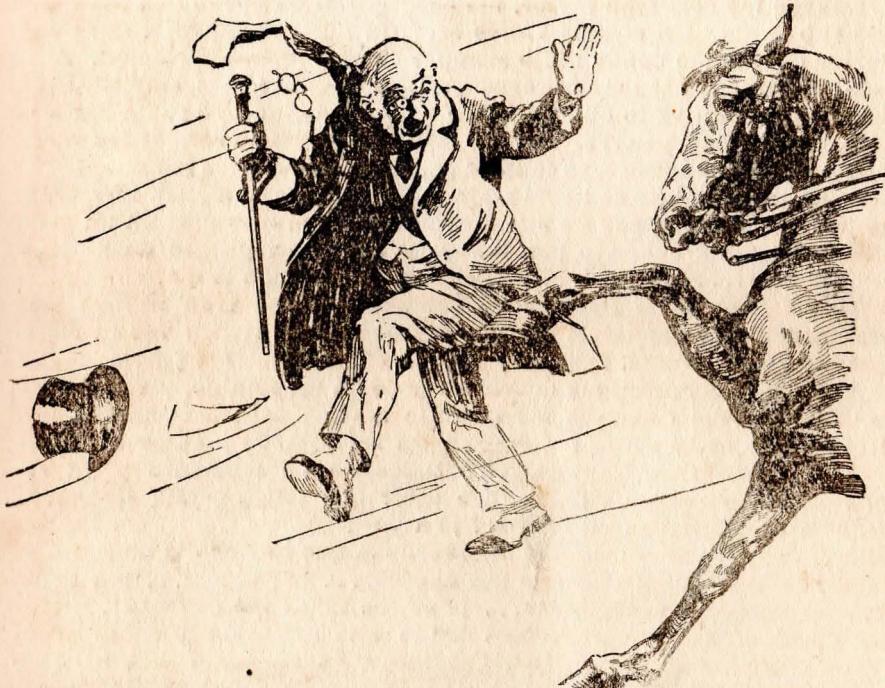
¡Nadie me teme y todos pueden amarme sin deshonra!



EL VIENTO

NO puedo estar en todas partes; pero trabajo sin cesar. Limpio el cielo de nubes, llevo los gérmenes de árboles y plantas hasta el sitio favorable para la germinación; muevo los molinos que extraen agua desde las profundidades de la tierra.

A veces, una lavandera se disgusta conmigo porque tarde en llegar y espera que le seque la ropa tendida; otras veces, un buque, inmóvil en medio del océano, aguarda que yo sople sus velas para navegar.



¡Claro que no es posible conformar a todos a la vez!

Tampoco consigo dejar a las gentes plenamente satisfechas de mi trabajo.

Voy velozmente para detener las aguas que inundan alguna ciudad o campos cultivados, y derribo postes de telégrafo, paredes, árboles...

Suele ocurrir que en el afán de empujar las nubes para que caigan en lluvia sobre sembrados moribundos de sed, he de pasar forzosamente por campos de maíz y de trigo, altos y cargados de fruto, y los doblego tanto que ya no se yerguen más.

En ciertos días, vengo de regiones heladas y enfriado muy rápidamente una nube al soplar para cambiarla de sitio o para que llueva,

y el agua se congela y cae en granizo, afligiendo a los labradores. Acabo de salir del desierto, que es como fuego que a mí mismo me quema, y encuentro en mi camino seres delicados y frágiles, como las flores, que se marchitan al tocarlas.

Hay niños que se hacen llevar por mí en carritos con una vela como la de los buques. Esto me agrada mucho. Hay señoras que gustan de que yo les seque la cabellera, después que la han lavado.

Cuando me conozcan mejor, me encargarán de nuevo que lleve globos con gente. En ciertos viajes serviría admirablemente, pues hay partes del mundo donde soplo siempre en una misma dirección. Además, el ingenio del hombre conseguirá utilizarme más ampliamente. Ustedes habrán visto que un barco de vela, aunque yo sople hacia el mar, navega hacia tierra. Esto depende del modo de colocar las velas.

Quizás, más adelante, se consiga algo parecido con los globos.

Ayer, una chiquita se había alejado bastante de su mamá, correteando por el campo en pos de una mariposa. De pronto pisa en un gran charco de agua cubierto por musgo y queda en peligro de muerte. — ¡Mamita!... ¡Mamá!... — gritaba. Pero nadie la oía.

Yo iba para hacer flamear las banderas en una gran fiesta cívica argentina. Las banderas, sin mí, parece que no tienen voz ni alma. Cuando yo las animo, sienten y hablan como la misma patria.

Al oír a la chiquita, me desvíe un poco de mi camino, y recogiendo sus angustiosos clamores los conduje adonde estaba la madre con otras personas. Fueron a tiempo para salvarla de perecer ahogada.

— Oyen? Descanso un momento y ya comienzan a decir que tengo calma chicha...
— ¡Ya voy! ¡Ya voy!

No me acordaba que hoy es día de cometas y allá por el oeste... por el sur... por todos lados... ¡cuántos niños me esperan!...

Antes tengo que ayudarle a encender el fuego, junto a su choza, a una pobre viejecita...

— ¡Y la leña está húmeda!
— ¡Y ella ha soplado ya tanto que le duecen las mejillas!...

— ¡Voy!...
— ¡Voy!...
— ¡Adiós!...
— ¡Pronto vuelvo!



EL CHINGOLO

Y qué es lo que te ha pasado, amigo Chingolo? A altas horas de la noche me desperté varias veces y oía que cantabas: "Los huevecitos son míos, míos!..."

—Una cosa extraordinaria, Cabecita Negra. Figúrate que yo había puesto 3 huevecitos. Eran 3 huevecitos preciosos, con pintitas celestes. Dejé un momento el nido porque me pareció que debajo del



limonero se movía un bichito. No me engañé. La tierra, removida por el jardinero, nos brindaba un espléndido banquete. Vino mi marido y entre los dos revisamos todos los terrones empleando en ello un buen rato...

—¿Debajo del limonero, dices?...

—Sí; pero ya es inútil que vayas... Sigo mi cuento... Al volver a nuestro nido, nos quedamos helados de sorpresa... Un pájaro negro salió de allí.

—¿Un pájaro negro y grande?

—Ese que la otra tarde te hizo salir, con tan bruscos modales, de la rama de la higuera...

—¡Ah! Ya sé: el tordo.

- Bueno. Al verlo, dije llorando: “¡Me ha comido los huevecitos!...”
—¡Qué atrocidad!
—Llego al nido,uento los huevecitos... ¡Parece mentira! En vez de tres había cuatro. Los cuenta mi marido: 4. ¡Uno del todo blanco! (1).
—¡Tú mientes, amigo Chingolo!
—Te digo la verdad. Ahora son 4, y dentro de muy pocos días tendremos 4 hijitos... ¡Qué me dices?...
—Te digo que la vida está llena de misterios.



—Por eso me has oído de noche y me oirás siempre gritar: “¡Los huevecitos son míos, míos!...” Para evitar confusiones y disputas.

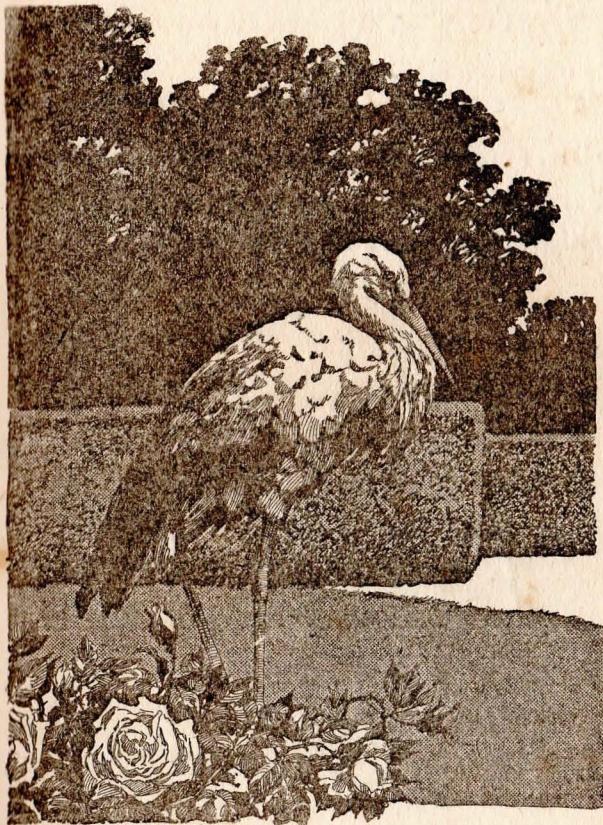
(1) Es bastante común que el tordo, que no hace nido, aguarde y aproveche la momentánea ausencia de otros pájaros, y preferentemente del chingolo, para poner sus huevos. Pone uno en cada nido. Los chingolos crían al intruso igual que a sus propios hijos, a pesar de la diferencia de volumen, las largas patas y el colorido, tan distinto, que no tardan en marcar una notable diferencia con los hermanos de cuna.

LA CIGÜEÑA

HAY misterios muy grandes en la vida, y el más grande de todos es que se me haya traído a este jardín, donde no hay laguna, ni cigüeñas...

A mí me gusta la vida del campo. Yo no sé cómo se puede vivir sin laguna y sin otras cigüeñas. Cuando yo era más joven, mi madre era muy viejecita y quedó ciega. La pobre se paraba en la

orilla de la laguna y allí se estaba horas dando con su pico en el agua y en la arena, extrañada de no descubrir ni un pececito, ni una víborita, ningún bichito, ni una mosca siquiera. Cada día se ponía más flaca. Entonces yo comencé a acostumbrarme a acercarme a ella y a esperar a su lado. En cuanto atrapaba algo, lo ponía justamente en el sitio donde golpeaba con su pico. Contentísima la pobrecita, tomaba el animal entre su pico, lo apretaba varias veces y se lo engullía... El segundo bocado era para mí; el tercero para ella...



Así vivía mi madre, y ya no estaba flaquito como antes.

Un día pasaban dos hombres: pensé en huir; pero pensé en la ciegecita que estaba distraída, y me quedé... Sentí un picotazo en esta ala, en la derecha... Me agarraron, y ¡se acabó la laguna! ¡Se acabó todo!

Me sobraba antes una pata; con una sola me sostenía muy bien para pescar. Mi trabajo es más cuestión de paciencia, de buena vista y de rapidez en el momento decisivo. Cuanto menos camino, mejor. Como el gato espera al ratón, así espero yo mi pesca. Cuando llega, no hay que vacilar medio segundo. También hay que saber elegir los sitios adecuados para la tarea...

Ahora, todo me sobra... ¡Todo me es inútil! El mismo pico no me sirve para nada.

¡Igual me sería el de un pato o una gallina!

Encuentro la comida sobre el pasto... Todos los días tiene igual gusto...

Quieta, aburrida, triste, aguardo que los que me trajeron me lleven otra vez a mi laguna.

Sería lo mismo, ¿verdad?, poner en este jardín una cigüeña de porcelana... ¡y permitidme que vuelva al lado de mi madre!...



INDICE

	<u>Página</u>
ESTE LIBRO	7
LAS HORAS	9
LA JIRAFÁ	11
POLICHINELA	12
LA SEMILLA DEL CARDÓ	13
LA PELOTA DE FUTBOL	15
EL GORRION	17
LA OLLA	19
EL COMETA	21
LA OVEJA	23
EL ARBOL CAIDO	25
LA PUERTA	26
LA VENTANA	27
LA ARGOLLA DE MARFIL	28
EL FARO	29
LA AGUJA Y EL HILO	31
EL SAPO	33
EL BUEY	34
LA PIZARRA Y EL PAPEL	35
EL PAJARO	37
LA PIEDRA	39
LA GOTÁ DE ROCIO	41
LA ESCUELA	42
EL TERUTERO	45
LA LAGARTIJA	47
EL RIO	48
LUISITA	49
EL BURRO	50

Página

LA CAMPANA DEL CABILDO	53
EL MAMBORETA	55
LA AGUJA DE TEJER	56
EL BUMERA AUSTRALIANO	57
EL GRANO DE TRIGO	59
LA PAJITA DE ESCOBA	60
EL DINERO	61
EL LADRILLO	63
EL MARTILLO	64
LA RATONA	65
EL GUSANO DE SEDA	67
LA COPA DE AGUA	69
EL TABANO	70
EL GALLINERO	71
EL PEZ COLORADO	73
EL PANTOGRAFO	74
LA VACA	75
LA MARIPOSITA BLANCA	76
EL SOL	77
LA CARRETA	79
EL FOSFORO	81
LA PLUMA Y EL LAPIZ	82
EL PLUS ULTRA	83
GALOPITO	85
EL BENTEVEO	87
EL CABALLO DE MADERA	88
EL TRABAJO	89
EL ÑANDU	91
EL ARADO	92
EL ROSAL	93
LA HORMIGA	95
EL BALDE	97
LA LENTE BICONVEXA	98
EL OMBU	99
EL BOTON	101
EL CONDOR	103
EL ESCOLAR MODELO	105
EL NUMERO 3	106
EL ELEFANTE	107
EL TREBOL DE CUATRO HOJAS	109

	<u>Página</u>
LA PATRIA	111
LA MAESTRA	113
LA LLUVIA	115
EL CARACOL	117
EL DOMINGO	119
EL PICAFLOR	121
EL CABALLO	122
EL RANCHO VIEJO	125
EL HACHA	127
LA ABEJA	129
EL TRIUNFADOR	131
"PALITO"	133
EL GRANO DE MAIZ	135
LA MESA Y LA SILLA	137
EL FUEGO	138
EL IRARA	139
LA GAVIOTA	141
LA PLOMADA	142
EL GRILLO	143
EL SOLDADITO DE PILOMO	145
EL BARRO	147
LA MARIPOSA	149
EL ANCLA	150
LA ARAÑITA	151
EL HEROE MODERNO	153
EL VIENTO	155
EL CHINGOLO	157
LA CIGÜENA	159

LIBRERIA ATLANTIDA

LAVALLE 720

Buenos Aires

U. T. 31, RETIRO 4184

Amplio surtido en material escolar y pedagógico, láminas, mapas, colecciones, cuadros demostrativos, etc., etc.

LIBROS DE TEXTO, UTILES

PARA DIBUJOS, CUADERNOS

DE TODAS CLASES, etc.

Sección especial de
“BIBLIOTECA PARA LOS NIÑOS”
con todos los autores antiguos y modernos

ATIENDE EN EL DIA LA CORRESPONDENCIA DEL
INTERIOR PARA CUANTO SE DESEA SABER O
ADQUIRIR SOBRE LIBROS, REVISTAS, etc.

ATENCION RAPIDA Y PROLJA

PRECIOS: SIEMPRE LOS MAS BAJOS DE PLAZA

Se remite listas con precios de obras, presupuestos de material escolar, de trabajos de encuadernación, etc.

BIBLIOTECA BILLIKEN

350 poesías para niños

La Editorial Atlántida brinda a la niñez escolar esta selecta colección de composiciones en verso, con el anhelo de que ella sea de positiva utilidad y de que el precio del libro permita que éste llegue a todos los hogares argentinos.

Precio: UN PESO (libre de porte)

EDICIONES POPULARES

AL PRECIO DE

VEINTE CENTAVOS

LA BIBLIOTECA BILLIKEN

como un obsequio a la juventud, y especialmente a los niños, inicia la edición de las obras de los más famosos escritores del mundo:

CHANG, EL DETECTIVE MAS JOVEN DEL MUNDO, (Serie de varios tomos)

SAN MARTIN, EL GRAN CAPITAN DE LOS ANDES, por César Polo

EL PAJARO, por J. Michelet - EL OCEANO, por E. Reclus

LA VIDA DE LAS ABEJAS, por M. Maeterlinck

**CADA VOLUMEN: 20 centavos, en la capital; en el interior:
30 centavos (Libre de porte)**

CUENTOS EN COLORES

POR
CONSTANCIO C. VIGIL

MAGNIFICAMENTE ILUSTRADOS, EN SEIS COLORES, POR EL GENIAL
ARTISTA FRANCES ASHA



¡Soñada libertad! Esta libertad atormenta a nuestro mono. EL MONO RELOJERO rompe la cadena de oro que le une a su amo, al que roba, y, creyéndose un sabio, expone su engañosa mercancía a los demás animales, que ingeniosamente se la rechazan; hasta que un "filosófico" elefante, descubriendo el error de nuestro mono, le hace volver a su jaula, donde se transforma en yugo la áurea cadena.



"TRAGAPATOS": Es la breve y triste historia de una familia de patos, cuyos pequeñuelos despiertan la gula de un perverso bandú. El "dramático" relato presenta las más variadas y emocionantes alternativas, haciendo del cuento, por su atrayente y delicioso interés, y por la gracia inimitable de sus dibujos, el juguete más precioso y entretenido de los niños.



La familia ratonil Trotremenudo, que, en el misterio de la noche, ha descubierto un nido de gorriones, dando muerte a todas las crías y destrozando hasta las entrañas de la madre, es descubierta por un temible gato, que la acecha horas y horas. Los Trotremenudo pasan momentos de horrible tortura, siendo roídos por el hambre. Hasta que se disponen a salir en pleno día, en el critico instante en que un sanguinario benteveo se lanza sobre ellos, clavándose, uno a uno, el puñal de su pico.



LOS CONEJOS SILVESTRES: Nada tan entretenido para los "pibes" como los graciosos diálogos y la aventura de nuestros conejos, perseguidos por sus feroces enemigos, los perros, a los que felizmente consiguen burlar, exponiéndose a los más duros y arriesgados peligros, y salvándose después de prolongada angustia, que ingeniosamente se vive en todos los grabados.



"LO MAS INUTIL DEL MUNDO". Pero ¿hay algo inútil? Ese título y nuestra interrogante los hallaréis resueltos en las ingeniosas deliberaciones que, plenas de sabios ejemplos, celebran los animales que pueblan la naturaleza. Multitudí solicita su entrada en el mundo, en el que sólo podrá vivir de "lo más inútil". ¿Merecerá el ingreso? Los pequeños lectores lean con intensa avidez este relato lleno de gracia y de enseñanzas.



La enfermedad del señor Pirincho pone en movimiento a toda la ciencia. El doctor Gato, el doctor Liebre, el doctor Loro, en fin, todos los más afamados especialistas visitan infructuosamente al enfermo, hasta que los Pirinchos, cansados de tanto fracaso, se disponen a consultar la sabiduría del doctor Gallo, quien — sobre una barrica vieja que había en el corral, — les da la receta salvadora.

Precio de cada libro: \$ 1.— (más 20 ctvs. para franqueo). En el Uruguay: 0.50 oro.
En venta en todas las librerías, en la "Librería Atlántida", Lavalle 720, y en la
Editorial Atlántida, Azopardo y Méjico, Buenos Aires.

BOTÓN TOLÓN

POR

CONSTANCIO C. VIGIL

CUBIERTA de SPISSO

ILLUSTRACIONES de ARTECHE



ESTE LIBRO CONTIENE LA DIVERTIDA HISTORIA
DE UN BOTON DE CHALECO Y EL SUMARIO ES EL
SIGUIENTE:

BOTON TOLON LLEGA A BUENOS AIRES. — UNA CURIOSA
AVENTURA DEL SEÑOR FIRULETE. — BOTON TOLÓN
EN LA CALLE. — VIDA Y OBRAS DE PEDRIN. — EL
MATRIMONIO MOSTEN. — BOTON TOLON EN LA CONFITERIA.
— EL INVENTOR HOLLIN. — MOMENTOS AN-
GUSTIOSOS. — PERICO EL PESCADOR. — LA SEÑORA
CARITATIVA. — A UN PASO DE SER CARRERO. — LA
VIDA EN EL PARQUE. — LOS BANDIDOS NOCTURNOS.
— EL ARBOL QUE HABLA. — LOS GARGANTUAS DEL
BOSQUE. — EL SAPO HUEVERO. — MI ENCUENTRO
CON CHOLITO. — PROYECTOS PARA EL FUTURO.

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS A \$ 2.—

Sc
ll
1935
V16i

